ERROR DE CÁLCULO

Daniel Sorín

Al Fondo a la Derecha

ERROR DE CÁLCULO

DANIEL SORÍN

Colección Espejo Negro

Daniel Sorín
Error de cálculo
E-Book
ISBN 978-987-42-9036-6

© 2019, Al Fondo a la Derecha Ediciones.
José Cubas 3471 (C1419), Buenos Aires, Argentina.
© 2019, Daniel Sorin.
www.danielsorin.com

Diseño de tapa e interior:
Al Fondo a la Derecha Ediciones.

Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor.
Hecho el depósito que parca la ley 11.723.

A la memoria de Juana, mi madre,
a Héctor Sorín.

Para mis hijas Valeria, Lucía y Ana

Números y letras grabados
en el bronce y el mármol
para la eterna brevedad del tiempo.

Viernes de Dolores,
Miguel Ángel Asturias

1

Voy a cometer un delito. Algo grande, verdaderamente grande va a pasar conmigo. Este es un momento decisivo, de esos que dejan huellas profundas y consecuencias indelebles. Siento el cosquilleo extraño en el diafragma, las yemas de los dedos humedecidas y el nervioso vacío en el estómago que preanuncia las grandes ocasiones. Tengo la más completa conciencia de mi cuerpo, de habitarlo y usarlo. Veo mi espíritu. Lo veo en toda su fuerza y en sus límites. He adquirido responsabilidad sobre mi vida y sobre mis actos de una manera absoluta y nueva. Me declaro, entonces, perfectamente imputable ante la justicia y ante mis conciudadanos.

(De una carta de Ramón Carpintero a Daniel Rodríguez Mujica fechada en Nueva Viena el 24 de diciembre del 2009.)

Ocurrió a tiempo. Justo antes de que el polvo enterrase sus sueños y la inmovilidad inutilizara los sutiles músculos del espíritu. Fue una breve información en los diarios. Intrascendente, pasó desapercibida para la mayoría; a él, sin embargo, le llamó profundamente la atención: la agencia de noticias oficial informaba sobre la muerte del profesor Mario Paseck. Tres horas después otro despacho homenajeaba la memoria del asesor y precisaba datos acerca del trágico accidente. Fue entonces, al enterarse de las características accidentales del fallecimiento, que recordó. Quince días antes, una tarde lluviosa y aburrida, el cadete había dejado distraídamente sobre su escritorio el cable que informaba que el profesor había entregado al presidente el informe sobre los oscuros acontecimientos de 1976.

Los hechos del 76 siempre ejercieron en él una profunda atracción. Las décadas pasadas no habían enfriado sus recuerdos; todo lo contrario, sedimentaron la fantasía de esclarecerlos. Incluso, cuatro años antes había comenzado a ordenar datos, leer estudios,

cotejar opiniones, pero las urgencias cotidianas, con su complicidad, dejaron el proyecto para un indefinido mañana.

Trató de obtener una copia del informe. Durante días trajinó de oficina en oficina, pero una fuga inexplicable en el sistema lo había tragado. Una pérdida sin rastro alguno. Nada verdaderamente especial para buscarlo, solo un par de razones personales: una vieja pregunta y un ser estimado. Había conocido durante sus primeros años de periodista al profesor Paseck. Era un investigador, un académico que durante algún tiempo trabajó en el Departamento de Criminología de la Policía Federal. Hombre de fina inteligencia y gran capacidad de trabajo.

* * *

Pasaron los meses, ya había olvidado la muerte del profesor, cuando un mediodía recibió en la redacción un extraño sobre. Era una síntesis que repartía la Oficina de Información del trabajo de Paseck. Apenas dos escuetas carillas. "Conclusiones del Informe Paseck" —ese era su título— reducía a una docena de párrafos un estudio que sus informantes habían evaluado voluminoso, acaso de centenares de folios.

"Aquí no hay nada extraño", fueron las palabras con que el jefe de redacción lo despachó esa mañana. Aquí no hay nada extraño, se repitió él mientras caminaba por los pasillos poblados de gente corriendo tras información. Pero, ¿no había nada extraño?

Carpintero tenía sus inclinaciones paranoicas. A esto se sumaban los años como cronista de policiales, que le habían despertado cierta adicción por desentrañar misterios. Estaba dispuesto a reconocer su afición por la literatura negra y las magníficas obras de Pierre Gulotz y Georges Simenon, su encanto por las películas de François Le Parc y el fascinante suspenso de Alfred Hitchcock. Admitía su vocación por ver partículas oscuras, pequeñas y tenebrosas, en aguas cristalinas. Aun así, pensó que la duda era razonable, que hacerle caso a su inevitable desconfianza o su fatal escepticismo, o como quisiera llamarlo su jefe, lo conduciría a algo.

El profesor Paseck había trabajado durante un año y medio en ese proyecto. Había tenido centenares de entrevistas con testigos directos y cronistas de los hechos, llegando a recoger una cantidad innumerable de datos y pruebas que procesó con su habitual meticulosidad. Era bien conocido que había viajado varias veces al extranjero y formado un grupo de una docena de colaboradores que manejaban todos los recursos de la informática moderna. ¿Era

posible que tanto despliegue tecnológico, tal cantidad de trabajo y de inteligencia, arrojaran como resultado apenas dos carillas?

En la síntesis que tenía en su poder se arribaba a una conclusión que lo sorprendía: en 1976 “manos inescrupulosas”, amparadas en una “profusa y bien dirigida publicidad”, gestaron un “proceso atípico” que arrojó las “consecuencias por todos conocidas”. Dicho de otra manera: una casualidad histórica, un hecho único e irrepetible. Una pieza de museo solo apta para el estudio histórico y sociológico, sin ningún tipo de aplicación práctica. Algo que no se relacionaba con la realidad actual. Esas carillas llevaban un inequívoco mensaje: ciudadanos, duerman tranquilos, todo está en orden. Sin embargo, tenía la convicción de que si había alguien que jamás habría llegado a tal conclusión era el profesor Paseck.

Redobló sus esfuerzos por hacerse del informe original. Al poco tiempo supo que la Oficina de Información nunca lo había tenido, más aún, que nadie en la extendida burocracia estatal lo había visto jamás, y que ningún disco rígido hubo almacenado sus datos y resultados. Llegado a este punto pidió una audiencia con el director de la Oficina, la que le fue cortésmente negada, habida cuenta de las innumerables ocupaciones del director.

Así, este periodista sospechó que detrás de los hechos que a su jefe no le parecieron extraños se escondía la noticia. Hay momentos, instantes preciosos en la vida de un hombre, irreproducibles, extraordinarios, que se transforman en un punto de inflexión. A partir de ellos todo ha de cambiar. Un periodista suele pasar años esperando el momento exacto, el golpe de suerte; tener entre las manos algo grande, una información importante. Una historia que sacuda a millones de personas, capaz de trepar los encabezados hasta llegar al mito supremo de la primera página, ese lugar frecuentado por el éxito. Ramón Carpintero, cronista de policiales, no era más que un taciturno cincuentón entrado en años y grasas; pero había conservado, aunque adormecidas, sus ilusiones juveniles. Cuando la espera lacerante de la jubilación había empezado a rondar por su cabeza, se produjo lo que, de manera imprevista, despertó sus sueños, los que esperaban ocultos en los cajones de la frustración.

Ramón Carpintero reconoció de inmediato el diamante. Eso ya le había pasado, la diferencia era que ahora se dispuso a trabajarlo, pulirlo amorosamente cada uno de sus días por venir.

* * *

Un empleado de la Oficina de Información de la Presidencia —casi un amigo, si se desliza un par de billetes en el momento indicado— le dijo en voz baja y actitud cómplice que el informe se había originado en el Servicio de Investigaciones Sociales. El pomposo nombre apenas ocultaba un departamento de la inteligencia del Estado.

—Que yo sepa —agregó muy seguro— nunca salió de allí.

¡Justo lo que necesitaba saber! A la mañana siguiente visitó a un antiguo compañero de estudios que trabajaba en el Ministerio de Interior.

—Darío, ¿cómo es posible que en la Oficina de Información no hayan podido darme el informe? Tienen todo de cuanta dependencia se pida, pero del informe nada, absolutamente nada, solo esa síntesis.

—¡Vericuetos de la burocracia, Ramón!

El chirrido de la puerta vaivén los previno. La secretaria, una joven de pechos escasos y nalgas bien puestas, entró con dos cafés, unas cuantas carpetas que dejó sobre el escritorio, su perfume floral y un par de novedades que Darío escuchó sin mirarla.

—Burocracia o no, me parece poco serio que la gente conozca una síntesis de dos carillas. ¡Dos carillas!

—¿Creés acaso que te hubieran dado el trabajo completo?

—¿Por qué no?

—…

—Lo daría a conocer.

—¡Demasiado iluso para ser periodista! Además, el pobre Paseck ni siquiera tuvo tiempo de corregirlo.

A Ramón Carpintero solía pasarle que una fracción de segundo antes de que su cerebro entendiera, una suave corriente eléctrica le recorría el cuerpo. Un llamado de atención para su mente. Un despertador para el órgano del conocimiento, el mensaje del cuerpo al espíritu: ¡algo está por ocurrir!

—Cómo… ¿No fue escrita por él?

—No tuvo tiempo, murió antes.

Hubo una pausa, un momento de tensión.

—¿Quién la hizo?

—Pedro Artiz.

—¿Y ese tipo sabe algo de sociología?

—Supongo. Aquí es difícil estar seguro de quién sabe qué cosa. Se especializó en Inglaterra, becado. Regresó justo para escribir la síntesis.

—¿Becado en qué universidad?

—Ninguna, fue para un curso de la Fundación para el Desarrollo Informático.

—Me estás diciendo que la síntesis la hizo un burócrata especializado en técnicas informáticas. Esos tipos que se sientan a un escritorio, ocho horas por día frente a un monitor, para sumar y restar cosas que no entienden.

—Es de uso corriente.

—¿Vos leíste el informe original?

—No, claro que no. Son muy pocos los que tuvieron acceso a él, pero no debe haber mucha diferencia con la síntesis.

—Lo que no entiendo es por qué Paseck eligió, entre todos sus colaboradores, a alguien sin formación histórica ni sociológica.

Hubiera aceptado que de no ser un sociólogo o un historiador fuera un escritor o un periodista, alguien que manejara el lenguaje con la misma devoción por los significados que el desaparecido. Pero un informático…

—¿Quién te dijo que lo eligió? Ni siquiera lo tuvo como ayudante.

Se produjo un larguísimo silencio, sus miradas se cruzaron dilatando los segundos; Darío se dio cuenta de que había sido imprudente.

—La síntesis la hizo alguien que no tuvo participación en la investigación.

Darío asintió casi con recelo.

—Eso significa que entre el informe y la síntesis puede haber serias diferencias, inexactitudes…

—Pero ¿por qué? Aquello fue algo que pasó hace tanto tiempo, un episodio lamentable pero que ya está enterrado. ¿A quién puede importarle ahora?

Ramón apuró su café y, observando el reloj, desde el fondo de su estómago, sacó la respuesta:

—A mí.

Se levantó para despedirse y volver a la redacción. Ya dejaba la oficina cuando a sus espaldas escuchó la voz de su amigo:

—Cuando se publicó la síntesis de Artiz, el informe fue declarado secreto.

—¿Cómo?

—Es secreto de Estado, no lo busqués porque nadie te lo va a dar. Y mejor que no se enteren de que estás escarbando.

—¿Quiénes?

Darío se encogió de hombros:

—No te metas en problemas.

* * *

Ese cincuentón aburrido, de vida apacible y ordinaria, hastiado de su propia rutina, de sus límites, de su cobardía inconfesa que ocultaba tras una fachada ligeramente seductora, decidió recorrer el tentador camino del peligro.

Dado que ninguna oficina pública le iba a dar el informe, y no teniendo capacidad económica para hacer un soborno lo suficientemente importante que compensase el peligro de una prolongada prisión, no tuvo mejor idea que visitar a la viuda del profesor y buscar en su casa —previa rememoración de una vieja y acaso olvidada amistad— una copia perdida del trabajo.

Doña Clo, piadosa transformación de Clotilde, lo atendió con su sencillez habitual. No fue su rostro, todavía terso, ni su figura delgada sino su mirada la que le hizo evidente las noches de insomnio. Doña Clo y el profesor habían sido muy unidos y, aunque no tuvieron hijos, compartieron cosas importantes y sutiles. Carpintero llevó lentamente la conversación hacia el tema del informe.

—Sí, él trabajó mucho tiempo en eso, aquella investigación lo hizo revivir. Cuando el presidente le encargó el informe, poniéndole todos los recursos a su disposición, creyó que tocaba el cielo con las manos. Sintió que haría lo más importante de su vida. Nosotros nunca hablábamos mucho de su trabajo, pero en alguna oportunidad me comentó que había hechos grandes descubrimientos.

—¿Cómo cuáles, Clo?

—Me dijo que las causas de aquellos hechos fueron tergiversadas, que hubo una especie de censura alrededor del tema. Encontró pruebas que comprometían a personajes importantes de fines del siglo pasado. Hombres de la política, eclesiásticos, militares, intelectuales, mucha gente.

—Clo, yo, ¿cómo decir…? No quiero mentirle, vine en busca de alguna copia.

—Pero Ramón, aquí no hay nada. Mi marido tenía una copia o dos, pero cuando vinieron los del Servicio se las llevaron.

—¿Requisaron la casa?

—Buscaron por todos lados, me hicieron muchas preguntas

tratando de saber qué acceso había tenido yo al informe.

—Así que no queda nada.

Una sensación amarga bajó lentamente por el esófago de Carpintero. Deseó quemarla con un buen trago, un alcohol áspero que ardiese y calentara, como era su costumbre.

—Yo no dije eso —respondió Clo ante su muda sorpresa—. Vea, Ramón, la historia es así. Él temía que algún accidente, me entiende, pudiera borrar la información…

—¡Él…!

—Recuerde que me había dicho que tenía pruebas comprometedoras para mucha gente importante. Con el paso del tiempo se fue poniendo nervioso y reservado. Cuando ya casi había terminado el trabajo tuvo una idea…

Clo hizo una pausa, luego siguió más bajo, como confesando un secreto.

—Así que, antes de que archivaran los expedientes, los sacó con la excusa de hacer un último estudio.

—¿Eso no despertó sospechas?

—En absoluto, sabe usted la fama de meticuloso que tenía. Era el científico loco del Servicio. Además, se lo respetaba demasiado. No podía solo, así que convenció a uno de sus ayudantes.

—¿Y los trajo acá?

—Sí.

—Y cuando requisaron la casa los del Servicio…

—No, él ya los había sacado.

Carpintero sintió una puntada en la base del estómago.

—Un día antes de entregar el informe llevó todo a casa de un amigo nuestro. Probablemente aún lo tenga.

—Usted les ocultó…

—No preguntaron…

Ramón rio a carcajadas, Clo también, probablemente por primera vez en muchos meses.

—Una pregunta más, ¿cuál fue el ayudante comprometido con el plan del profesor?

—¿No se dio cuenta, Ramón?

Entonces entendió. Quijano, el mismo que acompañaba a Paseck el día del accidente.

—Sí, disculpe, era evidente.

* * *

Pocos días después fue a ver a quien, posiblemente, tenía los expedientes de Paseck. La persona lo recibió alborozado, hablar con un amigo de su amigo, ordenar y desordenar historias, recordar sus andanzas con el profesor en la época de estudiantes. La charla parecía estirarse con repetición de intimidades adolescentes cuando Ramón, a boca de jarro, sacó el tema de la investigación y le extendió la breve esquela de Clotilde. El rostro del hombre se ensombreció.

Querido Arches:

El que lleva esta nota es un amigo de confianza. Quiero que le entregues todo el material de la investigación de Mario.

Un beso, te recuerdo.

Clo.

* * *

El hombre no pronunció palabra, pero Carpintero advirtió el ligero temblor en sus manos. Con una seña le indicó que lo siguiera. Pasaron por un largo corredor hasta desembocar en un patio, lo cruzaron y mientras el viejo abría una puerta de vidrios olvidados, dijo con solemnidad:

—Aquí está.

En una pequeña habitación se encontraban apilados, del piso al techo, una increíble cantidad de biblioratos. Estaba allí, desordenada pero tangible, casi toda la información. No la redacción final —a la que Carpintero nunca tendría acceso— pero sí la investigación que la había precedido.

El hombre le dijo al oído:

—Tenga cuidado amigo, esto quema.

Ramón Carpintero sintió que un trueno explotaba dentro de él.

* * *

En el informe policial sobre el accidente, consta que el vehículo no detuvo la marcha al llegar al paso a nivel del ferrocarril, siendo embestido por este. Una colisión fortísima que arrojó al profesor y a su acompañante fuera del automóvil, producida a las tres y cuarto de la madrugada. No se mencionan testimonios de testigos, peritajes del rodado ni autopsias de los muertos; considerando, sin mayores diligencias, que el deceso de Paseck se produjo por

desprendimiento de masa encefálica y que la colisión fue absolutamente accidental. En el informe no consta que el profesor estuviese alcoholizado, sin embargo, un vocero de la policía dejó trascender esa información, la que fue inmediatamente recogida por la prensa. Carpintero sabía, más allá de toda duda, que Paseck era abstemio. Probablemente nunca en su vida hubiera probado una gota de alcohol.

Poco tardó en averiguar que, si bien Quijano bebía en cantidades consideradas normales, no era posible que fuera quien guiaba el vehículo, pues una afección nerviosa le impidió siempre aprender a manejar.

No tenía pruebas concluyentes para oponerse a la tesis de una muerte accidental, pero le parecía que el modo en que actuó la policía no era normal. La carencia de peritajes en el automóvil, cuyos desechos ya eran inencontrables, le obsesionaba; la increíble ausencia de autopsia y la ficticia versión sobre consumo de alcohol, le llamaban la atención. También lo inquietaba la inusual rapidez del trámite —no tardó más de veinticuatro horas—, la ausencia de la prueba S.E.C.1 en el pavimento y que el juez interviniente no hubiera reclamado una investigación más exhaustiva para encontrar algún testigo.

Ramón Carpintero obtuvo datos veraces que le permitieron confirmar que diez minutos antes del accidente una cuadrilla de operarios de la empresa de gas cortó el tránsito por la calle Bruselas y dispersó a los contados y trasnochados transeúntes por una supuesta fuga de combustible. El rastreo lo llevó a comprobar que en la empresa prestataria del servicio no constaba pedido de reparación alguno, o que se hubiese mandado personal a la zona ese día. Buscó, y la fortuna quiso que hallara a dos vecinos del lugar que afirmaron haber oído, más o menos a la hora del presunto accidente y a dos cuadras del paso a nivel, cinco o seis detonaciones que bien podrían haber sido disparos de armas de fuego.

Entonces elaboró una teoría. El automóvil conducido por el profesor fue interceptado en algún lugar cercano a las vías del ferrocarril, Paseck y su ayudante fueron muertos por disparos de armas de fuego y, posteriormente, el automóvil, con ellos ya sin vida o gravemente heridos, fue conducido al paso a nivel donde se simuló el accidente. Por aquellos días Carpintero le confió a su amigo Mujica que, si bien no tenía pruebas concluyentes, sabía que una exhumación de los restos confirmaría su hipótesis.

* * *

Para no correr riesgos rentó un pequeño departamento en el barrio de San Telmo. Mudó las miles de hojas que componían la investigación, las ordenó con la paciencia que nunca dispuso en su vida, encontró parte de los borradores de las conclusiones de Paseck, la correspondencia mantenida con autoridades científicas del extranjero y su esclarecedora y preocupante entrevista con el doctor Friedrich Schultz. En definitiva, un sinnúmero de elementos originales y preciosos estaban allí, ante su vista, armonizados por un historiador, sociólogo y criminalista de nota, acaso el más prestigioso del país y, fundamentalmente, por un hombre valiente. Vivió lo que se siente al heredar una gran fortuna, esa rara combinación de felicidad y vergüenza.

Tiempo después, ya lejos, Carpintero le escribiría a Mujica:

"Él era un científico, yo un escriba; rehíce el informe de la manera que podía hacerlo.

"Se dirá que he novelado la historia, sumándole aromas y colores. Sí, lo he hecho. Pero esto no le resta verdad al relato. He perseguido las noticias policiales; pero siempre he estado atento a la trama invisible que suelen ocultar los hechos; porque lo que pasa, Daniel, lo que realmente sucede, está en las almas de los protagonistas.

"Para desentrañar esa trama invisible solo contamos con sus consecuencias: actos, hechos, en fin, datos debidamente documentados. Yo, por supuesto, quise verificar la exactitud de los hechos. Y lo hice.

"Sin embargo, al momento de mostrar lo esencial, ocurre la paradoja. Si lo esencial es el mundo interno, el verdadero hallazgo es encontrar su materia prima: imágenes, sentimientos, ideas. Pero a la hora de plasmar esa materia prima sobre el papel en blanco resulta que todos los datos comprobados no alcanzan. Entonces, ¿cómo no recurrir a esos aromas y colores si son ellos los que pueden mostrarnos el alma de los hombres? La trama invisible y real.

"He novelado la historia. Lo he hecho por propia incapacidad, pero también porque toda historia para ser cierta, completamente cierta, debe ser una novela."

Cuando meses después, Carpintero tomó el avión que lo llevaría a su forzado exilio tenía una reconstrucción, a su manera, del Informe Paseck en la valija. Otras dos copias ya habían salido del país y una tercera estaba guardada en algún lugar de Buenos Aires que solo él y su amigo Mujica conocían. Por otra parte, dos

personas fueron depositarias de sendos sobres y una breve, dramática instrucción: en caso de una muerte accidental o dudosa, el contenido de los mismos debería darse a conocer pública y rápidamente.

He aquí su obra, su delito.

2

Encontré un tesoro, como aquellos que cuando chicos creíamos que tenían los piratas. Aquí las joyas no son rubíes engarzados en oro, solo los trabajosos papeles de una ardua investigación; en ellos se habla de un tiempo olvidado, pero no ajeno.

Desde esos papeles pude asomarme a centenares de entrevistas hechas a testigos de los acontecimientos, todas realizadas por los asistentes del profesor Paseck. Muchas pruebas han desaparecido por destrucción deliberada, otras por el tiempo transcurrido. Algunos datos, como suele pasar cuando son verdaderos, se contradicen; los he enlazado, sin embargo, de la manera en que me pareció más racional y más lógica.

He llegado a armar un rompecabezas, las piezas encajan, yo creo que es verdadero. Por lo demás, juro no haber mentido a sabiendas.

Ramón Carpintero

Nueva Viena, 15 de noviembre, 2009.

(Prólogo a la primera edición francesa de *Historia extraoficial y verdadera de lo acontecido en julio de 1976*.)

El origen se remonta al 22 de enero de 1976. Ese día, a las ocho de la mañana, debió sonar el despertador de Rómulo Artigas. Ese día, como tantos otros, su mano tanteó el aparato y buscó una excusa para demorar lo inevitable. Dos horas más tarde se embarcaría, no lo sabía aún, en la aventura más grande de su vida. Hoy, treinta y cuatro años después, ya no conserva el recuerdo de esa mañana de enero, algo calurosa y húmeda, del encuentro con aquel hombre bajo, de cabellos engominados y manos blanquísimas, que tendría para él consecuencias impredecibles.

Por esos años subía Rómulo la empinada cuesta de los treinta. Fue siempre de esa clase de mirones que se pasan contemplando la vida; reflexionan sobre ella y las más de las veces la gustan, la tocan, la olfatean. Para ellos es como una película. De mala gana dejan de mirarla para ocuparse del acontecer cotidiano. Están alejados del acto y la transformación.

Rómulo sentía que no había llegado a ninguna meta, que transitaba por un camino brumoso sin vislumbrar final alguno. Trabajaba en el diario *Clarín* al tiempo que comenzaba y cancelaba decenas de proyectos propios. La mayoría sin germinar, quedaban archivados en algún sombrío cajón, hasta que eventuales mudanzas los desempolvaban solo para volverlos a olvidar. Soltero, más por no acometer el duro trabajo de la convivencia que por una decisión razonada o una frustración emotiva, fue acumulando esas manías de hombre solo, una a una, año tras año, hasta convertirse en un ser peculiar y a veces grato.

Desayunó con café negro, pan con mermelada y jugo de pomelo, mientras hojeaba el diario para enterarse de lo que ya sabía. Se lo ha acusado, no sin intención, de consumir abundante alcohol; incluso dieron como infaltable su vaso de cerveza en el desayuno. Pero eso no es cierto, en aquella época tenía solamente ocasionales borracheras, siempre nocturnas. También se dijo que era gran consumidor de drogas, más aun, que representaban para él un floreciente negocio; no es cierto y jamás se encontró la más mínima prueba de ello.

Esto es particularmente importante para desentrañar las causas de los hechos. Crear una imagen distorsionada de Artigas y de sus socios, endilgarles intenciones oscuras desde el comienzo mismo de los acontecimientos, equivale a ocultar las razones de lo ocurrido posteriormente.

Ya habían pasado las nueve cuando salió de su departamento en el segundo piso del edificio de Hidalgo 88. Sentía que ese día, mágicamente, acabaría su indeseado anonimato. Caminó hacia la avenida Rivadavia y desapareció en la nerviosa columna de gente que a esa hora viaja por los subterráneos de Buenos Aires. El encuentro con Bernardo Layo ocurriría solo minutos después.

El hecho de que Layo haya muerto oscuramente contribuyó a desfigurar la imagen que se tenía de él. Hoy es común creer que era, más o menos, un típico ejemplar de intelectual oportunista y sin escrúpulos, un escriba que consiguió ser altamente remunerado. Ya llegará el momento de esculpir la compleja personalidad de Layo y conocer sus ideas con lujo de detalles; baste decir por ahora que se

trataba de un erudito, un investigador y ensayista, profesor de Filosofía y Letras. No era ni por lejos un oportunista, sino un ávido buscador de las verdades existenciales, abstractas, elementales. Un profundo pensador de bares, gran consumidor de libros, cafés y cigarrillos. Podía conferenciar durante horas capturando al auditorio, hablando con las manos, permitiéndose breves miradas furtivas a las mujeres de su alrededor. No se embarcó en esa aventura por conveniencia personal. Es más, jamás la concibió como una aventura. Fue seducido por una idea que no tuvo dueño ni autor determinado. Buscador nato de las certezas primarias, filósofo místico y subjetivo, adhirió con pasión, sinceramente, sin dobles intenciones. Su propio desenlace, acaso, sea la prueba misma de su inocencia.

A las diez de la mañana la confitería era ya un hervidero de gente. Unos cuantos alumnos secundarios haciendo la rabona, mesas llenas de vendedores, leguleyos y varios otros personajes indeterminados. Con esa escenografía, Artigas y Layo se encontraron para trabajar en el reportaje que debía salir en el próximo número de una ignota revista de la que el primero era columnista y el segundo ocasional colaborador.

—¿Qué tal, profesor, hace mucho que me espera?

Artigas se sentó sin esperar respuesta, buscó con la mirada al mozo y por señas le encargó un café; para el mozo no hacía falta: Artigas jamás consumía otra cosa a no ser por invitación.

Layo comenzó a exponer acerca de las tendencias románticas en las letras nativas; una larga exposición, como era su costumbre. Habló sobre las influencias no solo políticas que llevaron a Echeverría a escribir *El matadero*. Mientras tanto, Artigas esperaba el momento propicio para intercalar sus nueve preguntas, largamente elaboradas durante los minutos de viaje en subterráneo. Tomaba algunas notas, no obstante, por si las respuestas no completaban el centimetraje necesario y, más que nada, como fórmula de respeto hacia su antiguo profesor. Hacía ya tres cuartos de hora que escuchaba, cuando Layo, a propósito de la tendencia mortuoria de los personajes y autores románticos, le dijo al pasar aquello que cambiaría su vida.

—Sabe usted, Artigas, —el profesor jamás tuteaba a sus alumnos y estos nunca dejaban de serlo— hay siempre en el hombre una clara inclinación hacia la muerte. Una atracción normalmente sublimada en el arte; pero no solo en él, hay deportes y oficios ligados a ella. Quizá esa sublimación sea una buena causa, o un buen efecto de la civilización. ¡Vaya a saber!, no he reparado en

ello. Los otros días, por ejemplo, un antiguo condiscípulo suyo me sugirió que trabajase en un proyecto que tenía, ¿cómo le diré?… un periódico de avisos gratis, como un *Segunda Mano* donde la gente, los deudos, dieran a conocer las muertes que les atañen.

—¿Avisos fúnebres?

—Eso mismo. El día tal, a la hora tal, por ejemplo, dejó de existir fulanito de tal; su esposa y sus hijos, tal y tal, sus nueras y nietos, participan etcétera, etcétera, etcétera.

Artigas abrió los ojos, no supo por qué se le cortaba la respiración.

—Me comentó que imaginaba a los deudos dando a conocer una semblanza del finado. Sus últimas palabras, si las hubiera, su testamento, o cualquier otra cosa que *dramatizase*, así dijo él, la muerte del sujeto.

—¿A quién se le pudo ocurrir?

—Me dijo —lo interrumpió el profesor sin escucharlo— que si la quinta parte de la gente que hojea el diario para leer los avisos necrológicos comprase el periódico, sería un magnífico éxito editorial. Fíjese usted como la idea de la muerte que antes apuntábamos se reitera ahora…

Pero Artigas ya no volvió a escucharlo. Trató de averiguar sin éxito la identidad de aquel condiscípulo, y una hora después se levantaba de la mesa olvidando por completo el motivo de la entrevista. Así fue como Rómulo Artigas relató en posteriores oportunidades esa jornada inaugural y fantástica. Cómo él, periodista, argentino, de treinta y cinco años por aquel entonces, tuvo conocimiento de la idea.

A la noche dejó el televisor encendido sin sonido; se sentó, vaso de whisky en mano, en el único sillón justo debajo de la lámpara de pie. ¿Quién sería aquel compañero? Pasaron por su mente decenas de caras y situaciones de la escuela secundaria; recuerdos inconexos, disparados azarosamente. Solamente un sicoanalista, acaso, podría encontrar alguna ilación. Layo había sido profesor suyo en cuarto año, debía ser un compañero de esa promoción —se levantó como impulsado por un resorte—, de ese curso no tenía ninguna fotografía pero sí del posterior. ¡La foto de la graduación!

Su casa no se caracterizaba por el orden, de manera que tardó más de una hora en dar con ese recuerdo amarillento. Recorrió cara tras cara, memoró los nombres de casi todos y los fue anotando en una hoja. Nadie le pareció lo suficientemente loco como para llevar adelante esa increíble idea. A las dos y diez de la mañana fue a buscar hielo para su tercer whisky. El cansancio le hacía estragos y

había decidido abandonar la búsqueda cuando recordó, sin motivo aparente, a Carlos Trillo. Se sentó, sorprendido y ensimismado. Trillo había sido expulsado por algo que ya no recordaba y tuvo que cursar quinto año en el Roca, ¡por eso no estaba en la fotografía! ¡Sí, él era lo suficientemente loco!

Cerró los ojos, algo en la memoria pugnaba por salir, algo huidizo, una imagen, apenas un destello fugaz. Evocó a Trillo, un tipo tan inteligente como antipático, una mente privilegiada. Había algo guardado en su memoria que no lograba recordar. Y, efectivamente, no lo pudo hacer porque un insoportable cansancio se apoderó de él dejándolo exhausto en la cama.

A la mañana siguiente, mientras desayunaba, pensó que sin duda Trillo era el compañero del que hablaba el profesor y decidió jugar su carta. Se sorprendió buscando en la guía el apellido, había decenas. Como el detective de un *thriller*, empezó por discar el número telefónico del primer Carlos Trillo de la columna. Tenía la esperanza de que si no era él, fuese un familiar capaz de darle datos más o menos precisos de su paradero. Media hora después Raquel Trillo, que resultara ser tía de su antiguo compañero, le dio una dirección y un horario. Era de su trabajo.

Cuando salió de su casa rumbo al diario pensó cómo fingiría el encuentro. Se imaginó mil veces lo que le diría. Sabía por fuentes fidedignas de su idea —como profesional del periodismo podía no denunciar la filiación del informante— y le parecía interesante hacerle un reportaje para las páginas de su sección que, aunque no centrales, le servirían de publicidad. Y unas cuantas cosas más que se dijo le diría. Durante todo el viaje a la redacción se dio innumerables razones por las que el encuentro parecería lógico. Armó y desarmó decenas de castillos con naipes de ideas y excusas. Se preguntó mil veces acerca de la verosimilitud de lo planeado. Y esas innumerables razones no dejaron de ocultar el único, el excluyente motivo de la visita.

Dos días después, Artigas se presentaba en aquella lujosa inmobiliaria preguntando por su antiguo y olvidado compañero.

* * *

En las páginas guardadas en el arcón había especial interés por establecer la verdadera personalidad de Carlos Trillo. Por ellas se pudo conocer a sus tíos, a su único hermano y a quien por esa época era ya su exmujer. Hay entrevistas con docenas de personas que lo conocieron, documentos de su indiscutible autoría, cartas,

textos publicitarios y una indeterminada cantidad de notas reservadas. Esta es, a grandes rasgos, la historia de su parte en la historia.

Trillo había bebido unas ginebras de más la noche del 17 de enero. Bajaba con indisimulada precaución la escalera que comunicaba al salón de billar de Corrientes y Montevideo con la vereda superpoblada de barbudos, minifaldas e hiriente griterío. Ya en la calle cruzó Corrientes rumbo a uno de los restoranes baratos de la zona. Entró, buscó una mesa y encontró una pequeña con mantel de papel de estraza, semioculta por una ancha columna. Encendió su enésimo cigarrillo negro. Minutos más tarde ingresaba Layo buscando una mesa libre, cosa nada sencilla un viernes por la noche. Por lógica terminó con Trillo. Tres cuartos de hora después, mientras consumían el postre y Layo teorizaba sobre alguna cuestión, el joven lo interrumpió inesperadamente:

—¿Oiga, profe, no le parece que toda esta disquisición diletante es una pavada descomunal?

Layo lo miró entre sorprendido y estupefacto.

—Mire: usted, yo, todos —continuó sin pausa—, no hacemos más que estudiar distintas variantes de la misma pavada. Discutimos si los Montoneros, los troscos, el Partido Comunista; discutimos sobre Palacios, Balbín, Frondizi, ni qué hablar de Perón: el Perón de unos, el Perón de los otros —rio entusiasmado—. Discutimos, los argentinos discutimos.

El efecto de las primeras ginebras billarísticas y las dos botellas de vino ingeridas durante la comida, lo volvían verborrágico.

—No le demos más vueltas, su generación murió en el 55 y la mía con la dictadura, ¿entiende?

—…

No, verdaderamente no entendía.

—A ustedes y a nosotros, nos pasó lo mismo. ¿No lo ve, profe? ¡Estamos muertos! Justo en el momento que creíamos ganar: ¡muertos! ¡Qué magnífica ironía! ¿Y quiere que le diga una cosa? ¡Me parece perfecto! —se enardeció—. ¡Cómicamente perfecto! No hay nada nuevo, nada original, seguimos dándole vueltas a las mismas cosas desde la época de la Reforma Universitaria. Mire si no esos abuelos disfrazados de cantantes de rock… Mi generación murió dependiente y la suya de inanición intelectual. ¿Usted no era de la resistencia peronista, verdad? —preguntó malintencionadamente, conociendo las aprensiones políticas del profesor.

Layo, acostumbrado a la respetuosa distancia de sus discípulos y

nada familiarizado con las maneras alcoholizadas de Trillo, no encontraba la manera más elegante y segura de irse. Caviló la posibilidad de pararse y, sin más, sencillamente, sin decir nada, tragarse la calle. Pero a último momento lo detuvo la idea de que Trillo, fuera de sí, pudiera seguirle hablando a los gritos desde la mesa.

¡Los Montoneros, Gardel, Lisandro de la Torre y Stefan Zweig se pueden ir bien al carajo! —imaginó el profesor a Trillo gritándole totalmente fuera de control.

Mientras esto pasaba por la cabeza de Layo, los acontecimientos se desencadenaron dejándolo sin posibilidad de respuesta.

—Profe, ¡a la mierda con las buenas intenciones! A la mierda con su cultura, su "educando al soberano" y con mi vieja revolución —ironizó—. Tendríamos que gritar como los franquistas ¡viva la muerte!

Tomó un largo sorbo de vino

—Tengo un tío al que no le disgustaría, sabe, profesor. Recuerdo que cuando murió mi padre fue el único que se atrevió con el reconocimiento del cadáver y los otros trámites. Iba y venía con todo aquello entre los gritos de mi vieja y las lágrimas de mi hermano. Después me pidieron, de puro formales, que yo, como hijo mayor, le agradeciera las molestias y lo felicitase por su notable presencia de ánimo. Presencia de ánimo. No tiene idea la que se armó. Salíamos del entierro cuando mi tío me tomó del brazo e hizo aquella ridícula pregunta:

—Carlitos ¿te gustó la madera?

—¿Qué madera?

—El ataúd, ¿te gustó? Conseguí lo mejor que había, los herrajes son… Fue ahí cuando tomé conciencia. Le sujeté la cabeza con mis manos, le di un beso y dije: "¡Te sacaste el gusto, Raúl!". No había razón para que se ofendieran, todos sabían que era verdad. A él le gustaba regodearse con la muerte. Estaba siempre listo cuando sucedía una desgracia, casi agradecido de que ocurriese. Más entusiasmado cuanto más dolorosa. ¡Era algo así como un *boy scout* necrológico!

Rio.

—No lo hacía de mala persona, en absoluto, sino de truculento. ¿Me entiende? Esas situaciones y los burros eran sus diversiones.

Tomó otro largo sorbo y encendió un cigarrillo. Se sentía eufórico con la conversación.

—Vea, profesor, habría que hacer algo con esa gente, la que

empieza a leer el diario a la altura de los avisos fúnebres. Es un verdadero mercado inexplorado. Habría que ofrecerles algo para que puedan regodearse libremente, lograr una continuidad de emociones sin que tengan que sufrir la pérdida de un ser querido. Darles muerte, pero ajena.

—¡Hombre!

—Sí, eso está bien —reflexionó Trillo para sí—. Darles muerte. Todos los días muchas muertes, todas las que hagan falta. Muertes de distinta índole, ¡claro!, tiene que ser un menú variado, una dieta balanceada.

Layo comenzó a sentirse atraído por el monólogo de Trillo. Tuvo que reconocer que ya no tenía urgencia por irse; todo lo contrario, aquella fábula le parecía cada vez más atractiva. Ese borrachín veinticinco años menor que él, que jamás había aprendido nada de sus lecciones escolásticas, le escupía en la cara su propio dilema, su acendrado resquemor al desagradable folclor de la muerte. ¡A él, que había cavilado pacientemente tantas páginas sobre el asunto!

—¡Ya lo tengo, profe!

Cerró los ojos, un breve silencio, algo estaba por nacer.

—¡Un periódico de avisos fúnebres! ¿Se imagina a toda esa gente desesperada cuando se enteren de la muerte de un familiar cercano? ¡No todos los días se nos muere alguien!, no debería pasar desapercibido. ¡Oh, profesor! ¡Imagínese ese ejército de pelados y gordas, aburridos, pero deseosos de deleitarse íntimamente con el fallecimiento de alguien a quien conocieron, por ejemplo, hace treinta años cuando vivían en Lamadrid, Llavallol o Lavalleja!

—Es interesante —confesó al fin Layo—, también se puede incorporar algún comentario filosófico sobre el tema. De esa manera muchos pensadores tendríamos una nueva fuente de trabajo.

Dijo eso como pudo decir cualquier otra cosa. Por primera vez en mucho tiempo se sentía confundido; pero la contestación de Trillo lo terminó de azorar, fue más allá de lo que él hubiera imaginado.

—¡Claro, exactamente! Maravilloso… De una gran imaginación, profesor. Eso lo haría menos e-vi-den-te. ¿Entiende? Es necesario que sea menos evidente, muchos de ellos tienen pudor —aclaró Trillo confidencialmente.

—¿Pudor?

—Pudor de su propia truculencia.

—…

—“Comentarios filosóficos sobre la muerte” —dijo Trillo como

quien lee un titular imaginario. Después, entusiasmado, miró a los ojos al profesor—. Podríamos implementar un apéndice de "enfermedades útiles".

Layo no pudo reprimir una sonrisa; diabólico o no, aquello era inteligente y agregó:

—O de operaciones convenientes.

Ahora fue Trillo el que sonrió.

—Servicios de medicina, salas de urgencia, avisos de enfermeras, de servicios fúnebres…

—Y no tenemos que olvidarnos del apartado geriátrico.

—¡Extraordinario, profesor! Es realmente maravilloso que alguien entienda. Como verá, las posibilidades son inagotables.

—Y la locura —seguía enumerando Layo.

—¿Qué?

—Listas de manicomios públicos y privados.

—Listas de fobias comunes…

—O de paranoias recomendadas.

Ambos estallaron en sonoras carcajadas. Layo y Trillo siguieron inventando distintas secciones del periódico. Entraron en una vorágine sin medida, surgían idea tras idea. Hablaron de la tipografía, de las ilustraciones y de los espacios publicitarios de aquel periódico que convinieron en llamar Clasificados de la Muerte.

Así ocurrió, lejos de una idea pensada, premeditada o elaborada, surgió del vértigo de una borrachera compartida entre dos generaciones. Por eso mismo Carlos Trillo se asombró tanto cuando Rómulo Artigas lo visitó aquella mañana en la inmobiliaria.

* * *

Trillo sabía que solo el viejo profesor podía haber comentado esa idea, a decir verdad, ya olvidada por completo. El encuentro con Artigas fue breve, pero tuvo la rara virtud de hacer confluir a tres mentes hasta entonces separadas. Artigas le comentó que había escuchado acerca del periódico y le parecía altamente interesante. Hizo referencia a su intención de hacerle un reportaje, a su juicio le serviría de estupenda publicidad al proyecto. Como es lógico, la primera reacción fue de una enorme sorpresa. Un proyecto nacido bajo ciertos vahos fermentados se olvida fácilmente. Sin embargo, su práctica de vendedor lo hizo reponerse de inmediato y transformar la zozobra en exitosa salida.

—Efectivamente —comentó— estoy trabajado en ese proyecto, pero no es nada más que un esbozo, algo que aún debo definir.

—¿Contás con apoyo financiero?

—No, para nada. Como te digo, es solo un esbozo. Te agradezco tu interés, pero es prematuro hablar de un reportaje.

—Quizá me permitas trabajar en uno. Cuando vos lo creas conveniente, podría publicarlo.

—Todavía no, Rómulo. Te prometo solemnemente la primicia —dijo sonriendo.

Artigas se paró para despedirse mientras pensaba que, por fortuna, aquel sujeto había dejado de ser ese petulante y antipático personaje a quien sufriera diecinueve años antes.

—De cualquier manera, te dejo mi teléfono. Es posible que llegado el momento necesites a algún periodista y a mí la idea me parece fascinante.

Se despidieron con amabilidad. Artigas se fue con una interna sensación de derrota. Trillo caminó hacia la ventana de su espaciosa oficina para contemplar las cúpulas del barrio de Retiro, grises en la tarde gris. A su mente acudió, una y otra vez, la palabra fascinante.

3

Hoy todo parece un sueño, esa irreal sensación de que las cosas no nos han ocurrido a nosotros. Cada vez me es más difícil determinar el límite de la realidad y la irrealidad. Caprichoso destino, he buscado la verdad analizando la realidad y llegué a la sospecha de que realidad y verdad no se corresponden.

Tengo miedo de estar, como el general Aureliano Buendía, construyendo pescaditos de oro.

(De una carta de Ramón Carpintero a su hija Iris, fechada en Buenos Aires el 23 de noviembre del 2009.)

Quizá todo hubiese quedado en la nada de no haber mediado un hecho aglutinante y catalizador. Es evidente que, extrañamente, la génesis de la idea reunió a tres mentes racionales, tres sensibilidades distintas, tres experiencias contrapuestas. Sin una propuesta deliberada llegaron a un territorio común. A partir de aquí, el nacimiento de la voluntad y el trabajo compartido harían lo demás.

El 22 de enero, una semana después del encuentro casual entre Bernardo Layo y Carlos Trillo, se produce la reunión de trabajo del primero y Rómulo Artigas. Este, informado al pasar de la idea alcoholizada de su condiscípulo, decide —seducido por ella— volver a verlo luego de diecinueve años, cosa que concreta dos días después, el 24 de enero.

A menos de una semana de estos hechos, en el momento en que la inercia de los movimientos espirituales cede de no mediar una reactivación, muere, imprevista y accidentalmente, Ezequiel Torre, compañero de Trillo y Artigas en aquel cuarto año y, por ende, alumno de Bernardo Layo. ¿Fue la imprudencia y la malicia del automovilista que atropelló al joven Torre la madrugada del 30 la que provocó el encuentro, o este ya era inevitable? No lo sabemos.

Lo cierto, es que los hechos se produjeron y el 31 de enero, a siete días de la visita de Artigas a la inmobiliaria, los tres concurrieron al velorio del amigo muerto.

Acerca de las características del velatorio hay datos fragmentados, recuerdos imprecisos. Pero se los ha investigado y lo que aquí se expone es fehaciente. El primero en llegar fue Layo, una hora después arribó Artigas e inmediatamente después Trillo. A los tres les ocurrió el mismo episodio. En medio del llanto desconsolado de la madre y los hermanos, un tío del fallecido le preguntó a cada uno, en las tres oportunidades, cuál era su la relación con el difunto. Los acompañó hasta el cajón abierto y, sin aviso, sin que nadie se lo requiriera, les mostró la horrible herida que atrás de la cabeza tenía el infortunado. Ese hombre pasó horas explicando a las treinta o cuarenta personas presentes, en qué momento y lugar exacto de la avenida San Juan a la altura de Alberti se produjo el accidente. A cada una les refirió vida y obra del difunto con detalles precisos y solo se alejaba al llegar alguien nuevo, para repetir todo otra vez, incansablemente. Ese hombre fue, en esas circunstancias, sin quererlo, la síntesis perfecta.

La chispa.

A las diez de la noche decidieron retirarse. El clima era sofocante, más de treinta y tres grados derretían el ánimo de los porteños. Se sentaron en un bar cercano, una mesa redonda en la vereda, un mozo semisordo y tres cervezas frías con maníes y papas fritas. Fue el encuentro fundacional. El momento en que las mentes se reconocen socias de un mismo proyecto, en que la voluntad se agrega y se impone a la imaginación, en que las tareas se dividen y las responsabilidades se deslindan.

Conversaron largamente. Al fin quedaron en un encuentro a realizarse tres semanas después. Para el 20 de febrero cada uno debía tener encaminada su parte. Trillo se ocuparía de conseguir apoyo financiero, Artigas todo lo relacionado con la faz periodística y Layo tendría a su cargo el aspecto jurídico y filosófico-teológico del proyecto.

A las dos y veinte de la madrugada los tres socios se separaron después de haber consumido abundante cerveza con una rara alegría por dentro.

* * *

DECLARACIÓN DEL SEÑOR
MANUEL VARDÉ

—¿Nombre?

—Manuel Vardé.

—¿Ocupación?

—Agente de turismo.

—¿Puede decirnos cuándo y en qué circunstancias conoció a Carlos Trillo?

—Conocí al señor Trillo a mediados del 73. Él colocaba dinero propio y de una inmobiliaria a la que representaba en dólares y yo los negociaba.

—Es decir que su agencia de viajes funcionaba también como agencia de cambio, ¿verdad?

—Efectivamente.

—Tuvo problemas con el señor Trillo.

—Nunca tuve problemas con él. Nuestro trato era eminentemente comercial, yo no lo conocía en profundidad.

—Sin embargo, tenemos aquí… déjeme ver, un minuto… ¡Sí!, aquí mismo, la declaración de María Angélica Paz, esposa de Trillo entre febrero de 1972 y agosto de 1974, que nos informa: "Solíamos vernos a menudo con Manuel Vardé y su señora Ana Luisa, teníamos con ellos una gran amistad".

—Señor, considero que la señora Paz ha exagerado nuestra relación, era solamente una amistad de índole comercial, una relación cordial con un buen cliente.

—Señor Vardé, hablando de clientes, dijo usted que negociaba dinero de Trillo y de la inmobiliaria a la que representaba. ¿Cuál diría que era la proporción de uno y otra?

—La mayor parte era de la inmobiliaria.

—¿En qué proporción? Le recuerdo que nos resulta sencillo verificar su respuesta.

—Yo diría que el noventa por ciento era de la inmobiliaria.

—¿El noventa?

—Quizá algo más.

—Nuestros cálculos nos han permitido llegar a la conclusión de que no más del uno por ciento del total negociado era propiedad de Trillo.

—Creo que es posible. Nunca hice esa cuenta, no veo por qué debiera interesarme.

—Es decir que Trillo oficiaba de intermediario. ¿A qué porcentaje?

—El veinticinco por ciento de mi ganancia.

—¿Tuvo un episodio con dólares falsos? Es decir, ¿vendió usted dólares falsos a Trillo en una oportunidad?

—¡No, jamás!

—¿Quince mil?

—¡Eso es mentira!, ¿quién pudo…?

—Tranquilícese, señor Vardé, igual no viene al caso. ¿Podría decirnos cuándo le dio los cincuenta mil dólares que lo convertían en socio de la editorial?

—A fines de febrero del 76. Fueron dos cheques con fechas diferidas, como era la usanza de la época, por un monto de veinte mil el primero y treinta mil el segundo.

—¿Qué porcentaje de acciones le aseguraba este dinero?

—El dieciocho por ciento.

—¿Sabía si había más socios capitalistas y, en tal caso, puede darnos los nombres de los mismos?

—No. Él no quiso decirme y yo nunca insistí. Sencillamente tenía los avales presentados que aseguraban mi inversión. Yo nunca supe, yo no sabía para qué era.

—¿Quiere decir que no tuvo información en qué se invertía su dinero?

—Sí, pero…

—¿Tenía conocimiento o no de la idea de un semanario necrológico?

—Sí, claro, es que yo nunca pensé que se llegaría a lo que se llegó. Quizá usted piense que no fue moral que yo le diera dinero, pero jamás que se publicaría.

—Y entonces usted cobraría esos avales.

—Si el periódico no llegaba al quinto número, o si no completaba los cincuenta mil ejemplares vendidos yo me resarcía con la garantía por él dejada.

—Por último, señor Vardé; ¿puede decirme cuál fue el aval?

—Un departamento en la calle Coronel Díaz.

—¿De qué valor?

—Unos ciento veinte mil dólares.

—Gracias. Es todo por ahora.

—Yo quiero decir…

—¿Sí?

—En aquella época, usted quizá no lo recuerde, los ahorristas como yo vivíamos con la incertidumbre de dónde colocar nuestro dinero; había una gran debacle financiera y la oferta de Trillo era tentadora, si bien era posible que… es decir, yo jamás imaginé.

—Gracias señor Vardé, es todo por ahora.

(Fin de la declaración)

Aclaración: efectivamente no hay constancias de que el declarante haya vendido dólares falsos a Trillo.

* * *

DECLARACIÓN DEL DOCTOR
NICOLÁS PÉREZ DUARTE

—¿Su nombre es Nicolás Pérez Duarte?

—Efectivamente.

—¿Profesión?

—Abogado.

—¿Conoció, doctor, al señor Bernardo Layo?

—Sí.

—¿En qué circunstancias?

—Vino a hacer una consulta acerca de posibles impedimentos legales de un proyecto suyo.

—¿Usted prestó los oficios de abogado a tal fin?

—Naturalmente.

—¿Le extrañó el carácter de la consulta?

—No es función de los abogados extrañarse por las consultas de sus clientes.

—Así es. ¿Le pareció normal el estado mental del profesor Layo?

—Absolutamente.

—¿Cuál fue su respuesta al requerimiento?

—Que mientras no instigara al suicidio, la eutanasia y al crimen en general, no había impedimentos legales. Más aún, la Constitución ampara explícitamente la libertad de prensa.

—¿Desea declarar algo más?

—No.

—Gracias.

(Fin de la declaración)

* * *

DECLARACIÓN DE LA SEÑORA
ANA LUISA MONJARDÍN DE MARTÍNEZ

—Solo por formalidad, ¿podría decirnos su nombre, apellido y

ocupación?

—Ana Luisa Monjardín de Martínez, ama de casa.

—¿Fue usted desde 1973 hasta pasado 1976, esposa del señor Manuel Vardé?

—Sí.

—¿Conoció al señor Carlos Trillo?

—No personalmente, si a eso se refiere, solo por televisión.

—¿Usted y su ex marido no se visitaban con el matrimonio Trillo?

—No.

—¿Sabe si su ex marido y Trillo fueron socios en el semanario?

—No lo fueron, que yo sepa.

—¿Por qué razón se separó usted del señor Vardé?

—¿Debo responder esa pregunta?

—No es su obligación.

—Entonces no lo haré.

—Señora, una vez más, ¿ratifica que no conoció personalmente al señor Trillo?

—Lo ratifico.

(Fin de la declaración)

* * *

Durante bastante tiempo se discutió cuáles fueron las consecuencias de la reunión del 20 de febrero. A esa altura la voluntad transformaba la simple imaginería en conceptos conscientes y estos en hechos que generaban su propia dinámica. El tono de la discusión, que se prolongó hasta altísimas horas, fue trabajoso; se debatió arduamente analizando infinitos detalles. Solo algo ocurrido mucho tiempo después permitió conocer con exactitud los aspectos resolutivos del encuentro. Una vieja libreta de datos personales fue encontrada al requisar la antigua casona de Layo, en el barrio de Villa Luro; el estudio de peritos calígrafos permite tener la certeza de su autoría. Esa libreta mostró con desorden anotaciones de ese día y de las semanas posteriores.

Se estableció, según esas notas, que el periódico saldría una vez por semana y se confirmó el sistema de avisos gratuitos para quienes anunciaran la muerte de algún deudo. Se encargó a Artigas la formación del plantel de periodistas y correctores, el diseño y cuidado de la edición y un estudio comparado de tarifas de los distintos medios periodísticos. Debía evaluar los “destacados”, los

de mayor tamaño, recuadros y pie de página, así como los potenciales avisadores. Se resolvió también la formación de un grupo de promotores publicitarios para visitar las empresas relacionadas con —así exactamente se las definió ese día— "el negocio de la muerte", los que serían dirigidos, naturalmente, por Carlos Trillo.

Se encargó a Bernardo Layo la creación de tres grupos de asesores. Uno formado por abogados para hacer frente a los posibles juicios, se especulaba en ese momento con la figura de instigación al crimen, aunque no se descartaba la posible acusación de inmoralidad y una previsible censura. Otro compuesto de científicos, médicos forenses y gerontólogos, además de un sicólogo. De allí saldrían los artículos científicos acerca de la muerte, las enfermedades y el dolor físico y espiritual. El propio Layo fue quien fantaseó con la idea de una serie de notas para definir clínicamente la muerte, problema complejo, que abría camino para plantear el interesante dilema de los que han vuelto, todo un desafío a la ciencia médica.

Al tercer grupo se le adjudicó especial importancia, estaría constituido por los asesores teológicos. Se trataba de conseguir un cura, un rabino, un pastor protestante —o bien laicos si no se obtenía ese objetivo de máxima— que escribieran en el semanario. Había que evitar que algunos fanáticos estuviesen tentados de ver en el periódico una obra satánica.

Las reuniones se hicieron más seguidas y dinámicas. Un mediodía caluroso en un viejo bar de Rincón y Rivadavia vieron pasar un cortejo fúnebre. El primer vehículo, blanco, llevaba el cuerpo de una criatura. Artigas recordó la leyenda, lejana, ajena y conmovedora. En algunas provincias los padres ofrecen una fiesta cuando muere un recién nacido. Lo hacen porque creen que trajeron al mundo un alma inocente y pura, a la que Dios reclamó sin hacerla transcurrir por la prueba de la vida.

—La gente baila alegre, mientras dentro del rancho yace el cuerpito. Es terrible —dijo Artigas.

—Y maravilloso —confesó el profesor.

—La llaman la fiesta del angelito.

Hicieron silencio, cada uno parecía ensimismado en sus propias imágenes. El cortejo ya se había ido.

—El angelito —dijo Trillo con la mirada sostenida en el exterior soleado.

Pareció un golpe, fue un golpe que los volvió a la realidad.

—El Angelito… profesor. ¿Qué le parece El Angelito?

Layo creyó entender.

—¿Qué les parece llamarlo El Angelito, Semanario Necrológico? —confirmó Trillo.

Así, ese mediodía febril la idea adquirió un nombre. Nombre que le aportará nuevos significados y presencias, distantes evocaciones y esperanzas. Nombre terrible y místico, subyugante y dulce, amoroso y justiciero.

Tres días después se fijan otros temas. Por iniciativa de Trillo se resuelve sacar el número cero, sin publicidad paga, como apoyo a la tarea de los productores. También se aprueba el acuerdo con Manuel Vardé y se alquila una espaciosa oficina ubicada en el octavo piso de Lavalle 1435, segundo cuerpo.

Por una ocurrencia de Javier Prats, un joven periodista contactado por Artigas, se aprueba una sección de deudos famosos, donde actores, políticos, deportistas y en general personajes públicos, comentarían el sufrimiento y pérdida de un ser amado. Se sabe que en esos días se le encarga a Raimundo Aires la confección del logo del semanario, que anotarán en el Registro Nacional de la Propiedad Intelectual, junto con el nombre elegido. Hacia fines de la primera semana de marzo resuelven dos problemas de fundamental importancia: se encuentra distribuidor y se consiguen las primeras receptorías de avisos. Ya puede hablarse, para mediados de ese mes, de una incipiente organización.

El 24 de marzo de 1976, a setenta días de la reunión fundacional, ve la luz el número cero, y justamente ese día sale publicado en el diario *Clarín* aquel postergado reportaje que Artigas le había propuesto a Trillo. El artículo despertó una de las incógnitas periodísticas más extrañas que se recordaban en Buenos Aires.

* * *

DECLARACIÓN DEL SEÑOR
RAFAEL PEREYRA

—¿Nombre, apellido y profesión?

—Rafael Pereyra, arquitecto.

—¿Recuerda usted la época en que Layo, Trillo y Artigas publicaron El Angelito?

—Sí. Yo me veía solamente con el profesor Layo. Con él habíamos forjado una sólida amistad en los casi veinte años que nos conocíamos.

A decir verdad, desde la salida del periódico dejé de verlo por completo.

—¿Por qué razón?

—Yo no aprobaba la idea; se lo dije la última vez que nos vimos. Cuando leí el reportaje a Trillo en el diario y la profusa publicidad mural creí que se trataba de un semanario de humor negro.

—Muchos lo creyeron así.

—Días antes de la aparición tuve una entrevista con el profesor, él me puso a corriente del proyecto. Si bien yo estaba de acuerdo con algunas cosas, quiero decir reconocía ciertas perversiones en la gente, un asqueroso regodeo mortuorio que me enfermaba, me parecía inmoral lucrar con eso.

—¿Qué le dijo Layo?

—Me sugirió que entre los tres no había un acuerdo total; de hecho, existían profundas diferencias. Hasta donde sé, Layo se oponía al tratamiento sensacionalista y amarillo que proponía Trillo. Tuvieron discusiones interminables. Yo creo que Artigas fue el que inclinó la balanza.

—¿Qué buscaba el profesor?

—Es difícil explicarlo. El profesor era un intelectual con inclinaciones filosóficas muy subjetivas. Una persona profundamente mística. No sé si estas palabras lo definen bien, filosóficamente, quiero decir.

—Lo entendemos, no se preocupe por eso.

—Él pensaba que la vida era una preparación para la muerte. Ahora bien, a partir de una visión materialista, oscuramente egoísta decía él, se había reemplazado esa idea de preparación por una negación. Un ocultamiento. Lo que era una utopía, un imposible, ¿me entiende?

—Creo que sí.

—Esa negación es una quimera. Los hombres se siguen muriendo y, la neguemos o no, la muerte existe. Era una situación sin salida. El materialismo nos había llevado a un atajo del cual no había como salir. Para el profesor eso trajo como consecuencia un aumento de la angustia existencial, lo que llamaba el "estado de terror". Al estado de terror lo definía como la exacerbación del miedo a la muerte. Yo me lo imaginaba como una angustia patológica que aumentaba incesantemente.

—Layo había escrito varios trabajos al respecto.

—Efectivamente. El profesor señalaba que las religiones habían ayudado a paliar el problema del miedo a la muerte imaginando otra vida en el más allá. Si bien no era más que un reemplazo del miedo a la muerte por el miedo a Dios, esto tampoco parecía funcionar. Estaba

convencido de que si algo sobraba en la sociedad moderna era el miedo a la muerte, y si algo faltaba era el miedo a Dios.

—¿Pensaba que transgredía principios religiosos?

—No, él razonaba que volvía a las fuentes del cristianismo. Por otro lado, decía que el positivismo había creado una leyenda atroz, la del dolor. La gente estaba convencida de que morir es un acto doloroso, cuando no lo es. Sobre este punto, el profesor había estudiado la información que disponía acerca de los resucitados. Las personas que habían pasado el límite de la muerte clínica —paro cardíaco, carencia de respiración— a los cuales los médicos lograron traer de vuelta antes de transponer el límite biológico, signado por la destrucción de las células cerebrales. Había llegado a la conclusión que la muerte es un acto gozoso. Esos hombres volvían con imágenes que solo podían definirse como de indecible belleza. Esto era muy importante si se quería que la gente perdiera su miedo ancestral, comprendiera la muerte, dejara de darle la espalda y observara su rostro sin desviar la mirada.

—Admira al profesor.

—Era una persona sumamente preparada. Este era el fundamento teórico que yo no me atrevo a discutir, y que hizo que Bernardo Layo pensara que el semanario era o podía convertirse en una herramienta. La más poderosa herramienta de difusión para contrarrestar la visión positivista de la muerte.

"Sabía que Trillo juzgaba como delirantes sus ideas, pero también que no se opondría, ya que las consideraba una forma de defensa contra la desaprobación de la Iglesia y la censura del Estado. Incluso llegó a decirme que, si perdía su lucha y se imponía la óptica mercantilista en el semanario, no dejaba de constituir una posibilidad nunca antes vista de combate.

—¿Qué sabe, arquitecto, de los hechos de julio?

—Solo lo publicado por los diarios. Como le dije, me distancié del profesor en los días previos a la salida del primer número del semanario. Nunca más lo volví a ver. No dudé de su sinceridad, pero todo aquello me provocaba náuseas. Yo solo vi un comercio infame, por lo menos de parte de Trillo, no sé de Artigas. Claro que ese no fue el motivo del distanciamiento.

—¿Y cuál fue?

—El razonamiento del profesor me parecía tan lógico, que me aterraban las consecuencias inevitables.

—¿Tiene algo más que decirnos?

—No, señor.

—Muchas gracias.

(Fin de la declaración)

* * *

Así llegó el 28 de marzo. De lo que ocurrió entre las nueve de la mañana de ese día hasta las cinco de la madrugada siguiente hay testigos: una secretaria, dos mozos y tres coperas.

La señorita María del Carmen Luna era, por entonces, la secretaria, telefonista y recepcionista, además de única empleada administrativa de la joven editorial. Ese, como todos los días, llegó puntualmente a las nueve de la mañana y encendió la luz. Cuando se dirigía a abrir las ventanas de la oficina vio el sobre que habían tirado por debajo de la puerta. Lo abrió y leyó:

Quisiera publicar en vuestro semanario el siguiente aviso:

Cochería Uruguay
El mejor servicio los 365 días del año
Uruguay 1050 TE: 35-5056

Acompañaba al pedido un cheque "no a la orden" para la editorial. Estaba firmado por Antonio Sáenz, gerente y único dueño de la empresa fúnebre.

Una hora después llegó Artigas y a los pocos minutos Trillo. La alegría y la conmoción que causaron el sobre y el cheque solo reconocen una pausa cuando a las diez y cincuenta entró en la oficina una mujer joven. De sobria elegancia, la mujer pregunta por el gerente. La ropa de la visita denotaba cierto nivel económico; su manejo desenvuelto y un dominio absoluto de la situación insinuaba un buen nivel cultural.

—Señorita, ¿en qué puedo servirla?

Artigas y María del Carmen apoyaban sus orejas en la puerta de la oficina.

—Quisiera colocar este aviso.

Y extiende un papel donde se lee:

¡¡Mensajes al más allá!!
Comuníquese con sus seres queridos.
Vidente Ana Luz
—estricta reserva—

Aquello fue el éxtasis. Cuando la mujer se fue los tres, Trillo, Artigas y la secretaria, bailaron desaforadamente. Rómulo se subió al escritorio y sin temor hizo un número improvisado de zapateo americano. Ese día llegaron aún más avisos. De las receptorías informaban que gran cantidad de personas pedía la publicación del aviso de la muerte de un padre, una madre, un hijo o un hermano.

En uno de los brindis, súbitamente, Trillo se levantó y extendiendo su copa dijo: "Brindo por nuestro director periodístico, el brillante Rómulo Artigas". Artigas se quedó unos instantes pensando, conmocionado, no pudo responder. Pero tres horas después, cuando el alcohol había subido a la cabeza de los socios, mientras caminaban hacia una *boîte* cercana en la calle Carlos Pellegrini, Artigas dijo en voz alta, casi gritando: "Director periodístico, ¡eso suena bien, muy bien! ¡Cuando se enteren los imbéciles del diario!… Y los imbéciles de todas las redacciones que tuve que sufrir. Y todos los imbéciles del mundo: ¡Director periodístico!

Aun en medio de la borrachera, el profesor Layo se dio cuenta, su pelea con Trillo estaba perdida y sus esfuerzos por cambiar la dirección de los acontecimientos serían del todo inútiles.

Y era verdad.

4

Querido Ramón: Espero que estés bien y que hayas cuidado todos los detalles, especialmente los que tienen que ver con la seguridad. Aquí no hubo novedades. Esperamos ansiosos el día D.

(De una carta de Daniel Rodríguez Mujica a Ramón Carpintero, fechada el 10 de enero del 2010.)

El primer número de *El Angelito* estuvo en la calle el 2 de abril de 1976. Tanto se ha escrito y hablado sobre el tema, tantas historias verídicas e inventadas, tantos datos reales, coherentes algunos, contradictorios otros, terminaron dando nacimiento a un sinnúmero de explicaciones inconsistentes, por partir de datos fragmentarios y, fundamentalmente, por basarse en preceptos morales y prejuicios. No se buscó conocer, sino que se confirmaran convenientes hipótesis previas, había que oír sin escuchar, ver sin mirar, y por fin que la memoria olvidara. Así, las responsabilidades se diluyeron en sórdidas páginas teñidas de falsedades.

La tirada del primer número de *El Angelito* fue de diez mil ejemplares y se agotó en las primeras cuarenta y ocho horas. Esto es un dato real, absolutamente comprobado. *El Angelito* fue una verdadera explosión, un terremoto que crispó las almas dormidas. Pero su estruendo no nació de esa cantidad relativamente pequeña, sino de una repercusión que la superaba ampliamente. Fueron millones los ciudadanos que se conmovieron; porque los que no lo tuvieron en sus manos se enteraron a través de la radio, los diarios y la televisión.

Esta última fue desde el comienzo una protagonista fundamental formando opinión, martilleando continuamente sobre ojos y oídos complacientes o descuidados. Dando una publicidad única e impagable. Todos los canales hicieron en esos días decenas de notas relacionadas con la inquietante publicación, reportearon a

integrantes de la curia, a funcionarios judiciales, a políticos, artistas, militares, deportistas, intelectuales, y hasta a transeúntes casuales de una esquina tradicional. Todos ofrecieron sus enardecidas opiniones, en general negativas, sobre *El Angelito*.

Ciertos periodistas televisivos trataron y consiguieron identificar a algunos de los anunciantes. Entrevistaron a los gerentes de las cocherías publicitadas en el semanario, al personal superior de las casas de velatorios, a las videntes como Ana Luz, a expertas tiradoras de cartas, a astrólogos varios, a alguna enfermera con poco trabajo y, desde ya, a la gente hasta allí anónima, la que simplemente anotició la muerte de un ser querido.

Esto último tuvo un efecto no deseado, en vez de la reprobación general, se incrementó el interés del público por los avisos clasificados. Aparecer en las pantallas generaba la novedosa —y excitante— sensación de notoriedad que tanto subyuga a algunas almas. Por su parte, los anunciantes comerciales tuvieron un incentivo extra, ya que lograban una multiplicación infinita, aparecían en horarios centrales de la televisión abonando las tarifas promocionales de una publicación sin trayectoria.

El Angelito tuvo, de esta manera, una publicidad como nunca se había visto en el país. Centenares de minutos en los espacios más vistos de la tevé, una cantidad increíble de columnas en los periódicos más leídos y gran parte de los espacios radiales.

Algunas emisoras, como el Canal 6, tuvieron especial interés en mostrar a los anunciantes más pobres, los que habitaban las villamiserias y los barrios proletarios del conurbano, dando una visión en ese momento distorsionada, que sería de fundamental importancia en el rumbo de los acontecimientos. Así, se identificó al semanario con lo más popular y chabacano. Contribuía a formar esta imagen, la crítica de algunas personalidades a los que el pensamiento popular, con o sin justicia, ubicó siempre del lado de los poderosos, reafirmando, paradójicamente, el carácter masivo y supuestamente popular de *El Angelito*.

Carlos Trillo, como gerente de comercialización, fue el vocero de la editorial y desplegó un creciente carisma. Con aspecto juvenil, tono pausado y comprensivo, se convirtió en la antítesis de sus más encarnizados críticos. Más aun, a diferencia de un joven juez federal y de algún atildado fiscal, él no buscaba ninguna notoriedad. Los epítetos proferidos en su contra eran para muchos —como lo demostraría una encuesta realizada apenas una semana después— contradictorios con sus maneras sencillas.

No faltaron filósofos, sociólogos y constitucionalistas

preguntándose acerca del caso, como tampoco sus sesudas consideraciones. Fue famosa una discusión entre dos pensadores en el programa del periodista Mariano Grondona en la que ambos rechazaban de plano la esencia del semanario, pero desde ópticas contrapuestas. El periodista resumió ese debate con una intrigante frase final: "Nuevamente los argentinos tenemos dos versiones para un mismo hecho…", y permaneció con su mirada fija en la lente de la cámara hasta el demorado corte.

Ante esa corriente de opiniones encontradas, el semanario interpuso un recurso de amparo precautorio, previniendo la posibilidad de que se incautara el segundo número. Conocida la noticia, se multiplicó la controversia. Desde los estrados hasta los bares, abogados y parroquianos tomaron partido al respecto. Los días previos a la salida del segundo número fueron tormentosos, abundaron las declaraciones airadas y los testimonios apocalípticos, que generaron un clima de extrema tensión y angustia.

Pocos días después del 2 de abril un movilero de radio El Continente abordó al obispo Linares Castro, mientras este entraba rápidamente en el edificio donde funcionaba la Conferencia Episcopal.

—Señor obispo, ¿tiene algún comentario que hacer sobre *El Angelito*?

—No.

—¿Sacará la Nunciatura alguna declaración? —insistió el periodista, evidentemente poco familiarizado con las estructuras eclesiásticas.

—Yo no soy de la Nunciatura, eso tendría que preguntárselo al nuncio apostólico.

—Entonces, ¿la Iglesia no se va expedir sobre el tema?

—Vea, señor; la Iglesia sabe muy bien qué tiene que hacer y lo dirá en su momento.

—¿Algo que decir sobre el padre Ramírez?

—No.

—Pero él ha…

—Eso es todo.

El obispo dio por terminado el reportaje visiblemente molesto. Una hora y media después el mismo prelado hizo, frente al mismo interlocutor, la siguiente declaración en un tono definitivamente más calmo.

—Señor, ¿han hablado de *El Angelito*?

—Solo algún comentario informal. Pero puedo decirles que a mi

modo de ver ese semanario es, en el mejor de los casos, una publicación de muy mal gusto, una ofensa a las buenas costumbres, una agresión a los argentinos y a la grey católica.

—¿Sacará el obispado una declaración?

—Sin duda la Iglesia no permanecerá, como no lo hizo nunca, ajena o indiferente ante estos casos de verdadera provocación.

—Acerca del padre Ramírez, ¿tiene algo para comentarnos?

—Ha sido llamado por el obispado.

Este último reportaje, a diferencia del primero, fue varias veces retransmitido ese día y en un popular programa de radio a la mañana siguiente.

En una entrevista para el diario *La Nación* el general en retiro efectivo Eduardo Manié comentó:

—Es una publicación criminal y me parece inadmisible que se haya permitido su venta. Es un acto de debilidad y negligencia que debe catalogarse de verdadera traición a la patria.

—¿Considera usted que ese semanario tiene una lectura política? —interrogaba el periodista.

—¿Qué le parece? Nadie puede negarlo. Ese desparpajo ante la muerte, esa violación de los principios cristianos, no son otra cosa que la expresión del pensamiento materialista y marxista de sus editores. Nos vemos agredidos por esta pretensión nihilista que busca arrojar de Occidente a nuestra nación. A su debido momento aportaré las pruebas necesarias que demuestran la participación de ideólogos extranjeros y de una embajada comunista en nuestro país.

Esta entrevista también salió publicada por otro medio, un vespertino amarillo que no inspiraba mayor confianza. Allí, el general habría concluido que el hecho demostraba que ellos —los militares— habían fracasado al entregar el poder a "una democracia de eunucos, de politiquillos liberales, incapaces de defender con huevos los intereses de la patria. Antes que eso habría que haberla bañado en sangre."

Quizá no lo dijo, seguramente no lo dijo. "La sangre nunca es suficiente" fue el título. De todas maneras, la idea flotaba amenazante, como una nube de lluvia tormentosa, encima de la cabeza de todos. ¿Sería acaso *El Angelito* la excusa buscada por algunos militares memoriosos?

Periodistas de diferentes medios acosaron al vocero presidencial, quien con sonrisa nerviosa dejó entrever la preocupación del Ejecutivo. "El presidente está estudiando el tema junto al ministro de Justicia y el secretario de Información Pública."

El líder del principal partido de oposición, no pudiendo evitar la requisitoria del periodismo agolpado en los pasillos de sus oficinas, afirmó lacónicamente: “Esto es increíble, haremos una declaración más adelante”. El jefe del bloque de diputados del mismo partido decía *off the record* el 7 de abril: “Pregúntenme por la situación económica, por el voto insólito del canciller en las Naciones Unidas, o por la Ley de Asociaciones Profesionales. Sobre esto, ¿qué puedo decir?”.

Ese mismo día salió al aire por Canal 13, el primer reportaje concedido por Carlos Trillo a la prensa televisiva.

—Señor Trillo, ¿como gerente de Comercialización de *El Angelito*, puede decirnos qué opinión le merecen las denuncias de inmoralidad sobre su periódico?

—Quiero dejar en claro que *El Angelito* no es una publicación inmoral. Más bien nos parece inmoral ese ocultamiento de la muerte que se realiza cotidianamente, como ha demostrado en distintos trabajos el profesor Bernardo Layo, prestigioso columnista de nuestro periódico e integrante de la dirección.

—Sin embargo, distintas personalidades han planteado la necesidad de clausurar su semanario.

—Eso sería un ataque criminal e imperdonable —subrayó esta última palabra— a la libertad de prensa.

—¿Cree que la libertad de prensa debe primar sobre la moral pública?

—Me extraña que sea usted, una colega, una periodista, la que me hace esa pregunta. Ya le he dicho que *El Angelito* no es inmoral, pero, además, la libertad no debe primar sino, como es el caso, ayudar a formar la moral pública.

Todo indicaba que Layo había tenido una extensa charla con Trillo, que le había escrito en algún papelito cuatro o cinco frases efectivas que este supo recordar.

—Pero ya que está tan interesada en la moral pública —continuó—, quiero preguntarle si no considera inmorales los semidesnudos de generosas mujeres en la televisión, o si piensa morales las revistas pornográficas que se venden en cualquier quiosco con la sola precaución de escamotearles la tapa.

—Ese es otro tema.

—¿Y cuál es el tema?

—La moral de su periódico —contestó nerviosa la joven periodista, levantando notablemente la voz—, el hacer un negocio lucrativo de la muerte.

—Sí, *El Angelito* es, entre muchas otras cosas, un negocio lucrativo. Pero dígame: ¿propone cerrar las casas de servicios fúnebres —respondió Trillo—, clausurar los cementerios privados, las casas de velatorios, y el negocio de flores para los muertos?

Sumida en la confusión la periodista decidió cambiar de tema:

—Señor Trillo, ¿prevé algún problema para la salida del próximo número?

—No deberíamos tener ninguno. Estamos en democracia y debe respetarse la Constitución. Sin embargo, y al solo efecto de prevenirnos, nuestros asesores jurídicos presentarán en el día de mañana, un recurso de amparo.

—Señor Trillo ¿conoce la declaración del Sindicato de Trabajadores de Prensa?

—No sabía que la hubiera, ¿qué dice?

—Yo solo preguntaba si estaba en conocimiento para recabar su opinión —contestó la periodista, acostumbrada a hacer ella las preguntas y bastante sentida por el intercambio de golpes.

Por razones obvias, el reportaje salió al aire solo después de pasar por las manos de los editores, que hicieron varios prudentes cortes.

Al día siguiente, la Comisión Interna del Sindicato de Trabajadores de Prensa de *El Angelito* expresó su sorpresa por las declaraciones "del compañero secretario general", y decidía imponer el estado de alerta en defensa de la fuente de trabajo. Efectivamente Eustaquio Meléndez, máximo dirigente de dicho sindicato, había expresado el día anterior: "Los trabajadores vemos azorados como un nuevo negocio, inmoral y sin escrúpulos, tienta a estos novedosos editores, desconocidos para el gremio y sin historia, verdaderos paracaidistas en la actividad".

* * *

DECLARACIÓN DEL SEÑOR ARISTÓBULO PENNA

—Señor Penna, ¿era usted director responsable del semanario La Hoja hacia 1976?

—Así es, lo fui hasta diciembre de ese mismo año.

—¿Puede evocar el lanzamiento de El Angelito?

—Imposible olvidarlo. Fue en abril y recuerdo perfectamente que se suscitó en la redacción una terrible discusión sobre su legalidad. Nadie

estaba a su favor, moralmente quiero decir, pero había mucha resistencia al intervencionismo del Estado en las empresas periodísticas como reacción a los años de la dictadura militar.

—¿Cuál fue su modo de pensar?

—Yo condené abiertamente, así lo escribí en un editorial, el truculento negocio de ese semanario y me opuse con igual vehemencia a su clausura. Cosa de la que hoy, vistos los acontecimientos, estoy arrepentido.

—¿Sabe usted si corrió efectivamente ese riesgo?

—Sin ninguna duda. Hubo orden de un juez para incautar el segundo número y cerrar provisionalmente la editorial. A último momento el ministro del Interior, Anselmo Perales, hizo gestiones con el magistrado para favorecer la salida, por lo menos, del segundo número.

—¿A qué cree que obedeció el interés del ministro?

—El gobierno se hallaba jaqueado por la oposición, que criticaba agriamente su política económica, y buscó sacar provecho de esta nueva situación, pasando por campeón de la libertad de prensa y los derechos individuales.

—Además, el semanario había interpuesto un recurso de amparo.

—Pero no tengo dudas de que fue la intervención directa del ministro lo que decidió la cuestión. El juez era de su partido, habían sido compañeros de militancia universitaria. Recuerdo que fueron horas nerviosas, se esperaba el epílogo de un momento a otro. Pero aquellas gestiones "oficiosas" fueron solo el comienzo de una larga polémica de varios meses.

—¿Diría que su posición fue compartida por los editores de diarios, semanarios políticos y de actualidad y por los responsables de los canales de televisión?

—Hubo de todo; aunque en general triunfó la mesura. Los más enconados críticos fueron algunos periodistas del canal estatal.

—¿Cómo se explica eso, usted dijo…?

—Allí radicaba el quid de la maniobra. Defendían la libertad de prensa y no se identificaban con el pensamiento del semanario. Fue muy astuto, así lo vi yo.

—¿Cuál fue, según su entender, la posición de los canales privados?

—No la recuerdo bien. Solo tengo presente la que posteriormente tomó Canal 6.

—¿Y los partidos políticos?

—Desde el comienzo buscaron no opinar. Por un lado, el hecho era tan novedoso que los tomó desprevenidos y, por otro, no quisieron hacerle el juego al ministro de Interior. Pero distintos políticos, a modo

personal, se mostraron indignados con los responsables de El Angelito. *Solamente la ultraizquierda y la ultraderecha tomaron posición definida desde un primer momento, ambas exigieron la clausura inmediata aunque, desde ópticas opuestas.*

—¿Y cómo justificaban esta censura?

—No la justificaban, no necesitan hacerlo.

—¿Tuvo en esa época contacto con las iglesias reconocidas en el país?

—No. Pero tengo presente el estupor en las filas de la Iglesia Católica por la participación de un sacerdote, el padre Ramírez, que no era como se alegó después un "geronte decrépito", sino un teólogo reconocido en el país y en el Vaticano. Al fin, bajo la presión de la situación, se expidieron institucionalmente en un documento aparecido al mes siguiente. Las demás iglesias pidieron sin excepción la clausura del periódico, ya que los editores no habían logrado la participación de ninguno de sus hombres, más allá de algunos laicos. No tenían, entonces, necesidad de estudiar las consecuencias que dicha participación pudiera causarles. Estaban con las manos libres para censurar.

—Muchas gracias, fue de gran ayuda.

(Fin de la declaración)

* * *

Hombres de la política de aquel entonces como el presidente del Partido Justicialista, el jefe de su bancada en el recinto de diputados y el mismo presidente de la Nación, evitaban opinar acerca del extraño periódico. Los militares que, claro está, no necesitaban de la opinión pública, fueron los más explícitos. Como tantas veces en la historia de nuestro país, uno de ellos y algún sacerdote contrariado dijeron exactamente lo que cierta parte de la sociedad buscaba escuchar.

¿Qué fue en realidad aquel monstruo que conmovió al país y azoró a su gente? Fue varias cosas, no siempre armónicas ni coherentes. Sus múltiples discursos fueron su esencia, su manera de lograr públicos diferentes. No hubo ningún esfuerzo por ocultar sus líneas internas, ni amalgamar la evidente disparidad de fines. Puede afirmarse que esa diversidad, si no era premeditada, fue mantenida a total conciencia.

Estas líneas internas —a veces por convicción, otras por negocio

— reflejaron ideas e imaginerías que existían fuera del universo del semanario. Visiones, símbolos, sentimientos, concepciones, fantasías y sospechas que estaban en la sociedad argentina de esos años, en la gente que compraba *El Angelito*. Pero en este punto no recayó el interés de historiadores y estudiosos; el correlato en la sociedad de la necrofilia propuesta por el semanario también fue omitida por la "síntesis" del Informe Paseck.

Aparecían en el primer número de *El Angelito* un trabajo de Layo titulado "¿Qué es la muerte?"; un reportaje al doctor Luis Sivau, médico geriatra, que se llamó poco originalmente "La tercera edad"; un corto artículo del sacerdote Ramírez y los típicos clasificados necrológicos enviados por el público.

El editorial, que ocupaba parte de la página cuatro, fue una declaración de objetivos y principios cuya autoría no ha quedado clara, pero cuya forma final fue dada, sin duda, por Rómulo Artigas.

> *A usted, señor lector, seguramente le ha sorprendido la salida de este nuevo semanario. Y créanos, a nosotros también.*
>
> *Posiblemente haya comprado este ejemplar en un quiosco apartado de su domicilio o de su lugar de trabajo. Quizá lo ocultó a la vista de amigos y parientes. A nosotros nos ocurrió algo similar. Mientras lo hacíamos muchos escondimos nuestro trabajo en este proyecto diferente, y créalo, amigo, algunos aún lo hacen.*
>
> *Pero usted lo compró y nosotros lo escribimos: estamos a mano.*
>
> *Quizá se pregunte ¿qué es* ***El Angelito****? ¿Qué es?, además de una información que hasta aquí se ocultaba y que* ***necesita*** *conocer.*
>
> *Digamos que es un puente, una mano que queremos llegue tendida, solidaria; llevando el aliento de quien también pasó por experiencias dolorosas.*
>
> *En estas páginas no va a encontrarse con la mentira piadosa porque nunca es piadosa la mentira. La piedad la encontraremos juntos en la verdad, una verdad eterna. Luminosa de Paz y Dulzura.*
>
> ***El Angelito*** *es creyente, pero no profesará ningún culto en concreto. Será creyente en Dios y en su obra eterna.*
>
> *Sus redactores y responsables queremos que sea una fuente de expresión, el lugar donde pueda,* ***amigo****, permítanos que así lo llamemos, expresar ideas, transmitir sentimientos, hablar de sus más íntimos miedos.*

¿Cómo? A través de cartas que acá sí serán leídas. Con un llamado telefónico que sí será contestado. Con su propia visita.

***El Angelito** debe ser suyo, que así sea.*

Hasta la próxima.

Este corto editorial, adulador y lleno de los peores tics periodísticos, fue sin duda efectivo. Planteaba la defensa del semanario desde la óptica de Layo: si afloraban los miedos, las angustias y los dolores reprimidos, estos podían canalizarse. *El Angelito* cumpliría entonces con una necesidad de la sociedad.

Por otro lado, Trillo caracterizaría meses después al semanario como "el inodoro necesario" que hacía inoperantes las tendencias truculentas y morbosas de individuos que, por su cantidad, ya no debían considerarse excepcionales. Con igual lógica, solía preguntar qué pasaría si se prohibiera el antiguo negocio de burdeles y putas.

Más adelante, concretamente en la audiencia secreta que el ministro de Interior le otorgó, hizo una notable exposición donde fraguaba esta amenaza. Aceptó que el semanario fuese un tacho de basura, como ácidamente había declarado a los medios el nuncio apostólico, lejos de molestarlo esa calificación parecía agradarle. Sin perder su compostura, replicó que, a la luz de los acontecimientos hasta allí producidos, la prohibición de *El Angelito* acarrearía parecidas consecuencias al voto de castidad de los sacerdotes católicos.

—Este es exactamente —dijo sosteniéndole la mirada al ministro — el lugar donde va a parar lo desechable, lo sucio, oloroso, nauseabundo. Lo peor, lo enfermo, lo que ustedes no quieren. Y está bien, así debe ser.

La afirmación quedó flotando en la conciencia del funcionario.

El artículo escrito por Layo fue uno de los hallazgos más interesantes de la primera entrega del semanario.

Qué arduo y qué ingrato, pero sobre todo estéril y angustiante, resulta preguntarnos qué es la muerte, a partir de lo aparentemente conocido: la vida.

¡Tantas y tantas veces nos han dicho —y nos hemos dicho a nosotros mismos— que la muerte es carencia de vida! Cuantos honorabilísimos doctores nos han explicado que es la ausencia de signos vitales, es decir, la ausencia de vida.

Tanto más fácilmente como admitimos que la muerte es el Más Allá y la vida el Más Acá, tanto más nos cuesta ver aquello que, no obstante, tendría que resultar por demás evidente.

Les propongo hacer el camino inverso. Esto es, preguntarnos a partir de la muerte, qué es la vida.

Si la vida del espíritu es eterna, la muerte es en realidad vida. La muerte no es una ausencia, la muerte es la existencia misma.

Qué es, en consecuencia, esta forma tan especial y concreta, tan efímera y pueril que nosotros llamamos vida. He aquí el verdadero problema. ¡Por Dios!, el problema no es la muerte, sino la vida. Lo desconocido, sí señores científicos, es la vida. Esa que creemos conocer. Ya no nos alcanza con definirla como la presencia de determinados signos biológicos.

Señores, ortodoxos teólogos del más allá: lo distante, lo oculto y disfrazado, lo desconocido y perturbador es la vida, y su objetivo acaso no sea otro que descubrir su propio significado.

Nuestra existencia es infinita. Morir es nacer en otra vida, es comenzar (o recomenzar, si creemos en las evidencias que hablan de reencarnaciones).

La verdadera vida no es la que se expresa en el palpitar del músculo cardíaco, ni en la combustión producida en nuestras células, ni en los parámetros energéticos de nuestro cerebro; sino la que tiene nuestro ser espiritual. No su conciencia moral, esa vocecita interna de la que tanto se habla y que tan fácil resulta no escuchar, sino lo que la ha creado y le da sustento.

La vida está en nuestro Ser Espiritual, grabémoslo indeleblemente. Está en él, limpio, despojado de los aditamentos culturales que goza y sufre nuestro pasajero presente. La verdadera vida es nuestro Acto de Ser. Aquello infinitamente grande e infinitamente pequeño; aquello que dispone, como valor propio e intransferible, el Soplo de Vida.

Admitámoslo, disponemos de nuestro propio soplo, eterno, inevitablemente eterno.

Claro que no todos los artículos eran así. Lo hubieran sido si el "soplo de vida" de *El Angelito* dependiera del profesor Layo y al que Trillo caratulaba como un "soplo al corazón".

Este tipo de disquisiciones eran las menos en esa primera entrega. Lo cierto es que no hubo, como podría imaginarse, ninguna lucha entre el profesor y sus socios por la inclusión de este artículo. Para el perfil periodístico que Trillo quería dar al semanario, y quizá también Artigas, era necesario contar con líneas así, para algunos notables, para otros oscuras.

Trillo adhería a la idea de Alejandro Bravo, el director de Canal 6, quien esgrimía que una buena televisión, en este caso un buen

periódico, debía ser básicamente chabacano, pero salpicado por manchas de cultura. "¡Eso tiene un efecto maravilloso! —completó un día el hábil y sincero Javier Prats—. Frente a la cultura la gente cree elevarse aunque en realidad solo se le cierran los párpados de sueño."

La sección dedicada a la muerte de gente famosa se cubriría con el fallecimiento de un actor norteamericano tan conocido como mediocre. Hasta se discutió si era preferible un científico oriental, muerto más recientemente y de cierto prestigio. La suerte los acompañó. Tres días antes del cierre, el deceso de Norberto Milanó cambió los planes.

Milanó, cantor de tangos y actor de reparto, olvidado hacía varias décadas por sus conciudadanos, era uno de esos casos en que el declive de la popularidad va produciéndose lentamente, por simples razones vegetativas. Sus viejos admiradores iban muriendo y las nuevas generaciones nunca aceptaron su forma de cantar empalagosa y afectada, afinada pero insufriblemente llorosa. Sin embargo, su muerte hubo de cambiar este destino, durante unos días se convirtió en ídolo, lo que en vida nunca pudo alcanzar. Esto no fue únicamente obra de *El Angelito*, tuvo la inteligente, experta y nada desinteresada colaboración de Canal 6, una de las pocas televisoras que no corrían alocadamente detrás de las noticias, preferían inventarlas.

Así se leía el artículo que llevaba la firma de Salí Calán:

> *Moría la tarde otoñal entre reflejos dorados cuando Mario Milanó entró en la habitación de su padre, minutos antes de que este conociese el Misterio.*
>
> *El viejo cantante y actor de años pasados yacía serenamente en su lecho a la espera del sacerdote que él mismo tuvo la presencia de ánimo de pedir.*
>
> *Quizá recordaba las páginas brillantes de su vida, cuando hace muchos años, en el 29, debutó con la orquesta de Palfi en la* boî*teGo-Go, o cuando en el 33 se casó con la mujer que ya nunca lo abandonaría. O quizá su pensamiento estaba con los grandes nombres de nuestra canción, con Fresedo, Pugliese y el inolvidable y genial Pichuco Troilo. Es posible que a todos ellos haya recordado en ese último momento, en ese postrer instante de lucidez y calma.*
>
> *Norberto Milanó estuvo siempre entre los grandes. Como cancionista y como actor. Serán inolvidables sus películas con Libertad Lamarque, con Tita Merello y con el maestro Luis Sandrini en el apogeo, en la época de oro del cine argentino.*

Aquel cine hecho con talento, coraje y amor.

Milanó fue un ídolo auténtico, un mito detrás del cual corrieron las ilusiones de nuestras madres y abuelas. Y, sobre todo, un hombre cabal, alguien querido por todos sus compañeros de la farándula, y el público que nunca lo abandonó. Un público que hoy llora, desconsolado, lo irreparable.

"Mi padre —nos dice Mario —siempre estuvo pendiente de su familia. Recuerdo que sufría mucho con las despedidas, antes de los viajes en sus continuas giras. Hasta que un día nos prohibió que lo fuéramos a despedir. Solo nos besaba, uno a uno, en la puerta de casa. Hoy vengo a buscar el beso que me corresponde."

Luego sigue una descripción de la personalidad del difunto, sus gustos, aficiones, bondades y demás misceláneas hasta que la periodista —previa disculpa por recordar momentos tan dolorosos— pero en consideración al público que adoró a su padre, le pide al entrevistado que narre su último encuentro, apenas minutos antes del "viaje final".

"Recuerdo que solo me vio cuando estaba muy cerca, me tomó de las manos mientras su boca dibujaba una sonrisa que parecía consumirle todas sus fuerzas. Entonces me dijo, tan bajo que tuve que poner mi oído a pocos centímetros de sus labios: 'Hijo me voy, estoy contento, he vivido feliz, he tenido mis momentos de éxito, he tenido una buena mujer a mi lado, dos buenos hijos como vos y tu hermana, amigos, todo. Y eso lo tuve gracias a ese maravilloso público, diles que he pensado en ellos hasta el último instante, hasta el último instante.'"

Esta torpe ingenuidad, ¿es la suerte del idiota o la intuición perversa del genio? Este monólogo del agonizante es tan inverosímil que cualquier periodista vulgar no se hubiese atrevido a escribirlo. Sin embargo, por alguna de estas dos razones fue publicado y por otras aún más tortuosas, fue creído a pie juntillas por un público con lágrimas en las mejillas.

"… cuida de tu madre y tu hermana, las dejo a tu cargo; cuida a tu hermosa novia y no la hagas sufrir, ella te dará muchos hijos. Y no se pongan tristes por mí, me voy contento. Ahora dile al padre que entre, ya estoy preparado."

Y Norberto Milanó se fue contento después de arreglar sus cuentas con Dios, como corresponde a un buen cristiano que, casi nadie lo sabe, donó muchos dineros a obras de caridad y se

preocupó, como pocos, por la niñez abandonada.”

Adornaban el artículo ocho fotografías del muerto, una ya difunto a cajón abierto, otras junto a su familia y el desconsolado hijo que entrevistaron.

Así habrían de repetirse en los siguientes números incontables notas que narraron los últimos segundos de vida de hombres notorios, especialmente artistas populares. Pero no fue ese el verdadero hallazgo de *El Angelito*, sino incorporar al esforzado y desconocido trabajador, al anónimo jornalero, al perdido campesino. Eso fue lo distintivo. Otros mostraban la muerte de una persona, cuanto más famosa mejor. Para *El Angelito* el tema era la muerte en sí, que al principio importó poco de quién y que, con el correr del tiempo, importaría cada vez menos. Alguna vez el semanario editorializó: “No solo los poderosos mueren”.

Todos los artículos de este tipo fueron escritos con el mismo desparpajo. Lo inverosímil de la situación se ocultaba tras una atmósfera de beatitud a la que muchos de sus lectores eran adictos.

La mesa de redacción del semanario olfateó el impacto y en la segunda entrega, queriendo capitalizar los réditos, organizó una misa en homenaje al cantor desaparecido. Esa misa, que algunos vaticinaron se desarrollaría en la mayor soledad, contó con innumerables amigos —todos dijeron ser íntimos— de Milanó. Ahí estuvieron músicos, actores, deportistas y empresarios, además de las cámaras de televisión, especialmente la de Canal 6, y cinco mil conmovidos fans.

Al joven periodista amigo de Artigas, Javier Prats, a quien se le había ocurrido la idea de reportajes a los deudos de famosos, causante en gran medida de semejante éxito, se le encendió nuevamente su generosa imaginación. Entusiasmado, le propuso a su jefe un concurso para premiar el mejor entierro. Claro que Artigas desestimó inmediatamente esa incómoda idea.

Estos son algunos de los avisos necrológicos gratuitos de ese primer, imborrable, número.

Alvarado, Gonzalo Ezequiel. *Que en paz descanse. Falleció el 25 de marzo de 1976. Sus padres Rolando Oscar y Carmen Teresa Pizarro; sus abuelos, Manuel Alvarado, Oscar Pizarro y Teresa Saldías; sus tíos Emma Alvarado, Cristina Pizarro, Guillermo Agnelo y demás deudos,*

participan su fallecimiento. Sus restos fueron velados en la casa paterna y su posterior inhumación en el cementerio de Berazategui.

***Alvarado, Gonzalo Ezequiel**. Que en paz descanse. Falleció el 25 de marzo de 1976. Sus compañeros y amigos del Nacional Dgo. F. Sarmiento siempre te recordarán.*

***López de la Rosa, Matilde**. Que en paz descanse. Fallecida el 27 de marzo de 1976. Su esposo Juan Larrosa, sus hijos Mario, Leonardo y Delfina, sus hijos políticos Ovidio Pena y María Escalante, sus nietos Mario, Haydeé, María, Ovidio y Matilde, participan de su fallecimiento. Sus restos fueron inhumados en el cementerio de Avellaneda.*

Avisos representativos de la línea formal, nunca suprimidos, convivían con otros francamente más acordes con el carácter que había tomado la publicación.

***Molinas de Rodríguez, Juana**. Que en paz descanses y veles por nosotros. Tu hija Juana Rodríguez y tu nieta lloran inconsolablemente tu muerte.*

***Ceballos, Carlos**. Que Dios todopoderoso te tenga en su santa gloria, que en paz descanses, amén. Aquí tu triste viuda, Graciela Fernández de Ceballos, llora tu muerte mientras en su vientre tiene el fruto de tu amor.*

Paz, Hamlet. *¿Por qué te fuiste? Tu amante mujer no encontrará consuelo y promete recluirse en un convento.*

Tolosa, Heriberto. *Que Dios te tenga en su gloria. Tu esposa que tanto te quiere y tus hijos Heriberto y Mabel, lloran tu muerte.*

Cristina. *El que fuera tu novio, el que tú olvidaste dándole la espalda, rechazando su amor, depone sus rencores. Que en paz descanses, amor mío.*

Juan Armando. *Que Dios todopodero te castigue por el mal que me has hecho.*

Llantos, promesas, juramentos y recriminaciones llenaban las páginas. En estos últimos casos, acusaciones de gente dolorida, la intención no era avisar, pues nadie sabría la identidad de los implicados. Antes bien era una expresión de puro rencor, guardado durante mucho tiempo, quizá años. Como si se tuviera la sensación ilusoria de que el muerto leería el aviso.

El último número de *El Angelito* deparó nuevas sorpresas. Los avisos eran una manera de participar, pero también fueron una manera de inhumar recuerdos, de exorcizar o invocar fuerzas diabólicas. Solo los redactores del semanario supieron la índole de algunos avisos que la editorial no publicó.

Anselmo V. *Para mí no moriste, solo la enfermedad nos alejó temporariamente. Hasta la vista. Joaquín.*

Mauro. *No lo soporto más, parto a encontrarme contigo. Eternamente tuya. Luisa.*

5

El 22 de enero, en París, se anuncia la próxima aparición del libro de Ramón Carpintero. Fue en una pequeña reunión de amigos que dio lugar a una breve información, aparecida en Le Monde. *Pocas horas después llega la noticia a Buenos Aires, increíblemente los diarios no se hacen eco de ella. Solo un hombre, apoltronado en un cómodo sillón, ocupando un largo escritorio, sintió un brutal estremecimiento cuando tomó conocimiento de aquel cable.*

A las once y media de la mañana el taxi lo dejó en la puerta del canal. Subió la breve escalera con la dificultad indisimulada de los años, tomó por un corredor y siguió caminando mientras consultaba su reloj pulsera. El antiguo locutor había sido, décadas atrás, todos lo sabían, amigo personal del presidente Perón; lo ligaban a este innumerables anécdotas que no ocultaba y que, sin embargo, rara vez sacaba a cuento por pudor o modestia.

Al dar los primeros pasos se preguntó de qué lado estaba el escaparate.

¿Estaría donde casi un centenar de personas esperaban ilusionadas que un asistente de producción, pantalón ajustadísimo y bigotitos raleados, los seleccionase en alguna de las dos categorías en que se dividía aquel universo: el público y los participantes? Aguardaban ansiosos ser clasificados por ese hombrecito menudo, de largos cabellos lacios y negros, manos huesudas con largas uñas y descomunales anteojos. Vestía de negro y llevaba una cruz de madera oscura y rústica, con un Cristo dorado a modo de collar. Le decían Juanjo. Él decidía de una sola mirada, con seguridad y plena convicción; tenía dos tipos de cartones en la mano, los pases rojos y los azules, la alegría o la frustración.

La gente sabía que solo podía intervenir una vez, una única y gloriosa vez, en que cámaras y luces apuntarían hacia ellos. Sus voces, afinadas o no, se escucharían en incontables televisores,

donde una multitud los vería. Serían el centro del mundo durante, tres, acaso cinco minutos. O diez, o quince si, bienaventurados, lograban triunfar. Todo giraría alrededor de ellos si les era asignado el color indicado, un frágil instante que recordarían toda la vida.

Juanjo y el locutor se saludaron con la mano, a distancia y en silencio. ¿O el escaparate estaba de su lado? —pensó—. Acaso sería ese larguísimo y raro pasillo por donde ahora caminaba.

Entró, efectivamente, a un recinto de curiosas proporciones. Seis metros de ancho y treinta de largo, ocupado hasta la mitad por algunos escritorios; separado del patio semicubierto donde esperaba aquella gente por una doble pared de vidrio que, a modo de original invernadero, almacenaba plantas y tubos fluorescentes.

Desaceleró el paso. Caminó más prudentemente, atemorizado por esa extraña presunción, ¿de qué lado estaría la vidriera? ¿Era él quién se exhibía? No lograba discernir el motivo por el cual esa situación, de confirmarse, de ser cierta, le restaba mérito. Avanzó sobre la alfombra impecable y mullida, en la atmósfera agradablemente ficticia del aire acondicionado, oyendo la misma música que el día anterior y que la semana pasada, una música que no salía de ningún lado y que nadie escuchaba. Aquel lugar tan pulcro, tan hecho para ver y para ser visto nunca le había parecido un canal. Sin duda, alguien había tramado esa trampa.

Su ingreso provocó nerviosos movimientos en la gente. Presintió gritos y saludos, las miradas cómplices de los veteranos, los pedidos de algunos, las caras de los chicos apretadas contra el vidrio, ademanes fáciles de manos levantadas y aplausos, siempre los aplausos, que él nunca dejaba de contestar mostrando sus dientes con una amplia sonrisa, feroz y estudiada. Era él quien desfilaba por la pasarela, ahora estaba seguro. Sí era él. Se exponía, era mirado, estudiado y juzgado. Claro que la relación entre exhibicionista y voyeristas era equivalente, aunque opuesta, a la que se genera en los desfiles de modas. Atento a estas cavilaciones quedó sorprendido cuando, en la puerta del set, uno de los nuevos y jóvenes ejecutivos le presentaba al desconocido.

—Roberto, Roberto.

El locutor se dio vuelta, fingió sin ganas una tibia sonrisa.

—Roberto, le presento a Juan Carlos Val, creo que aún no se conocen.

Hubo saludos convencionales y precisiones acerca del avance del programa que conduciría Val. Hasta que, por encima de la música, una voz impersonal llamó aburridamente:

—Señor Javier Prats, lo buscan en recepción. Señor Javier Prats,

lo buscan en recepción.

El joven desapareció dejando al locutor y a Val ante la atenta mirada del centenar de personas.

—Es increíble —dijo Val, entre sorprendido y admirado por la gente.

—No se preocupe, también vendrán para su programa. Ya va a ver, forma parte de la trampa.

—¿Cómo…?

—Quiero decir que a ellos les gusta, necesitan venir. Hágame caso —se repuso— recuerde lo que le digo, lo suyo va a ser todo un éxito.

—Gracias maestro, espero que así sea.

—¡Lógico! Eso se va a poner de onda, lo veo venir, tengo buen olfato —dijo tocándose el tabique nasal con el índice de la mano derecha.

—Ojalá. ¿No puede prestarme algunos?

—¿Algunos qué?

—Espectadores —dijo Val con una sonrisa simpática que también resultaba atrevida y pedigüeña.

—Adelante, son todos suyos —al locutor nada le gustaba más que saberse dueño de la situación—, pero no los va a necesitar, créamelo. Por lo menos no después de los primeros dos o tres programas. Hable con la gente de mi producción, con Juanjo, dígale que yo no tengo ningún problema. Él arreglará todos los detalles, quédese tranquilo.

Otra vez retumbó la voz impersonal:

—Señor Juan Carlos Val, tiene una comunicación telefónica en recepción. Señor Juan Carlos Val…

Se despidieron con apuro, abrieron sendas puertas ante las cien miradas ilusionadas. Cuarenta y cinco minutos más tarde alguien pidió silencio en el estudio 3 y una voz chillona repitió dos veces: “Si lo sabe cante con Roberto Galán. Bloque uno”.

* * *

DECLARACIÓN DEL SEÑOR
HERMES QUIROGA

—¿Su nombre, por favor?

—Hermes Quiroga.

—Señor Quiroga, ¿qué puede referirnos acerca de Juan Carlos Val?

—Yo lo conocí de chico, fuimos amigos de juegos y correrías, compañeros en la escuela primaria en Saladillo. Después su familia se mudó cuando estábamos en quinto grado, se fueron a Balcarce, no recuerdo por qué.

—¿A qué se dedicaba el padre?

—Vendía maquinaria agrícola.

—¿Y dejó de verlo?

—Así fue durante muchos años. Volvimos a encontrarnos cuando dábamos nuestros exámenes de ingreso en la Facultad de Ciencias Económicas.

—¿Cuánto tiempo estudió Val?

—Cerca de tres años.

—¿Recuerda cuántas materias cursó?

—No, claro que no. De esto hace mucho tiempo.

—Lamentablemente. Tendremos que buscar en los archivos de la facultad qué hay sobre Val.

—Nada, no va a encontrar nada.

—Es posible, pero creemos que con un poco de suerte puede quedar algo de información.

—No, en absoluto, no va a encontrar nada.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque Val no era Val.

—¿No?

—¡No lo sabía! Casi nadie lo sabe, supongo que mucho menos ahora, después de tanto tiempo. Cuando busque en los archivos, hágalo por Simón Kaufman. Ese era su nombre verdadero.

—¿Simón Kaufman?

—Simón Ariel Kaufman.

—¿Sabe qué razón tuvo para cambiarse el nombre y ocultarlo de manera tan eficiente?

—Sí, pero no creo que venga al caso, digamos que era una razón privada.

—Comprendo. Pero verá usted: es por demás común que sean razones personales, privadas, a veces triviales incluso, las que explican los actos de las personas. Por otro lado, en el tema que nos ocupa es definitivamente importante el aspecto sicológico. Comprendo sus reservas, Quiroga, pero es importante conocer esa razón.

—Como usted diga. Él se fue de la casa de sus padres con destino a Buenos Aires, para ingresar en la universidad. Cuando empezó su vida artística no tenía intenciones de abandonar los estudios, quería seguir la carrera lo mejor posible. Recuerdo que sus padres, dos inmigrantes

polacos de origen judío, esperaban ansiosos noticias de sus exámenes. Me imagino que para ellos ver a su hijo mayor recibido, con título universitario y con una carrera promisoria por delante era lo más importante. En uno de los cabarés donde actuaba como humorista conoce a una chica que trabajaba de copera y se enamora. Aunque esto pueda resultarle una historia de telenovela, el joven judío, estudiante exitoso, inteligente y lleno de futuro se enamora de una prostituta. Paralelamente, comienza a tener sus primeros éxitos como presentador de espectáculos.

—Sí. Parece de novela rosa.

—Estas circunstancias y una bohemia natural lo fueron alejando de los estudios. No se atrevió nunca a decírselo a sus padres, no hasta la muerte de doña Sara.

—Entiendo.

—Lo cierto es que comenzó una interminable lista de mentiras. Obtenía calificaciones excelentes en exámenes que nunca daba. Yo fui uno de sus cómplices, visitando a los padres con buenas nuevas absolutamente falsas. Fue para poder seguir trabajando que pensó en un nombre artístico; además, por años no dejó que le sacasen fotos para afiches o notas periodísticas. Incluso perdió alguna oportunidad de trabajar en televisión por no ser reconocido.

—¿Recuerda cuándo murió su madre?

—Seis meses antes de su primer programa.

—Dígame, ¿era creyente?

—No, que yo sepa.

—¿Recuerda la reacción del padre?

—Don Abraham nunca lo perdonó. Le cerró la puerta en las narices y nunca más, hasta momentos antes de la muerte de Juan Carlos, volvió a dirigirle la palabra.

—Usted, ¿lo vio entusiasmado con ese programa?

—No sé, es posible. Él dejó de llamarme por teléfono y yo hice otro tanto.

—Gracias, fue muy amable.

(Fin de la declaración)

* * *

DECLARACIÓN DEL SEÑOR
BERNARDO CAMPOS

—Su nombre es Bernardo Campos, ¿verdad?

—Así es.

—Señor Campos, ¿conoció usted a Juan Carlos Val?

—Por supuesto.

—¿Qué puede contarnos de él?

—Conocí a Juan Carlos en el año 71, en un cabaré de San Telmo. Yo producía un espectáculo allí, llevaba algunos cantantes de tango y bailarines. Recuerdo perfectamente que teníamos un famosísimo prestidigitador, en fin, era un buen espectáculo, en consideración con el precio de la entrada. Además dábamos una consumición gratis…

—¿Y el señor Val?

—A eso iba. Llamé a un amigo mío, Federico Fascio, para que me cubriera una vacante, sabe, por lo menos de un mes. Y me lo trae a Val diciéndome que era un buen cómico, un humorista moderno, dijo.

—¿Qué tal era profesionalmente?

—Demasiado moderno.

—¿Cuánto tiempo trabajó en el espectáculo?

—Un mes; fue un fracaso. Usted sabe, a la gente no le gusta las cosas complicadas. Yo siempre digo que el público va a divertirse, a pasar un momento sin pensar. Ese es el secreto: sin pensar, ¿me entiende?

—¿Puede decirme algo más del señor Val? Por ejemplo, si al local iba solo o con amigos, alguna compañía femenina, si bebía mucho o cosas por el estilo.

—Con amigos no. Yo no recuerdo por lo menos. Alguna chica tal vez, pero pocas veces, dos o tres en todo ese mes. En eso era muy diferente a otros que solían venir con una barra que consumía y después no querían pagar. Incluso un tipo, un ventrílocuo, se hacía la changuita cobrándoles él, algo así como la mitad del precio. Le decía a mi encargado que no les cobre, que eran sus amigos, que iba a ser un papelón, y me…

—Señor Campos, concentrémonos en el tema que nos ocupa, por favor. ¿Podría decirnos si el señor Val tomaba en exceso o era adicto a las drogas?

—Sí, sí. ¡No! ¡Quiero decir no! Yo nunca lo vi drogado, ¡jamás! Además, nunca lo hubiera permitido. Usted sabe que el negocio es el negocio. Y si bien yo no me meto en la vida privada de la gente, hay ciertas cosas que no puedo…

—¿Bebía, señor Campos?

—Algunas veces, pero solamente una vez lo vi con copas de más. Pero nunca, ¿me entiende?… Un poco chispeado más que borracho.

—*Gracias, señor Campos. Es todo.*

(Fin de la declaración)

* * *

Cuando Val levantó el auricular escuchó una voz que no tardó en reconocer:

—Comenzamos este lunes, vamos a las cuatro de la tarde. Hoy a las ocho de la noche hay una reunión en la oficina del director.

—¿Este lunes?

—Sí, se adelantó porque Dieguito está por morir.

—¡Pero es muy pronto!

—No se preocupe Val, yo me encargo de la producción. Los equipos se están preparando y estamos gestionando las líneas telefónicas extras. Pero olvídese de todo eso, nosotros lo resolvemos, avísenos si necesita algo.

—Dígame, ¿cuáles son las novedades sobre el chico?

—Los médicos dicen que no llega al fin de semana.

—…

Se le hizo un nudo en la garganta, en la garganta y en el estómago y en las tripas.

—Bueno, hasta luego, a la noche lo van a hablar mejor. Yo le paso todas las novedades a Prats. Hasta mañana.

—Sí, hasta luego… Hasta mañana, Marcela.

* * *

A las ocho de la noche Val entraba en la amplísima oficina llena de plantas, peces, monitores y afiches. Alejandro Bravo, el director del canal, era un hombrecito de baja estatura, ojos hundidos y mirada criminal, poseedor de una voluntad férrea y una aguda inteligencia, estaba rodeado de tres hombres y una mujer. Val conocía a dos de los hombres, a la mujer únicamente de vista.

—¡Ah, Juan Carlos, es usted! Siempre fiel a su costumbre ha sido muy puntual. Venga, le voy a presentar a una de las mujeres más encantadoras del país.

Le dijo el director, mientras tomaba del brazo a la dama. Hizo las presentaciones. Ella era Raquel Sigaut, quien fuera una cotizadísima modelo que había hecho carrera en Barcelona. De cuarenta y algo de años, un metro setenta y siete de altura, rubia,

de sensuales facciones angulosas y ojos verdes. Val no lo supo en ese momento, pero tenía también unas bellísimas piernas.

Uno de los hombres era el joven Prats, coautor de la idea y productor del programa. El otro, alguien que había saltado a la notoriedad pública en las últimas semanas por ser responsable del éxito periodístico más fenomenal que se tuviera memoria; su nombre era Carlos Trillo. Al tercero no lo conocía, un hombre de cabellos engominados y mirada atenta, que permanecía algo alejado del grupo.

Se sentaron alrededor de una mesa baja que ya tenía dispuestos un termo con café, varios pocillos apilados, una botella y una hielera. El director apagó algunas luces, solamente la mesa y dos peceras quedaron iluminadas. Val sintió, no supo por qué, una leve sensación de mareo. Las manos le transpiraban. Se sirvieron Johnnie Walker etiqueta negra, se convidaron mutuamente cigarrillos y, mientras los encendían, la voz del director cayó como una orden de largada.

—Estamos listos para el lunes —dijo terminando el recorrido de su mirada en Val.

—¿Estamos listos…? —preguntó Val, mientras un hilo de transpiración le corría por la columna, sabía muy bien, sin embargo, que no hacía calor—. Quiero decir, no tenemos material para una hora de programa. Una cosa es escribir y otra es mostrar, que la gente vea, la imagen es…

—¿Usted cree que no lo sé? —lo interrumpió Bravo.

—Claro que sí, por supuesto. Es que yo pensé que íbamos a hacer un programa piloto, estudiar lo que mostramos, lo que no mostramos…

—¿Cree que con un programa alcanzaría? —preguntó la mujer con interés.

—No lo sé, pero se hace un testeo y analizamos la reacción. Necesitamos saber cuál es el límite de lo… —buscó la palabra— truculento.

—Entonces, ¿usted piensa que no debemos salir el lunes? —preguntó Bravo.

—Es prematuro. Puede salir bien, pero yo lo veo muy arriesgado.

—Señor Val —intervino Trillo, que había permanecido como un gato agazapado, a punto de saltar sobre la presa—, ¿está conforme con su cachet?

—Sí, por supuesto, no veo…

—¿Diría que es mucho mayor que cualquier otro que haya cobrado antes?

—Sí, sí.

—¿Dos, tres, cinco veces más grande?

—Es el más importante —contestó Val molesto.

—Y, dígame, más allá de eso, ¿es el proyecto profesional más importante de su carrera?

El director se acomodó en el sillón, sorbió su whisky. Había algo bestial en ese joven, algo que lo maravillaba y explicaba su irresistible ascenso. Una violencia acompañada de lógica y claridad implacables, algo de gánster italoamericano, una prepotencia medida, calculada fríamente. Recordó una lejana obra de Brecht.

—Estoy convencido de eso —contestó Val.

—Bien.

Trillo se quedó mirando fijamente los ojos de Val que no supo qué hacer; mientras el director, siguiendo el hilo de sus disquisiciones, pensó que en ese joven nada era casual.

—Yo no veo…

—¿Cuál son sus escrúpulos, Val? —preguntó Trillo como un golpe.

La mujer no pudo reprimir una leve sonrisa, la seguridad de Trillo comenzaba a seducirla.

—Ninguno —dijo Val asustado, dando cierto aire petulante a su contestación, con un rictus despectivo en la comisura de los labios. Hacía un desesperado esfuerzo porque no se le notase el miedo—. Ninguno, yo simplemente no entiendo el apuro.

—Se lo explicaré.

El director le tendió un pocillo con café a Val. Detrás del gesto había una muestra de piedad, una pequeña complicidad con la víctima. Había sido llevada a una posición inferior de la cual no parecía tener salida; al menos no decorosa. En ese momento el director pensó que una de sus virtudes fue siempre medir correctamente a sus oponentes, dar batalla solo en los terrenos en que podía ganar.

—Nuestro semanario, Val, ha seguido paso a paso la enfermedad de Diego Lafuente. Como sabrá, ese fue el eje editorial de los últimos cinco números. La opinión pública está conmovida por el caso y ningún medio de prensa pudo cubrirlo como lo hemos hecho nosotros. ¿Sabe por qué?

—Ustedes tienen un aparato periodístico…

—No, no lo sabe. No es por eso, en absoluto. Pero quizá lo haya

sospechado y no se atreve a decírmelo.

—…

—Es porque nosotros conocemos la noticia antes. Antes de que suceda.

Trillo hizo una pausa, en esos tiempos había aprendido a comportarse con maneras teatrales. Hizo la pausa justa, el tiempo de encender un cigarrillo, sabiendo que nadie iba a interrumpirlo. Si alguien lo hiciera el efecto estaría totalmente arruinado. Nadie lo hizo.

—Nosotros sabemos desde hace un mes que Diego Lafuente no tiene salvación —continuó, mientras la dama descruzaba las piernas —; supimos exactamente cuándo lo iban a operar, ahora sabemos exactamente cuándo se va a morir, es más, cuándo, cómo y dónde lo vamos a enterrar.

El director carraspeó.

—Hace un mes y medio vino a nuestra redacción el padre de la criatura, nosotros nos pusimos en contacto con el grupo de médicos que lo atiende. Donamos los fondos que sirvieron para los análisis previos, el trasplante, la internación, los honorarios, todo. Créame, no ha sido poco. La campaña de solidaridad que montamos y que tuvo tanta repercusión periodística no juntó más de la quinta parte de lo necesario.

—…

—Hicimos un trato con los padres. Poníamos el dinero que hacía falta a cambio de que, cuando Diego se curase, solo nosotros tendríamos reportajes. Uno de nuestros mejores periodistas prepararía una amplia crónica con la participación de Diego y su familia, un *racconto* de sus vidas que se llamaría “Sufrimiento, esperanza y amor”.

Lanzó una breve mirada general, finalmente la concentró en el hombre engominado, pero éste permaneció inmutable.

—Discutimos si lo íbamos a publicar como libro o por entregas en *El Angelito*. Lo cierto, Val, es que somos los dueños de la historia. Nos convertimos en el polo de poder, puedo llamarlo así, de manera que hasta los médicos terminaron consultándonos.

El silencio era absoluto, detrás de los ventanales la ciudad se hacía crepúsculo.

—Por otro lado, los padres son gente sin ninguna instrucción. No podían hacer sin nosotros, y no solamente por el impedimento de dinero. No entendían nada de nada. Se aferraron a nosotros como náufragos a un tronco, ¿qué otra cosa podían hacer? El padre nos

pedía continuamente que resolviéramos algún problema: si un hermano del chico tenía o no que ir a la escuela, un viático o cosas parecidas. En cuanto a la madre, a quien nosotros hemos puesto como ejemplo, es una alcohólica perdida —Trillo miró nuevamente al hombre de cabellos engominados, una mirada breve y furtiva—, una mujer a la que le hemos puesto una enfermera para que no se emborrache y que tendremos que encerrar para que llegue sobria al día del entierro.

—Quiere decir que…

—Nada. No quiero decir nada, no se adelante —dijo Trillo, molesto por la interrupción—. Eso de la borrachera es una miscelánea, un hecho secundario; aunque hoy pienso que hicimos mal en colocarla como un ejemplo. Hubo una discusión en la redacción y ahora veo que falsear la realidad no fue lo mejor.

Dirigió una enérgica mirada a Prats.

—Lo cierto es que, desde los primeros análisis realizados después del trasplante, supimos que no tendría más de un mes de sobrevida. Decidimos entonces hacer de este caso el eje periodístico del semanario. Ahora sabemos que no pasa del viernes, que no pasará del fin de semana.

Esta vez la pausa de Trillo tuvo razones fisiológicas, tenía la boca reseca.

—Diego tiene las horas contadas.

—Aún sigo sin entender por qué eso nos hace adelantar la salida del programa.

—Val, la sociedad argentina está sensibilizada con el tema. El lunes todos los medios tendrán las imágenes del entierro, las lágrimas de la madre y el dolor desconsolado de la familia. Pero nosotros tendremos algo infinitamente más impactante: las imágenes de estos días: tendremos la agonía. Y esto, señores, es literal.

—Entiendo —admitió Val con sinceridad.

Todo había sido tan abrumador, tan aplastante, que la víctima tenía una salida decorosa. El edificio había sucumbido ante el terremoto, es cierto, pero el sismo había sido tan violento que nada hubiera podido con él. ¿En tales circunstancias quién iba a fijarse en un par de imprudencias arquitectónicas?

—Está muy claro —dijo la mujer.

—Pero, sabe Raquel, Val, ¿qué es lo que nos diferencia?

Hubo un largo y embarazoso silencio. Ya nadie se sentía obligado a contestar, pero era tan obvio, que el presentador arriesgó

lo que parecía evidente.

—Yo creo que basados en un despliegue periodístico desusado, la idea es llevar consuelo. Esa es la palabra, consuelo. Consuelo a deudos y moribundos. Ade…

—Val, realmente creyó el aviso.

Trillo casi pudo sentir el impacto en las vísceras de su víctima, había ido demasiado lejos. Trató de suavizar rápidamente el resultado de su contestación.

—No se moleste. Es necesario que nos pongamos de acuerdo en lo que queremos. Lo que perseguimos es algo tan diferente, tan novedoso e inédito. Pero mejor que yo lo va a explicar el profesor Layo, profesor… —dijo sorpresivamente Trillo.

El hombre de cabellos engominados, mirada atenta y manos blanquísimas, estaba recostado en el sillón. Se acercó hacia el centro de la mesa y habló con voz pausada.

—¿La diferencia? La diferencia en nuestro caso, es que la muerte no es algo que pasa o que ha de pasar algún día. Un hecho importante, inexorable, pero exterior, extrínseco a nuestra naturaleza.

Miró a todos, uno por uno, algo importante estaba por suceder.

—Para nosotros, para la gente de *El Angelito*, la muerte vive, tiene olor, color y forma. Es un ser. No es la carencia de un signo vital, no es la carencia de nada. Más que carencia de algo, es la representación vieja y romántica de la Parca, la que acude a la cita preestablecida. Un ser, sí, el único ser que vive y que nunca ha de morir. Lo único verdaderamente eterno. Y ese ser tiene, en esencia, algo de nosotros; o dicho de otra manera, todos llevamos la muerte adentro.

El silencio era ahora más pesado.

—Y esto señores —prosiguió el profesor ante la atenta mirada de sus oyentes— tiene consecuencias prácticas que espero les sean evidentes.

Se recostó sobre el respaldo dando por finalizada su intervención.

—Después de hablar con usted varias veces profesor —dijo con sinceridad el director—, me temo que es usted quien las hace evidentes.

—Bien. Trataré entonces de exponer esas consecuencias prácticas de las que les hablo —volvió su cuerpo hacia la mesa nuevamente, con extrema lentitud—; no llevamos consuelo, porque la muerte no es algo desconsolador. Si todos la llevamos dentro, si

de ella venimos y a ella vamos, parodiando el dicho, debemos modelar, una nueva representación, que no es trágica ni desgarradora. Una imagen dulce, si cabe el término. Una muerte amiga, una muerte madre, un regazo protector; como si se tratase de una cómplice. Una amiga amorosa que nos liberará. La muerte no es horrible, no debe dar asco ni miedo. No hay truculencia en mostrarla; porque ver la muerte corporizada en el último jadeo, en los espasmos finales, definitivos, es de hecho una experiencia sobrecogedora y por demás en-ri-que-cedora. Un acto donde la naturaleza nos muestra su increíble sabiduría.

"Por tanto, nosotros mostraremos la muerte en su magnificencia, sin disfraces ni mentiras, admirándola. Nuestro programa debe estar despojado de cualquier connotación trágica. Habrá música, baile, reflexiones, hasta deberíamos encontrarle algo de humor. Buscaremos sobre la marcha el perfil exacto.

Tomó un sorbo de agua.

—¿Entienden ahora, esas consecuencias prácticas?"

Val estaba con la boca abierta. En Buenos Aires ya era bien entrada la noche.

6

Como se había anunciado unos días antes, el primero de febrero del 2010, la editorial Le Table publica el libro de Ramón Carpintero. Es una historia extraña y subyugante que transcurre en un país lejano y desconocido. Como algunos alcoholes, es una historia áspera en la garganta y caliente en el estómago.

Por lo demás, los ingenuos ciudadanos parisinos se preguntaron una y otra vez si aquel relato tenía algo de verídico o si, como aseguraban los más arriesgados, era la creación de una mente calenturienta. Una imaginación imposible aun en aquellas tierras exóticas.

Para esa época, la redacción del semanario se encontraba en un antiguo edificio de la calle Rivadavia a la altura del ochocientos; bien puesta desde el punto de vista comercial, por ubicación y cierta sobria suntuosidad, tenía ese clima grato de los edificios antiguos. Sin embargo, era muy chica para albergar la cantidad de redactores, correctores, empleados administrativos, cadetes, telefonistas y promotores publicitarios que el piramidal ascenso había multiplicado. Además, una considerable cantidad de lectores concurría todos los días desde las horas más tempranas hasta ya entrada la noche. Acudían, lloviese o tronase, para que les publicaran una nota, un aviso, alguna semblanza del finado que tanto amaban o, simplemente, a conocer el lugar donde se gestaba esa maravillosa criatura, que a muchos les había cambiado la vida.

Aquellas personas traían obsequios para los periodistas firmantes de los artículos que los habían emocionado. Eran gente humilde, a quienes esas tortas caseras, esas prendas que confeccionaban con sus manos, o el ramo de flores que traían, les habían costado parte de un escaso salario. Más que visitas eran una peregrinación.

Por orden de Trillo los redactores tenían que recibirlos en una sala especialmente dedicada a tal fin, hablar unos minutos con cada uno y agradecerles el presente, no sin antes haber recordado con

nombre y apellido al fallecido que, las más de las veces, era buscado apresuradamente. De esas entrevistas breves y a veces emocionadas salieron muchas historias, a las que se decidió agrupar bajo el título "Con nombre y apellido". Eran historias de barrios suburbanos y olor a tierra mojada; historias de amores con finales trágicos, de hijos perdidos por la droga y el alcohol; historias de suicidios, de padres desocupados, de dolorosas enfermedades y promesas incumplidas a santos y virgencitas. En fin, como gustaban decir algunos detractores, eran historias de ladrones de gallinas y mecánicos de autos viejos.

Trillo y sus socios exigían tanto celo porque buscaban una relación afectiva que uniera al semanario con sus lectores, transformar los lectores en amigos, para los cuales una previsible competencia fuera un acto de infidelidad. Una traición.

Aquella redacción, como todas, era un mundo de gente que iba y venía de una oficina a otra, que escribía a máquina, hablaba por teléfono, discutía diagramaciones. Pero algunas características la diferenciaban de las demás y la hacían inconfundible; para quienes trabajaron en *El Angelito* fue el "templo de la prensa escrita". Junto con unos pocos profesionales como Prats o Salí Calán, había otro tipo de locos escribas, creyentes candorosos en una fábula rarísima de muertos y resucitados, ángeles y fantasmas, encarnaciones y crucifijos.

La mayoría de los colegas de otras redacciones comenzaron burlándose. Fueron el hazmerreír general hasta que esa extraña secta tuvo que ser reconocida, por fin, como la hacedora de un fenómeno editorial que no tenía antecedentes.

Algunos la empezaron a ver con recelo el poder de aquel convencimiento. Otros con envidia o admiración. Los hubo que sintieron temor y hasta pánico. pero todos advirtieron como *El Angelito* aumentaba su número de páginas y repararon, semana a semana, en el crecimiento exponencial de su tirada. La leyenda que circuló en las redacciones porteñas hablaba que esos colegas escribían en silencio mientras escuchaban música, no para aliviar tensiones sino para provocar un clima; que escribían en habitaciones donde nunca faltaba un crucifijo. Recibían a los lectores, agradecían los regalos, obsequios que ellos jamás habían recibido. Locos, eran locos. Dementes o fanáticos convencidos de que hacían algo de valor, útiles al prójimo como un médico o una comadrona de pueblo, un buen sacerdote, o la soldadesca valiente durante fragorosas batallas.

En el micromundo de las redacciones *El Angelito* dividió a los

periodistas en dos bandos, por amor, odio o espanto fueron tenidos en cuenta. Nadie pudo mirar para otro lado, hicieron de la historia del periodismo del país un antes y un después.

* * *

El ascensor subió hasta el piso diecinueve. Mientras abría la puerta, Artigas tuvo la sensación de estar a punto de recordar algo importante. Hacía unos meses había estado en esa misma situación, al borde de traer a la conciencia esos mismos datos que, de alguna insondable manera, lo ligaban al hombre que lo acompañaba. Fue durante la larga vigilia que siguió a su histórica conversación con el profesor Layo, la que determinó volver a encontrar al viejo compañero de estudios, perdido en las inevitables aguas del olvido. En el trayecto de subida no pudo sacar la mirada de su acompañante. Lo había conocido hacía dos décadas durante sus turbulentas adolescencias. En los últimos tiempos tenía una relación personal casi diaria, ardua, fructífera y, sin embargo, de alguna manera oscura. Pensó con certeza intuitiva lo poco que quedaba de aquel chiquilín, era como si la vida le hubiera deparado conocer a dos personas diferentes con el mismo nombre. ¿Cómo podía relacionar esta figura sólida, llena de fuerza y decisión, que reunía la sagacidad instintiva de un detective hollywoodense, el cálculo certero del que son poseedoras algunas peligrosas mujeres, y el arrojo temerario del joven soldado de las leyendas, con aquel chico confuso, de pensamiento turbulento, ánimo frágil y alma desarmada?

Ese era su estado de ánimo al trasponer las puertas del ascensor y caminar por el pasillo desusadamente iluminado. En algún rincón de su inconsciente estaba el dato perdido, archivado en una arrinconada neurona, que trataba inútilmente de traer y que, fantaseaba, explicaba todo. Buscaba el nexo, la explicación, el puente que comunicara aquella imagen temerosa con este hombre que ahora caminaba con paso firme dos metros delante de él.

Podía sentir ese dato perdido, juraría eso.

Entraron en la oficina. La puerta rezaba con letras pequeñas y prolijas: Manuel Vardé & Asociados. En la recepción no los hicieron esperar, era evidente que los estaban aguardando. En realidad, lo estaban esperando a Trillo, él nada más lo acompañaba; le había dicho que quería hablar algo con él, no sabía qué. La joven los hizo pasar a lo que aparentaba ser el despacho principal, allí un hombre cuarentón, de pelo entrecano y mirada que a Artigas le pareció

defensiva, los observaba sentado, extrañamente inmóvil. No hizo gesto de saludo, no se levantó del sillón, no fue al encuentro de sus visitantes, ni pronunció palabra alguna. Trillo, mientras tanto, no se sentó en la silla que estaba a su lado, frente al escritorio. No hubo miradas, ni siquiera una sonrisa, ningún rictus convencional. Nada. Era evidente que todo se había dicho en alguna oportunidad anterior.

Desde su posición no pudo observar si, a último momento, cruzaron miradas. Solo vio que Trillo abrió el portafolios y extrajo un cheque ya firmado y un sobre de papel madera de tamaño carta. Ambas cosas las depositó impersonalmente sobre el escritorio. A Artigas le pareció poco normal que el hombre no reparara en el cheque —no pudo ver la cifra—. Luego levantó el sobre, lo abrió y revisó con cuidado. Se tomó tiempo en escudriñar el contenido, lo hizo de una manera reservada, como si fuese una partida de póquer. Aunque tuvo una ligera sospecha, Artigas nunca supo su contenido, por prudencia o por miedo nunca preguntó.

El hombre cerró por un instante los ojos, un breve, conciso momento de alivio. Después, siempre sin mirarlos, abrió un cajón que estaba a su derecha para sacar unos papeles que dejó caer sin preocupación. Entonces sí tomó el cheque, lo revisó brevemente y lo dejó en el mismo cajón.

Trillo, mientras tanto, había tomado esos papeles que Artigas reconoció de inmediato: eran las acciones de la sociedad anónima responsable de *El Angelito*. Sin mediar saludo, Trillo se dio vuelta hacia la puerta de salida, ya había dado los primeros pasos y Artigas permanecía parado, inmóvil frente al hombre. Ahora sabía quién era. Por primera vez su mirada y la de Vardé se cruzaron, la descubrió sin miedo, era, simplemente, una mirada vencida. En el pasillo se preguntó por qué un socio capitalista se desprende de sus acciones en el momento en que la televisión aseguraba un salto fenomenal.

* * *

Salieron a la calle, la mañana era benigna, apenas una brisa suave y un sol brillante. El barrio de Recoleta permanecía, como de costumbre, alejado de las urgencias más cotidianas. Jugaba a creerse entre provinciano y europeo, cosa que en este país y para ciertos bolsillos suele ser parecido. Cruzaron Quintana y siguieron caminando hacia el bajo. Artigas debía ir sumido en alguna cavilación, solo eso puede explicar la falta de rapidez en sus

reflejos. Caminaban rápido, demasiado para la pequeña renguera del periodista, de manera que iba unos pasos detrás de su socio, lo suficiente como para que entre ellos se interpusieran cuatro hombres llevando un ataúd. Habían salido de un porche cuyas puertas estaban abiertas de par en par, una vieja y lujosa casa a la que se le había muerto el dueño. Artigas casi se los llevó por delante, su cara quedó pegada al lustre perfecto de la madera. Este hecho fortuito bien pudo provocar su rubor, seguido de imaginables y ampulosas disculpas. Eso pudo, debió ser, una reacción lógica y comprensible, la que tendría la mayoría de las personas. O él mismo en otra circunstancia. Pero no reaccionó así. Tropezarse con aquel ataúd fue el hecho externo que le permitió unir las celdas incomunicadas de su cerebro, las que tenían los datos fragmentarios y que ahora permitieron el recuerdo completo. Una explosión dentro de él saludó ese encuentro.

Artigas se quedó inmóvil por unos segundos, por fin, después de tanto tiempo, lograba recordar. Hacía diecinueve años, en aquel cuarto año de la secundaria, llegó la noticia que había fallecido el padre de Trillo. Artigas y otros compañeros fueron a consolarlo. Recordó la sensación que tuvo al entrar en esa sala del velatorio, el olor de las flores, los cristos amenazantes y el murmullo apagado de las conversaciones. Fue él quien entró en la pequeña habitación donde estaba el cajón abierto, quien primero vio entre todos sus compañeros el rostro pálido del muerto, las enormes velas, la pesada cruz de la cabecera. Evocó aquella humedad fría, pegajosa, el oscuro piso lustrado, las paredes grises y despojadas, cubiertas por coronas con cintas violetas. Carlos Trillo estaba parado, rígido, con la mirada puesta en la cara de su padre. Artigas se acercó.

—Lo lamento, Carlos —dijo en voz baja, tan baja que tuvo que repetirlo mientras pasaba su mano por el hombro del compañero.

Trillo apenas movió imperceptiblemente la cabeza. Estaba quieto, mudo, como una estaca clavada en el piso. Pasaron algunos minutos así. Alguien entró y se fue; el ruido del tránsito se acercó y se alejó. De improviso, en forma casi inaudible, como para que él solo lo oyera, murmuró:

—No es cierto, no fue el corazón. Se suicidó.

—…

—Él se suicidó, yo lo ayudé.

* * *

Entraron en un elegante café y se sentaron a la mesa, por la

ventana podían ver una de las plazas más bellas de la ciudad. Pidieron dos cafés, uno con crema, el otro irlandés. Solo cuando se los trajeron, Trillo comenzó a hablar con claridad y calma, tal su costumbre.

—Se recuperó el porcentaje de Vardé.

—…

—En el sobre que me entregaron hay unos papeles iguales a los que tenemos vos y yo —aclaró no sin malicia.

—No me di cuenta —mintió Artigas.

—Como quieras —Trillo dejaba en claro que sabía que mentía—. Vardé era nuestro socio, el que puso el dinero inicial que necesitábamos para cubrir los primeros compromisos.

—El socio capitalista.

—Vamos entendiendo. Creo que ya no lo necesitábamos más, de manera que así es mejor.

Artigas no se atrevió a preguntar, pero tenía la convicción de que las palabras de Trillo eran una invitación a que lo hiciese.

—Decidió retirarse de la sociedad, tenía sus motivos —prosiguió Trillo mirándolo a los ojos, como si esperara una pregunta—. Es evidente que lo ha hecho en el mejor momento para nosotros. A partir del lunes estas acciones van a valer tres veces más.

—Parece un magnífico negocio.

—Y un pésimo negocio para él.

—Sus motivos tendría —dijo Artigas sin levantar la vista, con pocas ganas de seguir escuchando.

—No tengas duda, sabe perfectamente lo que hace. Digamos que hacer otra cosa equivaldría a un suicidio.

Artigas ahora sí lo miró fijamente. Ese hombre era el mismo chiquillo que había ayudado en el suicidio de su padre. Pero ¿qué significa ayudar en un suicidio? Quizá algún día se lo preguntase. Contrariamente a lo que se podría suponer, ese recuerdo, rescatado del desván del olvido donde había sido echado, no le causaba repulsión. Pensó que, tras la inteligente eficiencia de Trillo, había una historia terrible, en la que sospechó dolor, quizá vergüenza o culpa. Sintió complicidad, comprensión y, nunca hubiera imaginado, un dejo de ternura. Su mirada se aflojó.

Trillo no supo cómo interpretar aquella mirada de su socio. Ignoraba por completo sus cavilaciones y, aunque desconcertado, supo disimular esperando el efecto de sus palabras.

Pero una inoportuna imagen se cruzó por su cabeza. Acababa de decir: “Hacer otra cosa equivaldría a un suicidio” y entonces un

viejo retrato, que un año antes había tirado a la basura, se hizo presente. Fue la noche alcoholizada en que él y Layo soltaron sus imaginaciones y fantasías. Era el retrato de su padre, lo recordaba claramente: una foto de cuando tenía veintidós años, cuando era un inmigrante hambriento, un trabajador joven, viril, lleno de vida y esperanzas. Ya no pudo detener la secuencia de imágenes. Evocó sus últimos años, cuando la enfermedad de Parkinson lo atormentaba, le exprimía el cuerpo, lo transformaba en un mueble más de la casa, sin ninguna utilidad. Mueble a quien, por añadidura, tenía que soportar una mujer a la que el amor no le alcanzó aunque más no fuera para pasarle una franela de vez en cuando. Siempre pensó que él fue la única persona a quien le siguió interesando ese viejo desprotegido, el único que le tuvo compasión.

Una tarde, dos años antes de su muerte, le había dicho con ese tono con que los viejos aconsejan a sus hijos cuando ya no tienen autoridad para hacer valer su poder: “Viví, hijo, viví. Lo demás no tiene importancia, y viví un poco por mí, que esta maldita enfermedad lo único que me ha dejado son las ganas”. Y a lo último ya ni eso, pensó.

Aquella noche observó que su padre no podía ponerse la cápsula en la boca y lo ayudó sin preguntar. Le alcanzó el vaso con agua sosteniéndole la cabeza. Lo hizo —no se engañaba— presintiendo qué podía ser esa cápsula blanca. En el último segundo sus miradas se cruzaron.

Todos estos años había tratado de olvidar, o de ocultar el significado de aquella mirada de su padre. Alivio por terminar con aquel suplicio, pavor porque fuera su hijo el que lo mitigase. Fue apenas un segundo. La garganta tragó por fin, sus ojos se cerraron un momento, se distendieron los músculos de la cara y de la mano izquierda, la única que aún le respondía. Le hizo una seña para que lo dejase solo. Iba a descansar. Al salir el corazón del adolescente se debatía en una feroz pelea. ¿Había matado a su padre? Cerró la puerta presa de pánico. Fue demasiado, cuando horas después se enteró de su muerte, se juró que jamás diría lo que había hecho.

En todos estos años había olvidado que fue Artigas quien lo consoló. Una violentísima puntada lo dejó sin respiración, la persona que tenía enfrente era el único que conocía su secreto.

* * *

Trillo se dio vuelta para llamar al mozo, lo buscó unos segundos e hizo una seña para que le trajera otra vuelta de cafés. ¿Cómo debía

interpretar la mirada de Artigas? ¿Recordaría? La incertidumbre lo llenó de espanto, todo debe acabar rápidamente, se dijo.

—Los cafés, señor —interrumpió el mozo—, ¿cómo antes, uno con crema y otro irlandés?

—Sí —contestó sin entender.

Tardó poco en reponerse, las tumultuosas sensaciones se ordenaron detrás del pensamiento, el fuego mutó en un frío glacial y aritmético. A partir de allí todo continuó como debía ser, el ave rapaz cazaría su presa.

Artigas estaba por decirle que recordaba lo de su padre, y que si lo había hecho estaba bien porque el viejo sufría. Lo iba a decir con sincero afecto, cuando apareció nuevamente el mozo con el pedido. Después, fue tarde. Ese segundo mágico que pudo cambiar la historia se había esfumado, en su reemplazo quedaron dos cafés, uno con crema, el otro irlandés. La presencia de un tercero permitió traer la realidad, lo que preferimos como realidad, una excusa para ahuyentar recuerdos verdaderos y molestos.

Trillo tomó la delantera.

—El profesor tampoco es más socio.

Desarmado, Artigas cayó por toda la cuenta.

—¿Cómo?

—Se fue.

—¿Cómo que se fue?

—Así es.

—Pero, ¿por qué?

—No estuvo de acuerdo con algunas cosas y se fue. Puntos de vista.

—No es posible. Claro que no estaba de acuerdo con muchas cosas, pero irse ahora, en un momento tan importante, tan decisivo.

—Sí, fue justamente por eso, porque era un momento especialmente decisivo, creyó conveniente tomar otro rumbo.

—Pero…

—Al principio —continuó Trillo— era necesaria su solidez intelectual, no sabíamos cómo iba a ser el semanario, necesitábamos argumentos para defendernos de los enemigos que querrían, como quisieron, prohibirlo. Pero hoy él quiere sacar lo que llama “el circo”, hacer una publicación seria, y claro, eso no sería *El Angelito*, ¿verdad Rómulo? Quiero decir, eso destruiría lo que es hoy el semanario.

—…

—Lo cierto es que no es más socio y yo quisiera que nosotros

tampoco lo fuésemos.

—¿Que no seamos más socios?

—Eso dije.

—¿Por qué?

—No es nada personal Rómulo. Es nada más que negocio.

—¿Negocio?

—Dinero.

—No entiendo.

—Mirá, en este último año aprendí que lo más importante en los negocios es la rapidez. Hay que tomarse tiempo para pensar y decidir, todo el necesario, y una vez que tenés la decisión, actuar lo más rápidamente posible. Así que me tomé unas semanas para pensarlo y llegué a una conclusión: ya no nos necesitamos.

Artigas escuchaba atento, no estaba enojado, solo sorprendido por el inesperado cariz que había tomado la conversación.

—Vos, Rómulo, sos un gran periodista, de veras lo sos, pero no sos un gran socio.

—No veo la diferencia. Yo como socio soy el socio periodista.

—¿Y yo qué soy?

—El empresario, el que se encarga del dinero, los contratos, las ganancias.

—Eso es, efectivamente. Y para mí como empresario, te repito que no es nada personal, vos sos un periodista demasiado caro.

—¿Caro por qué?

—Porque sos socio.

—¿Pero para vos todo se reduce a…?

—A un negocio, sí. Todo se reduce a un buen negocio.

Hicieron silencio, ambos pensaron durante un par de segundos, mientras apuraban sus cafés. Trillo exponía cada vez con más seguridad, ningún mozo podía interrumpir ya nada. La magia había desaparecido sin dejar rastro alguno.

—Layo añora una revista filosófica. Bien, que la tenga. No me opongo en absoluto. Pero no es *El Angelito*. Así que le compré las acciones. Al contado —hizo un gesto con el puño de una mano—, con lo cual va a tener una gran revista que trate todas las implicancias filosóficas de la muerte y que, seguramente, nadie leerá.

”Y vos, ¿qué querés Rómulo? Si no te conozco mal, ser reconocido como un periodista exitoso, como el responsable del más grande éxito editorial de todas las épocas. ¡Perfecto! Me parece maravilloso, siempre y cuando no te lleves un porcentaje de las

ganancias.

—¿Y qué me ofrecés?

—Te propongo un contrato por tres años como director periodístico, cobrando el doble de lo que gana el mejor pago de este país y cien mil dólares por tus acciones.

—¿Y si no acepto? —preguntó Artigas sobrepasado por la situación.

—No sacamos más *El Angelito* y cada uno por su lado.

—No tiene sentido, Carlos, no tiene el más mínimo sentido.

—Para vos, para mí sí.

La mirada de Trillo estaba fija, fría, clavada en los ojos de Artigas.

—Quizá *El Angelito* no sea un buen nombre después de todo, ¿recordás cuál era el plan si nos llegaban a clausurar? Bien, porque podría salir El Más Allá, por decir, con otras oficinas, otro filósofo —dijo, no sin ironía—, otro director periodístico, como Javier Prats, pero con mis contactos con Canal 6 y el mismo empresario, o sea yo.

—Ya veo.

—Claro que vos podrías hacer lo mismo, eso a mí no me preocupa. Pero ¿qué ganarías aparte de ser un ex gran director periodístico? Pensalo, un gran contrato por tres años y cien mil dólares. ¡Cien mil dólares son muchos, querido Rómulo!

Artigas se dio el único lujo en toda su relación con Carlos Trillo: dijo que lo iba a pensar durante el fin de semana. Pero sabía de sobra cuál sería su respuesta. Indefectiblemente.

7

Si bien la repercusión en el lector parisino no fue tan grande como se consideró en Buenos Aires, el libro de Ramón Carpintero fue comentado por los críticos, quienes no dudaron en dedicarle varias columnas en los suplementos literarios. Las opiniones no fueron coincidentes.

El joven barbudo de larga camisola esperó la señal del control para luego buscar nerviosamente el boom. Cuando lo encontró dijo con voz exageradamente alta y sonora: "*La Voz del Más Allá*. Bloque 1".

Dieciocho horas después, a las cinco de la tarde de un martes inolvidable, salía al aire la primera emisión de *La Voz del Más Allá*. Durante los últimos días, Canal 6 había emitido un avance del programa en casi todas las tandas comerciales. Se escuchó reiteradamente al locutor que, sin respetar comas ni pausas, aconsejaba con decisión: "El primer programa de la televisión argentina que mostrará sin pudor y sin miedo todo lo que usted quiere saber".

Los anuncios fueron conversación obligada en bares y reuniones, como en los días previos a la salida del primer número de *El Angelito*, todos estuvieron en contra, ofendidos por semejante impudicia, indignados de tanta desfachatez. Como en aquella oportunidad se presagiaba un rotundo fracaso y la segura intervención de las autoridades. Esta vez sí, auguraban, la censura sería un hecho.

Algunos entendidos no dudaron en declarar el martes anterior, durante el programa del periodista Bernardo Neustadt, que *La Voz del Más Allá* tendría consecuencias mucho más graves que las de *El Angelito*, dada la índole del medio de comunicación usado. Vale la pena detenerse un instante en esto. Aunque un distinguido constitucionalista advirtió que la libertad de prensa es idéntica en la prensa gráfica como en la televisiva, comenzó una intensísima campaña que pedía la inmediata censura. Reflexivos comentaristas

hicieron por esos días extrañas alquimias intelectuales para probar lo improbable, por lo menos de dificultosa argumentación: la legalidad de abortar un programa que aún no había salido al aire.

Nadie sabía sus características, pero asumían que sería la versión televisiva del abominado semanario. Un conocido conductor de programas radiales matutinos organizó una encuesta callejera en el mismo centro de la ciudad:

—Estamos con Nora de Almagro, Antonio, vamos a preguntarle: ¿cree usted que el programa *La Voz del Más Allá* debe ser prohibido?

—Sí, claro que sí.

—¿No cree que es un ataque a la libertad de prensa?

—A mí me parece que está bien que saquen un periódico, pero un programa de televisión…

—¿Piensa que la libertad de prensa es distinta frente a una máquina de escribir que a una cámara?

—No… Pero creo que uno compra voluntariamente un periódico, mientras que la televisión no pide permiso para entrar en casa.

—¿Pero si es usted quien la enciende?

—¿Y si la enciende mi nieto de cinco años? Él seguramente no va a ir al quiosco a comprar ese semanario.

—¿Está segura?

—Sí, no sabe leer.

En la calle y en el estudio se produjo una carcajada general.

—¿Cree que debería correrse el programa fuera del horario de protección al menor?

—Puede ser…

—No la noto muy convencida —intervino el conductor desde el estudio.

—Sabe qué pasa, Antonio —respondió la mujer—, ese programa es un asco.

—Claro que sí. Pero se trata de determinar si es legal o no coartar la libertad de prensa.

—¿Pero es que puede ser legal lo malo, Antonio? —preguntó, ingenua, la señora.

Otro transeúnte, de nombre Florencio, que evidentemente desconocía las decenas de miles de páginas escritas en leyes, decretos, reglamentos y tratados acerca del tema, dijo que todo eso se arreglaba reglamentando el derecho a la libertad de prensa. El único problema, a su juicio, era que los legisladores no eran

eficientes y que muy difícilmente promulgaran una ley antes del martes.

Por último, un joven dijo que estaba cansado de que le dijeran cómo debía vivir, qué debía hacer, ver y pensar:

—Entonces, ¿vas a ver el programa?

—No, yo a las cinco de la tarde estoy tomando sol y fumándome un porro.

Semejante transgresión microfónica dio pie a un abrupto corte. El periodista del móvil, ya repuesto en el estudio, pidió disculpas a su superior.

—Estaba embalado, Antonio, soy un gil, el pibe parecía bastante seriecito.

Antonio aceptó las disculpas mientras se colocaba la gorra, pero no contradijo al impetuoso colaborador en su autocrítica.

Todos juzgaban que era mejor que el programa no se emitiera, pero quienes debían impedirlo no encontraban una manera legal de hacerlo. Mejor dicho, no querían pagar el costo político de tamaña ilegalidad, parecía un sacrificio innecesario. Los abogados del semanario y del canal interpusieron recursos de amparo preventivos, tuvieron entrevistas con funcionarios del Ejecutivo y parlamentarios de distintas bancadas, buscando frenar el aluvión de repudios.

No obstante, el martes a la cinco de la tarde, los argentinos mayores y menores de edad, los que sabían leer o eran analfabetos, creyentes o ateos, ricos o pobres y aun algunos fumando sus porros de marihuana, se hicieron tiempo para ver, perplejos, una experiencia inédita en las pantallas del país.

"Nuestro próximo programa: *La Voz del Más Allá*."

* * *

Juan se levantó de la silla que estaba frente al televisor, encendió un cigarrillo, se puso el saco y le dio un beso a su mujer.

—Chau, Rosario; hoy vengo un poco más tarde. Ojalá tenga buenas propinas.

Ella contestó sin mirarlo, sabiendo que ya había salido. En la pantalla apareció un cartel que decía: "Este programa es solo realizable en democracia".

* * *

Una música celestial y un coro femenino, el cielo rojo en un atardecer con nubes perfectas y gaviotas y un mar de aguas tranquilas. La cámara asciende, sube como si fuera un pájaro. Arriba, arriba, más arriba. En círculos, hasta las nubes, metiéndose entre ellas y luego dejándolas abajo. Las nubes ahora hacen un mar tornasolado, y arriba el cielo es de un azul intenso.

La cámara busca el sol. Sedienta, anhelante, se acerca más y más, hasta que lo consigue. ¡El sol reina en toda la pantalla! Ya no vemos nada, encandilados, enceguecidos por su luz.

Un éxtasis.

Luego un sonido metálico, una explosión y la imagen desaparece.

Todo es oscuridad y silencio.

Empieza otra música, rítmica, terrenal, urgente. Es angustiante y acelera continuamente. Un fondo azul, siluetas negras por delante, siluetas difusas que se mueven de aquí para allá, en desorden. Algunas de derecha a izquierda, otras en sentido contrario. Se mueven cada vez con más rapidez. Más y más urgente, hasta correr con pavor. Son hombres, mujeres, niños.

Sin aviso la música enmudece, las siluetas desaparecen.

Solo el haz de luz de un reflector y su círculo en el piso.

Un hombre vestido de traje avanza desde la oscuridad y se para en el medio del círculo. Una luz amarillenta lo baña por completo. Es Val. Mira hacia la cámara, en silencio, sin el más mínimo movimiento, parece una fotografía. Larguísimos segundos fabricados con intención.

La cámara se acerca muy despacio. Por fin dice:

“Dios, los que vamos a morir, te saludamos.”

Agacha la cabeza, abre los brazos, cierra fuertemente los ojos. La cámara panea hacia arriba y descubre, atrás, en lo alto, un cielo nocturno, magnífico y falso.

Ataca la primera música, celestial y dulzona, todo se oscurece luego de unos segundos, hasta que, sorpresivamente, aparecen los avisos comerciales de un famoso producto lácteo de calidad inalterable, de una bebida gaseosa mundialmente famosa y de una marca automotriz que ha sacado al mercado un nuevo modelo, que se jacta de ser el futuro hecho presente.

* * *

Rosario cosía distraídamente. Otra vez esa sensación horrible en el

estómago, como si estuviese desgarrándose en el intento vano de digerir una piedra, un granito imposible de disolver. Pensó en buscar un Uvasal, pero sabía de sobra que no le haría nada, el dolor seguiría allí, alojado en sus entrañas, impiadoso, paciente, agazapado.

Se miró el vientre. Su mano acarició la zona rozando apenas la suave tela de su vestido, las lágrimas brotaron imperiosas al tiempo que la pregunta asomó, una vez más, a su dolorida conciencia.

* * *

Después de la tanda publicitaria apareció nuevamente el rostro de Val. La cámara lo seguía con atención en primer plano. Caminaba mientras hablaba con el micrófono muy cerca de su boca, vocalizando despacio, en un susurro, creando un clima de intimidad, una relación personal y cercana con el televidente.

—El otro día la noticia nos conmovió. A usted y a mí. ¡Cómo dolió, Dios mío! Aun creyendo en ti como creemos, aun así, ¿cómo reponernos? Porque las criaturas no tienen dueño, porque todos éramos padres, hermanos, tíos de Dieguito.

Hizo silencio, miró al piso y continuó:

—Dieguito murió. Usted lo sabe, yo lo sé. Murió y hoy queremos recorrer su historia, la historia de una vida breve como la luz de esta vela.

Los dedos de Val encerraron la llama, la apagaron. El director supo subrayarlo con un plano cercano de la mano y la llama moribunda, se quedó con la imagen de la vela apagada, el pabilo humeante y negruzco.

—Venga con nosotros, conoceremos el misterio que tuvo la vida de Dieguito. El dolor, la alegría, la esperanza, la muerte, todo lo que deja en esta familia humilde, de gente trabajadora, acostumbrada al sacrificio, a cumplir con el deber cotidiano.

Val se acercó al lugar del estudio donde, en unos sillones dobles de color violeta, habían instalado a la familia del chico. Antes de que hablaran, el director creyó conveniente mostrar algunos rostros del público, semblantes atentos, emocionados hasta las lágrimas.

—Una familia que aún llora la pérdida irreparable, la que no tiene remedio, la que no tiene consuelo, la que jamás va a poder olvidar.

Giró lentamente. En tono más cómplice, preguntó:

—¿Verdad, señor Valenzuela?

El hombre no supo qué responder e hizo un inoportuno silencio que llevó al conductor a retirar el micrófono para justificar:

—Comprendemos su…

—Lo queríamos tanto, señor. ¡Tanto! —se repuso Valenzuela, obligándolo a acercar inmediatamente el micrófono a su boca, pero entonces ya no habló más.

Tampoco Val preguntó nada. Estaba en cuclillas, al lado de Valenzuela, solo hizo un gesto de asentimiento. Luego comenzó a erguirse, colocó por un instante su brazo izquierdo sobre el hombro del padre en gesto de solidaridad y miró a cámara:

—Nos vamos y volvemos enseguida, con esta familia herida por el dolor de una pérdida irreparable.

Horas después, cuando el programa saliera al aire, con el corte aparecerían las mismas publicidades, ajenas por completo al clima del programa. Val sintió que el primer inconveniente había sido sorteado con éxito. La joven maquilladora le secó la transpiración de la frente y a los lados de la nariz, le arreglaron la corbata, le dieron un vaso de agua fresca.

Con el nuevo bloque el director mandó imágenes del entorno de Diego Valenzuela. La villa miseria donde vivió, la casa precaria, la canchita de fútbol donde jugaba con sus amigos. La escuela donde estudiaba y la pequeña capilla en la que recibió la primera comunión y a la cual, mientras tuvo fuerzas, acudía día por medio para rezar en compañía de Teresita, su hermana mayor.

Esas imágenes ocuparon casi todo el bloque. Estuvieron matizadas por las palabras emocionadas de sus vecinos y del cura que lo atendió hasta el último día. Antes del corte, Val le acercó el micrófono a la madre, la señora estaba hundida en el sillón, hizo un descomunal esfuerzo por hablar, por pronunciar una palabra; pero el gesto se hizo mueca y el dolor paralizó su boca abierta: únicamente se escuchó un fenomenal aullido animal. De un animal horrorizado.

* * *

Ese sonido terrible desensimismó a Rosario. Sus ojos llorosos miraron a los ojos partidos por el sufrimiento que aparecían en la pantalla. Rosario se reconoció tal cual era en ese grito, preñada de culpa, con el dolor que torturaba sus entrañas, la angustia ácida y la amarga impotencia.

Tres años antes su única hija, singular fruto de su vientre, María

Anabel, murió a pocos metros de ella, atropellada por un automóvil, una tarde nublada y desapacible.

Siempre se echó la culpa de esa muerte absurda. La cargó por no haber estado lo suficientemente atenta para impedir que la niña bajara a la calle, vaya a saberse por qué motivo. Todo terminó para Rosario esa tarde terrible. Cuando el médico salió del quirófano y le confirmó lo que ella ya sabía, dio por terminada su juventud y las tormentas sensuales que hasta allí la habían acompañado. El calor intenso de sus orgasmos dejó paso a un frío abismal. Su marido esperó que pasara, los meses le confirmaron que del nuevo estado su mujer no tenía retorno.

Rosario era una de esas mujeres que, aun incapacitadas para distinguir lo bello de lo superfluo en alguna música, incluso privadas de la capacidad de gozar la obra perfecta de un buen paisaje, o indiferentes al arte literario están, sin embargo, dotadas de una manera magnánima para el arte del amor. Finas en la sensibilidad y por eso requeridas; inteligentes para percibir en el otro los motivos del goce y hábiles para conseguirse el propio. Arquitectas de una obra cuyos ladrillos son cuerpos entrelazados, jadeantes, dados. Rosario había sido de esas mujeres para quienes el amor es un acto físico y sensual, simple, bestial. Con cuerpos más o menos bellos pero siempre bienintencionados, en la cama son incapaces de cometer el delito de pensar. Con vaginas que tragan, aprietan y expulsan, hasta el momento final del espasmo inevitable.

Ese tipo de mujer había sido Rosario hasta la tarde en que la más grande de las culpas posibles de imaginar clausuró su capacidad amatoria, inutilizó los músculos vaginales y alejó para siempre los calores sofocantes. Rosario se dispuso a esperar una muerte que, para mayor desdicha y escarnio, presumió lo suficientemente lejana para no impedir el dolor necesario.

Rosario miró esos ojos, escuchó el aullido vehemente de animal enloquecido. Atenazó entre sus manos las largas agujas mientras se ponía de pie, despacio, durante segundos eternos. Con su boca abierta, los pulmones paralizados, los ojos enceguecidos; con su cuerpo recorrido por los millones de voltios. Hasta que sus manos rompieron las agujas y el grito guardado, escondido durante años en sus entrañas, salió feroz, horrorizado y vengativo. Tan fuerte fue su aullido que los vecinos vinieron a verla, y la encontraron tirada en el piso, fláccida e inconsciente.

* * *

Al terminar el bloque, Val se tomó la cara con las manos y hundió fuerte las yemas de los dedos en las cavidades de sus ojos. Era una de las tantas veces que no podía juzgar su trabajo; una invencible angustia lo tomó como rehén, lo atrapó por sorpresa, como un arma por la espalda. Caminó sin ver hacia la salida del estudio. Hurgó en la memoria reciente, trató de recuperar las sensaciones de la última hora, la más importante de su vida.

Val tenía la convicción que son las sensaciones espontáneas y no las deducciones racionales, las que muestran la verdad, sencilla y sin tapujos. Sabía que hacemos trampa. De la infinita cantidad de datos de la realidad, la razón escoge unos y descarta otros para construir la verdad. Dicho de otra manera, la verdad es un hecho subjetivo. Val percibía que el pensamiento oculta la verdad, la disfraza, la degrada. Pero la sensación pura, la impresión instantánea, antes de ser censurada por intereses y prejuicios, durante esa fracción pequeñísima de tiempo en que permanece virgen, invicta, es lo más cercano a la verdad objetiva. Perdido ese instante, diluida la sensación, solamente un pensamiento trabajoso y valiente, a condición de desprenderse, descarnarse de él mismo y, eventualmente, tornándose en su contra, podría volver a encontrar la verdad. Claro que nunca había siquiera una prueba de eso, de que después de tal tortuoso camino, hubiera llegado a buen puerto.

En su recorrido hacia el control del estudio 3, trató de extraer de su memoria las sensaciones almacenadas en esa última hora. Creyó recordar que, en el instante en que la madre pegó el brutal alarido, sintió haber logrado un clima perfecto. Al pedir el corte —eso sí lo recordaba, de eso estaba seguro— sintió goce estético. No había otro momento más propicio para ir a la tanda publicitaria. Lo sabía por la electricidad que le recorrió el cuerpo. Ninguna otra cosa que no fuera crear un clima le daba esa especie de agitación, la había tenido cantidad de veces sobre los escenarios y lo acababa de sentir frente a las cámaras.

Pero sus prejuicios lo traicionaron alejándolo de sus sensaciones. Su prejuicio era una cruz más común de lo que él mismo suponía: no lo haría bien, no lo suficientemente bien. Nunca, jamás. Llevaba desde siempre ese convencimiento inconsciente, callado, inconfeso. Jamás estaría a la altura de sus sueños, ni a la altura de los sueños de quienes lo habían soñado, treinta y pico de años antes, en un pueblo de la provincia de Buenos Aires. Sintió un dolor indefinido en el pecho, el corazón en las venas de las sienes, la humedad en las palmas de las manos. Podía tocar la angustia en sus vísceras. Nunca lo podría hacer como esperaban que lo hiciera, jamás.

Entró en el control.

—¡Esto es un desastre! —dijo.

—A mí me pareció bien —le respondió Gustavo Altamira, el director de cámaras.

—¡Es un desastre, un verdadero desastre! Aparte me duele aquí —dijo Val indicando el estómago.

Altamira levantó las cejas y sonrió casi imperceptiblemente. Buscó el botón negro que estaba a la derecha, lo apretó, entonces su voz pudo escucharse en el estudio:

—Quince minutos de descanso. Riveros: quince. Ni uno más, y seguimos —se dio vuelta hacia Val—. ¡Estás como siempre antes de un debut!

Y ahora dirigiéndose al obeso sonidista:

—Él lloraba por lo mal que le iba a ir y yo lo tenía que consolar. Al final terminaba siendo lo mejor del espectáculo.

Ambos amigos salieron del control hacia el camarín del conductor. Antes de recostarse en el sillón, sin decirse palabra, sincronizadamente, uno tomó los vasos, el otro la botella y la hielera. Val sintió un ligero temblor en sus manos, el dolor en las sienes y el peso en la nuca seguían allí.

—Creo que esta vez no lo voy a conseguir, es demasiado para mí.

—¿Qué?

—¡Mirá lo que pasó!

—¡Ah!, lo que pasó —el director tomó un trago e hizo silencio, le gustaba demorar su consuelo—. Sí, miro lo que pasó, pero yo y vos vemos cosas distintas. Para mí salió todo muy bien, realmente muy bien.

—¡Dejate de joder, carajo!

Altamira comprendió que Val necesitaba desahogarse.

—¡Son unos pelotudos! ¡Justo a mí me tienen que tocar!, ¡en el primer programa! ¡No fueron capaces de pronunciar dos palabras juntas!

—Pero eso justamente es…

—Mirá que entre bloque y bloque traté de ayudarlos, de tranquilizarlos. Les dije que estaba todo bien, que iban perfecto. Están terriblemente nerviosos o yo qué sé qué carajo les pasa. ¡La puta madre!

Decir algo hace que creamos en lo que decimos, Val y su prejuicio habían cambiado emocionados por nerviosos. Porque su primera sensación había sido que estaban emocionados no

nerviosos.

—¿Y la madre? —continuó—. ¿Viste a esa mina?, ¿viste lo que hizo? ¡Pegó un alarido descomunal! Dios mío.

No puede ser tan tarado de no darse cuenta, pensó el director mientras ejercitaba una casi imperceptible sonrisa.

—Vamos a tener que hacer todo de vuelta, pero no sé si lo voy a lograr. Además, con toda esa gente en el estudio… ¡Qué vergüenza!

Gustavo Altamira tomaba su whisky con deleite mientras escuchaba la catarata de angustia y lamentos. Años de relación lo habían hecho conocedor de los vericuetos de la personalidad de su amigo. Algo iba a decir para calmar a Val, cuando repentinamente se oyeron tres golpes en la puerta. Sin esperar alguien entró: era Carlos Trillo.

—¿Qué tal, cómo están?

—Festejando —dijo Altamira rápidamente, sin dejarle a Val posibilidad de reaccionar.

—Hacen bien, todo está saliendo mucho mejor de lo que yo pensaba.

Trillo habló distraídamente, sin reparar en la cara feroz que Val le dedicaba al director. Sin pedir permiso, como entre amigos, se sirvió un trago; lo tomó sin hielo, caliente, la bebida se deslizó hasta golpear.

—Señores —dijo Trillo—, ¡ha sido irreprochable! La emoción del padre no podía ser mayor, no podía ni hablar. ¿Y el grito de la madre?: ¡increíble!, ¿quién podría decir que no es verdad?

—De eso hablábamos —maldició Altamira.

—Muy bien sus tiempos, Juan Carlos —continuó Trillo, adelantando un gesto de sus manos—: despacio, como si todo fuese en cámara lenta. Eso es justamente lo que necesitamos, una atmósfera de recogimiento. ¡El antirritmo televisivo! ¿Curioso, no? No me había dado cuenta de eso hasta hoy. ¡Pero usted lo tenía todo muy claro, Juan Carlos, muy claro!

—…

—Y felicite a sus cámaras, Altamira —se euforizó Trillo cambiando de interlocutor—, son de primera. Bravo opina lo mismo. Mañana vamos a tener que festejar a lo grande, va a ser un día histórico para la televisión.

—Aquí el señor conductor —repuso Altamira vengándose— tenía algunos reparos.

Val estaba con la boca abierta y no supo qué decir.

—Hay cosas… pero las vamos a mejorar —se desentendió.

—Lo que tenemos en nuestras manos es lo más novedoso de la televisión argentina desde siempre. Esto va a hacer historia —dijo Trillo—. Va a hacer historia, no tengan dudas.

Y se fue sin saludar. Val hizo la parodia de desmayarse sobre el sillón y ahogó con sus manos una sonora risotada.

—Igual que siempre. ¡Hijo de puta! —gritó el director de cámaras—. ¡Y ojo que este no regala elogios! Este sabe muy bien lo que quiere y si le gustó, es porque tiene que ser así, como lo hiciste.

—Sí. Creo que sí.

—Debe ser el tipo más genial del periodismo de los últimos treinta años. ¿Y sabés una cosa? Nunca estudió ni trabajó de periodista.

—Vamos, que se nos hace tarde.

—¿Estás seguro que vas a poder?

—Vamos que la rompemos, Gustavo; la rompemos toda. La dejamos chiquita así; así de chiquita viejo —dijo Val dando pequeños saltitos y tirando trompadas al aire, como un boxeador caminando hacia el ring.

—¿Así que la dejamos chiquita así? —preguntó el director en franco tono de cargada.

Minutos después la voz chillona y aguda dijo:

"*La Voz del Más Allá*: bloque cuatro".

8

El 20 de febrero del 2010 Eliseo Bórnick anuncia en conferencia de prensa que ha comprado los derechos para la publicación en la Argentina del libro de Ramón Carpintero. Tres días después, ante innumerables consultas periodísticas, desmiente haber sido citado por el ministerio político. Sin embargo, un rumor recorre la ciudad porteña, el mito de las jornadas trágicas de los 70 renace en las conversaciones de viejos memoriosos e intelectuales. Para diarios y agencias de noticias el tema es como una miscelánea, un dato curioso y olvidable. Para la inmensa mayoría de los habitantes de la ciudad es un recuerdo perdido en la memoria, para algunos la sospecha de que algo así había sucedido, efectivamente, treinta años antes. Pero para todos fue un largo y sugestivo título: Historia extraoficial y verdadera de lo acontecido en julio de 1976.

La mano pasó la carta por debajo de la puerta el viernes feriado de un fin de semana largo. Durmió allí hasta la mañana del lunes, en compañía de otros papeles que dejó el cartero el mediodía del sábado. El ordenanza, siempre puntual, la recogió a las ocho menos tres minutos de la mañana, un cuarto de hora más tarde la dejó caer en el escritorio de la recepcionista, quien la tuvo en sus manos no mucho después de las nueve. A las diez y media, cuando llegó Artigas, fue consultado sobre su destino y a la hora del almuerzo fue dejada con indiferencia en el escritorio de Pablo Pardo, el joven periodista encargado de la nueva sección.

Artigas la leyó pasadas las siete de la tarde, cuando las sombras ya habían empezado a cubrir la vieja ciudad. Esto ocurrió a los segundos de un breve llamado interno hecho dos horas después de que el impetuoso Pardo entrase en su oficina blandiendo, excitado, la carta, junto con treinta y cinco sobres más que el correo había dejado minutos antes de las dos de la tarde.

Esa carta era especial. Había sido escrita con mano presurosa

bajo el gobierno de la turbación y el espanto. En el último número, *El Angelito* había lanzado una sección pensada mucho antes por un joven que Artigas había descubierto y llevado a trabajar junto a él, pero que no tuvo el tino de tener lo suficientemente en cuenta: Javier Prats.

—¿Artigas, usted vio la reacción? —preguntó entusiasmado Pardo.

—¿Qué reacción?

—¡Treinta y seis cartas! ¿¡Qué le parece!? El primer día y ya hay treinta y seis cartas. ¡Es extraordinario!

—Sí, es bueno, muy bueno.

—¡Más que bueno, Artigas! Esto es el gran golpe que necesitábamos.

—Supera lo esperado, pero no hay que entusiasmarse más de la cuenta, Pardo.

El jefe buscó en el escritorio algo que no encontró, provocando un pesado silencio que podía cortarse con un cuchillo.

—*Piano, piano*. Veamos cómo evoluciona la cosa en los próximos días.

—Mire, Artigas, esta es la mejor. Léala, es una joya.

—Sí, déjemela, ya la leo.

Artigas guiñó el ojo, dirigiéndole una mirada cómplice y levantó el tubo del teléfono. El nuevo jefe de sección no pudo hacer otra cosa que girar sobre sus talones e irse de la oficina más acalorado y excitado que antes, aunque por motivos diferentes. Mientras caminaba por el pasillo la sensación de bronca fue creciendo en su interior. Al llegar al luminoso salón que hacía las veces de bufete, su ira era casi irreprimible. Habían cambiado perceptiblemente las facciones de su cara y enrojecido su semblante. Se sirvió dos medialunas, pidió un café doble, rompió el sobre de azúcar con los dientes y ya lo estaba vaciando nerviosamente en la taza humeante aun antes de sentarse, cuando escuchó:

—Calma, Pardo. Tenga usted un poco de calma, como decía mi padre: más se perdió en la guerra.

Delante de él estaba la secretaria de Trillo, sin duda la más atractiva de las mujeres que trabajaban en *El Angelito*. La miró mientras trataba de sonreír. Apretó los labios en rictus de asentimiento, distendió sus hombros, giró la cabeza de un lado hacia otro, luego en círculos, con los ojos cerrados, hasta relajar el cuello duro por los nervios y la indignación.

—Así es mejor —dijo la sonrisa perfecta.

—Esta es una redacción distinta —contestó Pardo, tratando de ordenar las sensaciones de los últimos minutos— no estoy acostumbrado. En el diario la cosa tenía otro ritmo, otra urgencia.

—Eso ya lo escuché, debe ser así, pero todos terminan por acostumbrarse.

Pardo tomó el primer sorbo de café, mientras observaba las uñas impecables de la joven.

—Bien, después te veo —dijo ella y se levantó bruscamente.

Pardo por un instante pensó que la muchacha se había dado cuenta del enjambre confuso de impulsos que provocaba en él, impulsos que habían desplazado la cólera que sobrevino a la conversación con Artigas.

—Tengo que entregarle estos papeles a Trillo —aclaró ella sin que se lo pidiese.

La mano derecha de Pablo Pardo fue en busca de la copia de la carta que tenía en el bolsillo interno de su saco. Fue un acto inesperado, pero no fallido, solo no razonado.

—¿Me hacés un favor, Julia? Dejala sobre el escritorio de Trillo.

—Está bien, se la doy.

—Solo dejala sobre el escritorio.

—¿Sin…?

—Va a saber que es mía.

Efectivamente, Carlos Trillo supo de quién era y por qué la había dejado. Él mismo le había dicho a Pardo que tenía especial interés en esa sección y que, si tenía algún problema o una demora burocrática, se lo hiciera saber de inmediato. Lo de demora burocrática era un eufemismo que el joven Pardo entendió al instante, sin necesitar mayores explicaciones, porque estaba al tanto por Prats de que a Artigas nunca le había gustado la sección. Sabía, además, que Trillo era para esa época, el único accionista de la sociedad y Artigas un empleado con grandes ingresos y cada vez menos poder de decisión.

Así fue que, después de leer la letra cursiva pequeña y prolija de la carta, Trillo levantó el teléfono y marcó el interno de Artigas. Le bastó simplemente con usar el tono admirativo:

—¡Rómulo, estupendo!

—…

—La carta que mandaron para la sección de Pardo. Una joya, verdaderamente una joya.

—Sí, lo mismo creo.

Al cortar, Artigas pensó que no debía ser una casualidad que

Trillo y Pardo hubieran usado las mismas palabras: una joya.

* * *

La hora del crepúsculo es la hora mágica, con sus sombras largas y suaves y ese color rojizo de los incendios. Es el momento en que algo tiende a escapar de las almas de los hombres, o al contrario, cuando están dispuestas a percibir lo sutil y diferente. El único momento en que nos es permitido mirar al sol con ojos francos, sin dolor y sin miedos.

Aquel crepúsculo era maravilloso. Un sol enorme moría incendiándose y el leve perfume a lluvia venía desde el río y se internaba en la vieja ciudad por calles y suburbios. Barrios poblados por gente pobre, necesitada de innumerables necesidades. Aglomerado de casas viejas con viejos a sus puertas, paredes despintadas y humedecidas, cruces colgadas, estampas de Ceferino amarillentas, y ristras de ajos escondidas detrás de las puertas.

A esa hora el hombre tenía la mirada clavada en un punto imaginario. Un punto dentro de la enorme cruz de madera y neones, suspendida varios metros arriba de su cabeza. Sus labios estaban inmóviles, su gesto paralizado. El dedo índice, que había marcado instantes antes aquel punto, se detuvo y permanecía así, sobre la misma marca. Un minuto eterno hasta que sus ojos se cerraron, apretando los párpados, deteniendo el diafragma, cesando toda respiración.

A veces el tiempo parece detenerse.

El hombre comenzó a girar lentamente su cabeza. Tan despacio que al principio el movimiento fue inapreciable. Solo cuando hubo girado lo suficiente como para mirar hacia su horizonte y hacia abajo, abrió los ojos dejando libres gruesas lágrimas que resbalaron por sus mejillas. Brillaban por el efecto de los reflectores. Un escalofrío recorrió las almas de los presentes. Otras lágrimas, otras mejillas.

El pastor abrió los brazos y la gente interpretó la señal. Sin mirarse, comenzaron a ponerse de pie y tomarse de las manos en silencio.

—Alabado seas, Señor —dijo el pastor.

—Alabado seas.

—Alabado seas, mi Señor —repitió.

—Alabado, alabado —gritaron con más vehemencia desde el coro de ovejas.

—¡Alabado seas, alabado, mi Señor! ¡Alabado! —dijo con la mayor potencia de que era capaz.

—¡Alabado! —gritó la gente con su alma en la boca.

El rebaño enardecía en éxtasis místico. Almas, manos, bocas crispadas tan fuertemente, tan ensimismadas que, si hubiera el estallido de un trueno, no podrían oírlo. Algunos cayeron extenuados por el esfuerzo. Nadie los levantó. Toda la atención estaba concentrada en la alabanza, en la cruz luminosa que parecía flotar encima de ellos.

—Ven a nosotros, Señor. ¡Ven a nosotros ya! —exclamó el pastor mirando a su derecha, justo en dirección a su asistente, un muchachón pelirrojo de huesos salientes y labios exageradamente finos, que avanzó dos pasos e hizo una señal al rebaño.

—¡Ven a nosotros ya! —gritó.

—Ven a nosotros —contestaron.

—Alabado, alabado.

El pastor prolongó la pausa. Algunas manos corrieron presurosas a cabellos ensortijados, o secaron la humedad de las mejillas. Otras, simplemente, fueron a los ojos en busca de alivio a tanta tensión; de un instante, un segundo efímero de paz. Pero aún no era el momento, un nuevo terremoto estaba por venir.

—Sí, Señor —gritó el hombre—, ¡llévanos de este valle de dolor! ¡Danos la paz que solo tú puedes proveer!

Abrió los ojos. Innumerables miradas lo devoraban con atención. En ese momento de emoción aguda pensó —peculiar capacidad para desdoblarse siendo carozo y pulpa— que la cuerda estaba tensa, al límite, que era el momento exacto. Podía sentirlo. Un poco más y se rompería. En ese momento, como en ningún otro, el sonido de la cuerda sería vibrante, espléndido. Aquellas almas al borde del desmayo se elevaban en un estado de fina sensibilidad que las hacía increíblemente perceptivas. Quizá la palabra fuese “absorbentes”, pensó. Habían perdido esa lámina impermeable que las protege y distancia del mundo; estaban ásperas, porosas. Lo externo, entonces, podía fluir hacia adentro.

Para crear esa atmósfera, el pastor había recurrido a un arte antiguo, una habilidad magnífica sin industria, que menos depende del conocimiento que del carisma. Bajó de la tarima y caminó entre el auditorio mientras aflojaba el rictus.

—Él vendrá.

Silencio.

—¡Claro que vendrá!

Alguien murmuró: alabado seas.

—¿Acaso piensan que la vida es eterna?

Otro silencio.

—¡No, hermanos y hermanas! Él nos rescatará y cuanto antes, mejor. Cada día, cada hora, cada segundo, nos acercamos inexorablemente a Él. Debemos hacerlo como buenos cristianos, sin miedo. Más aún, llenos de alborozo.

—¡Alabado seas, Señor! —gritó el muchachón.

—Alabado seas.

—¡Porque el que tiene miedo a la muerte —dijo, cambiando bruscamente de actitud, gritando, señalando con su brazo amenazante— tiene miedo de unirse a Dios!

Un trueno, una explosión en aquellas humildes almas.

—¡Miedo de unirse a Dios! ¡Él nos libre!, ¡Él nos libre, hermanos! —abrió los brazos.

—¡Alabado sea el que nos libra! —gritó el muchachón.

—Alabado sea —repitieron.

—Demos la bienvenida a la muerte todos los días, porque todos los días estamos más cerca de ella. Digamos: ¡bienvenida!

Pero la gente solo entendió cuando el muchachón gritó a voz en cuello:

—¡Bienvenida seas!

—¡Bienvenida seas señora todopoderosa! —reafirmó el pastor.

—¡Bienvenida seas! —comenzaron las voces.

—¡Bienvenida! —gritó el pastor en el límite de su voz.

—¡Bienvenida! —aulló el muchachón.

—¡Bienvenida! —gritó el rebaño.

Bienvenida, bienvenida, bienvenida.

El grito se repitió por cientos. La palabra se multiplicó, idéntica, durante larguísimos segundos, hasta que el hombre entrelazó sus brazos, las manos debajo de las axilas, la cabeza gacha, los ojos brillosos y la columna arqueada. Salió definitivamente del haz de luz. Sin más, entre los gritos de ese rugir enloquecido.

Cuando volvieron en sí, las almas quedaron perplejas. ¿Nadie iba a explicarles?

El pastor no lo haría.

Hombres y mujeres comenzaron a dejar la carpa con una sensación extraña. El pastor se jactaría cuarenta y ocho horas después: “Los mensajes inconclusos tienen el efecto de intranquilizar el alma y esta busca, afanosamente, escapar de esa trampa. Es como una jaula abierta, es necesario cerrar su puerta”.

* * *

El primer aviso había aparecido dos semanas antes en un diario vespertino. Era de un tamaño que no llamaba fácilmente la atención, de unos cinco centímetros por una columna. Llevaba la firma del todo desconocida de CO.PA.RE. Pasó prácticamente desapercibido, aunque es fácil intuir que algunos, sensibilizados por los hechos de los últimos meses, sintieron una profunda inquietud.

El segundo, tercero y cuarto aviso coincidieron con un fin de semana largo. Aunque el país no pudo dejar de enterarse, especialmente por las ediciones dominicales, el hecho de ser días no laborables les restó bastante trascendencia. Solo en el popular programa radial conducido por Mario Vargas hubo un escueto comentario, más risueño que otra cosa. De manera que la gran repercusión estuvo concentrada durante la semana inmediata anterior, durante esos días se podía encontrar en los diarios avisos que se repetían en varias páginas.

Los argentinos los leyeron con sorpresa, estupor, indignación o burla, pero no sin interés. Hubo quienes hablaron de esnobismo, de irracionalidad, e incluso como un ataque a la religión y las tradiciones, pero, en general, se lo tomó como material para burlas.

En forma inexplicable para muchos, los avisos no aparecieron en *El Angelito*, y este no se refirió al tema en artículo alguno. El día anterior al remate, durante uno de los programas humorísticos más vistos de Canal 6, apareció el corto publicitario, o mejor, los ocho brevísimos spots de solo nueve segundos, repitiéndose dos por tanda, que hacían explicable la peculiar firma de CO.PA.RE.

El primero de ellos apareció a las 22:12, después de la publicidad de un cigarrillo rubio y antes de un concurso promovido por una afamada marca de jabón en polvo para lavarropas automáticos. La imagen abría con la recordada escena de Carlos Gardel quien, ya a bordo de la nave, le canta a su entrañable ciudad el tango Volver. Luego de unos segundos la película fundía a un bosque durante la noche, la imagen de árboles altos y espesa niebla viraba, a medida que salía el sol del nuevo día, hacia el ocre. El sonido, que comenzaba con la voz del mítico cantante, se transformaba en el ruido de hojas arrastradas por el viento. Hasta que, sobre el final, una atildada voz decía, simplemente: “Colecciones para el Recuerdo”.

Los otros estuvieron dedicados a figuras conocidas y queridas, cantantes populares, actores, dirigentes políticos, ídolos deportivos:

Luis Sandrini, María Asturra, Alfredo Palacios, Juan Perón, Vicente Bonavena, Norberto Milanó, Hugo del Carril y Agustín Selles. En todos los casos la estructura era la misma, el mismo fundido con el bosque encantado, el mismo sonido de hojas arrastradas por el viento, la misma sensación de olvido y soledad, y la misma voz, con su mensaje premeditadamente conciso, sin títulos aclaratorios.

9

—No, papá, nadie llamó.

—¿Estás segura?

—Sí, además dejo conectado el contestador.

—¿Arches tampoco?

—No, ¿querés que lo vaya a ver?

—Por supuesto que no. Es la última persona a quien recurrir. A él y a Clotilde, jamás.

—Si llaman, ¿qué hago?

—Les decís que no sabés nada, absolutamente nada.

—Bien.

—¡Cuidate!

—Vos también. ¿Papá?

—Sí.

—Nadie habla de tu libro.

—No te preocupes.

—No es eso, quiero decir… la gente sabe, yo sé que sabe.

—…

—No me hubiese dado cuenta de no estar atenta. De no ser tu libro simplemente se me pasaría por alto.

—…

—Es un silencio ruidoso, un secreto comentado en voz baja.

—Sé a qué te referís.

—Ayer se me ocurrió que… ¿es imposible, verdad?

—Creo que sí, espero que sí. Pero no hay garantías.

—Y, ¿si fuese factible?, ¿qué deberíamos hacer?

—No sé.

—¡No podés decir no sé!

—¿Qué debería decir?

—Vos investigaste, ¿no?

(De una conversación telefónica entre Ramón Carpintero y su

hija Iris, registrada el 28 de febrero del 2010.)

—Rómulo, estupendo.

—¿…?

—La carta que mandaron para la sección de Pardo: una joya, verdaderamente una joya.

La voz de Trillo se repitió varias veces dentro de la cabeza de Artigas. Sintió un escalofrío, sin duda Pardo le había hablado, no lo creyó capaz, pero… ¡Maldita carta! Pardo era discípulo y amigo de Prats, un viejo competidor.

De noche, ya en su casa, encendió el televisor y lo dejó sin sonido —como aquella noche, hacía meses, en la que todo había comenzado—. Apagó una a una las luces, se sirvió un whisky, dos cubos de hielo y unos trozos de queso duro. Había conocido a Prats siete u ocho meses antes, lo llevó a la redacción porque le agradó su ímpetu; pero al poco tiempo descubrió que era precisamente su ímpetu lo que le molestaba. Prats lo había pasado por arriba —como ese día Pardo— convenciendo a Trillo con la idea del concurso al mejor entierro. Esa vez, el impetuoso asistente tuvo una fatalidad impensada. Cuando planteaba la idea a Trillo estaba presente el profesor Layo, al cual casi no conocía y a quien, con seguridad, no juzgó adecuadamente. Layo estaba en un rincón de la oficina, revisando papeles. Escuchaba sin dar muestra de interés lo que él exponía con inocultable entusiasmo. Hasta que, sin levantar la vista y con un tono inconfundible suyo, preguntó: ¿Para dónde es esa idea? Después bajó la vista y siguió en lo suyo.

Un mes después Trillo le confió:

—Esa cara de asco impagable que puso el profesor, tenías que haber estado allí.

—Me la imagino.

—Así que yo me quedé callado, ¿qué podía hacer?

Artigas paladeaba el triunfo, gozaba con su socio la caída en desgracia de Prats.

—En realidad no estaba mal. Había que trabajarla, pero tenía mucho gancho.

Entonces se dio cuenta: esas eran las ideas que le gustaban a Trillo.

—La idea no era mala, nada mala.

Y Trillo terminó con una de sus clásicas palmaditas en el

hombro, cómplices o paternales, pero jamás casuales.

Tomó un sorbo de whisky. Recordó cuando Prats se fue al programa de tevé. Aunque sus funciones no eran iguales, sintió que Prats era para La Voz del Mas Allá lo que él para *El Angelito*. Se turbó. Era evidente que mientras él había descendido en su poder, Prats lo había aumentado a una velocidad increíble.

El chorro de la ducha se cortó abruptamente, una voz algo aguda y agradable dijo:

—Ya voy, querido, ya salgo.

Se sirvió de nuevo y tomó un largo sorbo. Las cosas pasaban demasiado velozmente y de manera aterradora. Había tenido un tercio del poder, un voto en tres. Incluso más que un tercio, la lucha entre Layo y Trillo hizo, o debió hacer que su voto fuera más importante. Pero no supo aprovechar el momento. Tendría que haber estado a veces con uno, a veces con el otro. Ser codiciado. Pero no, trató de acercar posiciones, de limar diferencias.

Si bien no había sido el creador de la idea, al fin de cuentas nadie había sido, fue el elemento aglutinante. Habían dado por hecho que compartían la autoría, pero ya no era lo mismo, tuvo la indeseable sospecha que, de tener el cincuenta por ciento de las acciones, era incapaz de sostener una pulseada con Trillo.

—Ya estoy aquí. ¿Me servís algo?

Apuró su vaso, repuso su bebida ajeno por completo a la presencia de la voz. Recordó la noche en la que buscó ansioso un nombre en una infinidad de papeles y fotos. El comienzo de un destino. Resucitó el encuentro matutino con el profesor y aquella disertación acerca de la influencia romántica en las letras nativas. Nunca le había preguntado si fue una excusa para sacar el tema. Tuvo que reconocer que, de compartir el poder con Layo tampoco hubiera podido mantener su independencia. Así que su destino estaba marcado puntualmente por sus incapacidades y, en el mejor de los casos, por sus límites. Límites que esa noche parecían más estrechos que nunca.

—¿Me oíste, Rómulo?

La voz tenía una corta pollera de jean. Había pretendido ser un moderador de inteligencias encontradas y ánimos voraces. Y había fracasado. Por eso la sensación de vacío y el insomnio. Había sido una lucha desigual. La suya era la inteligencia del hombre mediocre, nunca tendría la brillantez de Layo ni la claridad ejecutoria de Trillo.

Ella supo que algo bullía en un Rómulo impenetrable. Durante un tiempo pensó que les agregaba a sus socios la habilidad de sus

manos pensando palabras sobre las teclas de una máquina de escribir. Al menos en el comienzo había tenido algo que aportar. Su oficio era artesanal, un talento manual en la búsqueda de palabras apropiadas, de un estilo. De hecho, había conseguido encontrar los matices adecuados a cada ocasión. Pero *El Angelito* había crecido de manera tal que las cosas tomaron una dimensión impensada; y fueron otras manos, más o menos hábiles que las suyas, las que buscaron. Entonces él, Rómulo Artigas, casi sin saberlo, dejó de ser el artesano que moldeaba la arcilla, el pintor que encontraba el color o el trazo; y pasó a ser un director periodístico, un administrador que negociaba espacios. En ningún caso un artesano sin culpas, sin firma y sin dinero.

Los labios se acercaron, le dijeron algo, Rómulo no supo qué. Que se hacía tarde, o algo así. La puerta se abrió y se cerró

* * *

La lluvia resbalaba pacientemente por los techos de chapas y por la lona de la carpa. Moría la tarde. Un centenar de personas esperaban en la oscuridad. Se escuchaban los golpes del agua contra la lona y alguna lejana bocina afónica. Hablaban bajo, un murmullo tenue que se apagó cuando la cruz suspendida de neones encendió su increíble resplandor.

Primero uno, después otro y otro y otro más fueron viendo en la oscuridad, el cuerpo quieto del pastor, solo acariciado a contraluz por los neones. De pie, silencioso, con las manos juntas en rezo sobre su boca cerrada. Se adivinaban los párpados bajos.

—Bienvenidos.

—Bendito seas —dijo el muchachón de labios finos.

—Bendito seas —repitieron a coro.

Su cuerpo comenzó a aflojarse, podía intuirse que había abierto los ojos. El pastor dio un pequeño paso hacia adelante, solo uno, porque siguió en la oscuridad, y extendió los brazos.

—Ustedes escucharon los otros días el primer mensaje.

Tomó la Biblia de una mesita que tenía a su derecha, la mostró en alto a los feligreses. Una joven de túnica negra encendió las velas que estaban al borde de la tarima, a pocos metros de distancia del pastor. Su rostro recibió una brevísima luz, un tenue resplandor anaranjado.

—¿Han abierto sus corazones? ¿Han reflexionado? ¿Han meditado, hijos, sobre lo que Él les ha dicho a través de mí?

Nunca antes se había colocado entre Dios y las almas. Había cambiado. Era la primera vez que los llamaba hijos, no hermanos. El tono paternal, seguro, admonitorio, deliberadamente sombrío causó estragos en la carpa. Los fieles lo miraban extasiados o ilusionados.

—El mensaje no ha terminado. Él quiso que quedara inconcluso, porque los mensajes inconclusos tienen el efecto de intranquilizar el alma y esta busca, afanosamente, escapar de esa trampa. Es como una jaula abierta, es necesario cerrar la puerta.

Nadie se movía, había capturado la atención del auditorio.

—Cuando el alma se acostumbra a la jaula teme dejarla, teme la libertad. Cree que es un peligro y no siente alegría al encontrar la puerta abierta. Huye de la puerta y de la libertad, corre a apretarse contra los barrotes, aunque estos la asfixien, porque le dan una efímera tranquilidad, La seguridad de estar presa.

El muchachón se persignó y muchos tuvieron la tentación de hacerlo, pero el pastor no lo hizo, eso causó inquietud.

—Cómo vamos a querer la libertad si dentro de esa jaula está todo lo que queremos. Lo que no estamos dispuestos a dejar: bienes materiales, hijos, familia. Todo. Y nuestro cuerpo, nuestro propio cuerpo está en la jaula. Y los sentimientos: el amor, la esperanza, el dolor, la angustia, la soledad.

Hizo silencio. Algunos se preguntaron de qué manera lo que amaban podía ser una cárcel.

—Fuera de ella está todo lo que no conocemos, está lo que nos dice la fe, pero también lo que tememos.

Alguien dijo: alabado seas mi señor; pero nadie lo siguió. El pastor continuó su discurso, el muchachón y la chica de la larga túnica negra permanecían inmóviles.

—La cárcel es la vida.

El muchachón gritó: la cárcel es la vida. Algunos pocos fieles respondieron, quizá entendiendo, quizá no.

—La cárcel es la vida —continuó el pastor— a la que el Señor nos somete, una prueba en este valle de lágrimas.

Las luces comenzaron a encenderse, el pastor cobró más movilidad.

—Acostumbrados a esta mentira de la carne, llegamos a menudo a creer que nada más existe. Hacemos de nuestros cuerpos becerros de oro. Solo nos interesa alimentarlos, embellecerlos, como si la obra de Dios no fuera perfecta, como si no estuviese completa, como si hiciera falta agregar algo. ¿Acaso es imperfecta? —

preguntó amenazante.

—¡La obra de Dios es perfecta! —gritó el muchachón.

—¡La obra de Dios es perfecta! —gritaron los fieles.

—¡Alabado sea el Señor!

—¡Alabado sea el Señor!

—Mientras tanto, el alma se nos pudre.

Su mirada recorrió a los fieles.

—Ponemos en peligro la eternidad misma. ¿Vale la pena semejante condena?

Hizo una pausa en la que muchos volvieron a persignarse.

—Ha llegado el momento de observar la puerta de la jaula. Siempre estuvo abierta, hijos, solo que estábamos ciegos. Ha llegado el momento de enfrentarnos a la verdad divina.

Lo miraban con atención insufrible, con rápidos temblores de labios resecos y esforzadas palpitaciones.

—Ven a nosotros —gritó el muchachón pelirrojo.

—Ven a nosotros —dijo él.

—Ven a nosotros —repitió la gente.

—¡Dios ha decidido qué pruebas tendremos que sobrellevar!, qué dolores arrastraremos. Él sabe por qué eres ciego, por qué eres pobre, tullido, enfermo, por qué estás solo.

Gritaba con todas sus fuerzas.

—De nada nos vale querer entender, ¡Él entiende!, es suficiente.

Pausa.

—Él entiende.

Respiró hondo, el hombre parecía extenuado.

—Él sabe si hemos de vivir uno o cien años, y está bien que así sea —dijo, ahora casi en un susurro—. ¡Dios nos libre de querer cambiar sus designios! Porque hay un plan. Hay un plan, ¡claro que lo hay!

—¡Lo hay! —dijo el muchachón.

—Alabado seas —dijeron algunos.

—Hoy hay órganos artificiales, transfusiones de sangre, ominosas cirugías, medicinas de todo tipo. Sepan, pecadores, que todo es en contra de Dios.

Silencio.

—Es pecado no aceptar su plan, es pecado cambiar sus deseos.

Las almas se persignaron presurosas, las manos temblaron con el temblor del miedo, las bocas recibieron los pulgares en el final del signo de la cruz, y los ojos permanecieron clavados en aquel

hombre terrible que ahora parecía recobrar fuerzas.

—Es pecado huir de la muerte. Es pecado cualquier resistencia a entregar nuestra vida. Él la crea, Él la toma.

—Que así sea —gritó el muchachón.

—Es de Él.

—Que así sea —gritó la gente.

—¡Toda medicina es satánica!

Exclamó en un grito desesperado el pastor, manteniendo un brazo en alto hacia la cruz de neones.

—Todo intento de demorar la muerte es diabólico. ¡Entreguemos la vida!, Despreciémosla. Amemos la muerte.

Luego siguió un largo silencio, diez, quizá veinte segundos durante los cuales las almas se tomaron de las manos. Los corazones latían fuerte y rápido, como un auto cuesta abajo. Cuando las luces comenzaron a apagarse dijo en tono menos imperioso:

—Vayan a sus casas y mediten. Tomen la Biblia y absorban todo su jugo divino. Atragántense porque, aunque no lo sepan, están sedientos. Después, si están dispuestos a ir hacia la puerta de la jaula yo los estaré esperando.

* * *

El último viernes de ese agitado mes, Colecciones Para el Recuerdo realizó, en uno de los hoteles más importantes de Buenos Aires, el remate de objetos que habían sido propiedad de figuras populares, queridas, reconocidas y muertas.

No eran piezas que tuvieran que ver con el talento admirado en cada caso. Ni manuscritos de escritores, ni acetatos de cantantes, ni la camiseta de un genial futbolista estaban en la subasta. Eran pañuelos, cigarreras, corbatas, lapiceras, ropa interior, hasta un cepillo de dientes.

La sociedad no asistió al remate de objetos porque constituían un recuerdo, no hubo deseo de perpetuar, de traer al presente. Todo lo contrario. Se compraron cosas cuyo único valor era que habían pertenecido a un muerto; si perpetuar es dar vida, aquello fue la confirmación de que los muertos estaban irremediablemente muertos. Y, cuanto más hacía que estaban muertos, más valiosas eran sus pertenencias y más peleaban los coleccionistas por conseguirlas.

Esto ya había ocurrido antes en los Estados Unidos y Europa, pero fue una novedad en estas márgenes del Plata donde,

casualidad o no, se daba en el marco de un peculiar proceso. No hubiera tenido la misma trascendencia un año antes, pero las cosas suceden cuando suceden, ni antes ni después.

Durante el remate, al que asistieron importantes fortunas y personalidades políticas y del mundo del espectáculo, hubo algunas sorpresas. Una de ellas fue la subasta de tres botones de una chaqueta que el general San Martín había utilizado en la víspera de la batalla de Maipú. Chaqueta que, afirmaba el rematador, también fue utilizada por el prócer en su exilio europeo.

Al día siguiente, las agencias informativas hicieron notar que, por los botones en cuestión, no se pagó siquiera la tercera parte que por una camisa del mítico Charles Gardés, al que la voz del martillero memoró como "Carlitos". Seguramente influyó en el ánimo de las ansiosas chequeras el hecho de que esa prenda había sido la que el ídolo usara el día anterior a su infortunado viaje en avión.

La cigarrera de Norberto Milanó fue subastada aproximadamente a las once menos cuarto de la noche. En un clima de tensión, tres compradores la disputaron con ardor durante varios minutos.

El canal 6 envió un periodista y varias cámaras para cubrir el evento, salió al aire en un flash informativo durante el programa de la vedette Susana Fontana. Medio país vio a un cuarentón de pelo engominado, traje azul y aire de millonario, acompañado por una mujer de sobrio vestido negro, al que el periodista identificó como Mario Raúl Matack. Representante de un heredero del famoso petrolero greco-argentino muerto años antes, Matack subía el precio compitiendo con la esposa de un conocido polista y ganadero vernáculo y con un diputado quien hacía el inútil gesto de levantarse de la silla cada vez que subía la postura.

Afortunadamente para la vida política del diputado —líder político de una pobladísima zona del Gran Buenos Aires—, le resultó imposible torcer el brazo, o los fondos, del representante de la fortuna petrolera. A la salida de la subasta, en una nueva entrada del equipo de exteriores de Canal 6, el diputado fue abordado a punto de subir al auto que lo conduciría a un tradicional restorán de San Telmo, donde mitigaría la pena por el fracaso.

—Diputado Suttini, ¿por qué le interesaba tanto la cigarrera de Norberto Milanó?

—Quería rescatar para el patrimonio popular algo que usara alguien que, como el Chueco Milanó, tanto quisimos.

—¿No le parece que el precio era demasiado alto?

Por un momento Suttini quedó descolocado, acostumbrado a salir de cualquier apriete a como diera lugar, desafortunadamente se dejó llevar por sus impulsos.

—Vea, no me venga con pavadas, las cosas de los ídolos son símbolos para el pueblo y recuperar los símbolos es algo que no tiene precio.

—Eso lo entiendo —respondió el periodista con malicia—, lo que nos llama la atención a nosotros, como a muchos de nuestros telespectadores, es como un diputado hubiera podido pagar más de veinte mil dólares.

Fue demasiado para los nervios del legislador. Las cámaras registraron el empujón al periodista que cayó al piso —aunque algunos aseguraron que se dejó caer— y los acalorados gestos del político, pero no sus insultos y amenazas de muerte ya que, para su suerte, producto de su empujón el micrófono se había desconectado.

Este episodio fue el comentario obligado de los argentinos durante varios días. Se ha afirmado que modificó la actitud del Ejecutivo, es solo una suposición. Para este cronista las próximas convulsiones eran ya del todo inevitables.

10

El 7 de marzo de 2010 Arches Anasal viaja a Estambul. Una vez en la ciudad en la que nació, y habían vivido por siglos sus antepasados, nunca más se pudo tomar contacto con él. Es posible que haya entrado en Turquía el primer ejemplar del libro de Ramón Carpintero.

Luciano Gordillo había llegado cinco años antes desde la provincia de Catamarca con la esperanza de abrirse camino en la mágica Buenos Aires. No dejaba mucho atrás. Su madre acababa de morir, su padre se había ido cuando él era apenas un niño y sus siete hermanos se habían desperdigado vaya a saberse por dónde.

En veintiocho años solo había visto la ruta que pasaba justo a la vera del almacén y bar de dos mesas que él y su madre atendieron desde siempre. Solía ausentarse para ir en busca de combustible a Belén, el poblado más cercano, los sábados a la mañana. Algunas veces volvía ya entrada la noche, incluso con las primeras luces del alba dominical. Su contacto con el mundo eran ese pueblo olvidado de mujeres perseguidas por el bocio, una ruta poco transitada y una radio antiquísima que solía encender a la noche, cuando ponía en marcha el único lujo que tenía, el generador.

Esperaban que un camionero cansado, un viajante de mal humor, un desconocido cualquiera, parase a tomar un trago, a comprar cigarrillos, a estirar las piernas agobiadas por tanto viaje. Que preguntara la distancia a la capital provincial o a la próxima estación de servicio.

No había asistido a la escuela, sus maestras fueron su madre y su hermana mayor, que hacía años había emigrado a Salta. Solo cuando llegó a Buenos Aires se le ocurrió pensar que la precaria construcción de barro y chapas fue construida al lado del camino, y no al revés. En veintiocho años casi no había salido de allí, no hasta el día en que murió su madre y él sintió que no podría sobrellevar las noches y los días solo. Nunca le alcanzarían las ocasionales

visitas de esos anónimos (y efímeros) viajantes. Juntó las cosas que consideró importantes y decidió que, después de velar a la anciana, de enterrarla junto al hermanito muerto por el sarampión, emprendería su éxodo, búsqueda o huida.

Luciano Gordillo llegó un enero caluroso a la ciudad de sus sueños. Ese nombre extraño y maravilloso, Buenos Aires. Lo había escuchado tantas veces en la radio. Como decía la voz en los desfiles patrios: Santa María de los Buenos Aires, lo que la hacía más grandiosa, solemne y mágica.

No había visto nunca un edificio, eso de poner una casa sobre otra. Estuvo quince horas paralizado en la terminal ferroviaria, asustado por la multitud de viajeros, hasta que a la noche se atrevió a preguntar, no se acordaba qué, a unos chicos sucios y gritones que desde hacía horas estaban en el mismo andén pidiendo monedas a la gente. Vivían allí, y como él, estaban sin techo, sin madre y con hambre.

Pero no fueron las privaciones materiales las que lo amedrentaron, al fin de cuentas nunca había tenido nada. Fue la soledad, inmensa, infinita, aumentada por la paradoja de estar rodeado de tanta gente. Y el sentimiento de desarraigo, esa angustiosa nostalgia que descubrió la noche en que se despertó sobresaltado, pensando que el viento estaría destruyendo su rancho. ¡Qué sola estaría la casa sin siquiera la presencia de los perros!

Comenzó a tomar. Al comienzo se embriagaba los fines de semana, esos son los días que más pesan en las almas solitarias, hasta que todos los días terminaron siendo sábado o domingo. Vivía en una villamiseria. Fue a parar allí gracias a un compañero de trabajo, Eulogio, quien trató que su nuevo amigo, comprovinciano y cantor de vidalas lánguidas, no se hundiese en la desesperanza a la que parecía condenado.

Conoció el amor en una mujer ni buena ni mala ni fea ni bella que, con dos hijos a cuestas, sobrevivía como podía. Trabajaba de sirvienta en casas de familia, dejando sus hijos a merced de nadie. María y Luciano no se entendieron lo suficiente. Ella estaba dispuesta a ser su mujer, a atenderlo aun después de venir de aquellas casas en donde hacía las tareas más duras, aguantar algún que otro golpe cuando él se emborrachaba, pero exigía que se olvidase de aquella tonta idea de volver a su rancho, a enterrarse en vida en medio del desierto. Gordillo fue haciéndose taciturno y sombrío. Tampoco podía volver a su tierra para vivir en compañía de un par de muertos.

Cuando se dio cuenta de que no volvería, cuando comprendió

que estaba preso en una trampa, y ya habiendo perdido la presencia fugaz de María, le pidió a Eulogio que escribiese aquella carta que *El Angelito* recibió y publicó, no de puño y letra de su amigo, que se negó rotundamente, sino de la suya propia. Letra pequeña y temblorosa, pero prolija aun en la emoción y el desamparo, que el cartero dejó, ignorante de la angustia que encerraba, la mañana del viernes de un fin de semana largo.

* * *

A sus espaldas se extienden las fértiles tierras mesopotámicas y a su frente el Paraná, lejos está la sureña capital, más lejos el ansiado océano. Rosario nunca entendió su destino mediterráneo, soñó con ser marítima, como Buenos Aires, espejo odiado y temido que se yergue sobre un río imposible y benéfico, descubierto solo por la dulzura de su agua marrón. Más allá el mar, el océano infinito, el Atlántico pacífico.

Quizá por eso Rosario atesoró siempre el sentimiento cosmopolita de los puertos marítimos, de las ciudades que viven mirando el mundo desde sus muelles, atestados de marineros con otras lenguas y costumbres, de comerciantes diversos y distantes. Ese sentimiento creció encerrado entre las márgenes de un río longilíneo de hermoso nombre guaraní. Márgenes que los imaginativos rosarinos juzgaron asfixiantes y angostas. El río se convirtió entonces en razón de vida y límite, en velamen y ancla, fuerza impulsora y debilidad incurable.

En esa ciudad vieja y antigua nada dijeron del pastor que día por medio, siempre a la hora perfecta del crepúsculo, daba su sermón en una gastada carpa circense. Ese domingo a la hora apuntada, cuando se disolvía la multitud agobiada por algún empate aburrido, sin siquiera la gloria efímera de un gol, el hombre comenzaba su sermón como había prometido. Ese hombre se llamaba Félix Moreno pero los rosarinos no lo sabían aún.

—Yo les dije: vayan a sus casas y mediten, tomen la Biblia y absorban todo su jugo divino.

Tomó un libro con el canto de las hojas doradas; caía sobre él una luz amarillenta, perfecta.

—Luz divina. Esta es la única luz, la de Dios, la de su libro.

Todos escuchaban con atención.

—Su luz ilumina la verdad.

Caminó por la tarima, miró a los fieles; había hombres, mujeres,

niños, viejos, esperanzados y desesperanzados. Lo estaban mirando, suspendidos sus estómagos por un fino hilo. La joven de túnica negra encendió las velas.

—Vamos a hacer un pacto.

Las velas titilaban, temblor del fuego.

—Él nos propone un pacto, un pacto de sangre, un pacto de muerte con la Muerte.

Silencio. El canto de las hojas brillaba cálido.

—Un pacto de muerte con la Muerte.

Hubo puños crispados, párpados que se cerraban, respiraciones suspendidas. Un pacto de muerte con la Muerte.

* * *

DECLARACIÓN DE LA SEÑORA
JAZMÍN BOUQUET

—Señora, solo por formalidad, díganos su nombre y apellido.

—Jazmín Bouquet.

—¿Argentina?

—En segundas nupcias. Soy belga de nacimiento, pero de eso hace demasiados años.

—Señora, ¿cuándo llegó usted al país?

—A mediados de los 70, yo sé lo que quiere saber: seis meses antes de la salida de El Angelito.

—¿Nos puede decir el motivo de su venida a la Argentina?

—Tenía un contrato como corresponsal con un diario parisino que me encargó seguir los procesos políticos de la Argentina, Uruguay, Chile y Paraguay. La idea me gustó y me vine. Yo tenía una imagen más exótica, menos europea, de la Argentina.

—¿Cuál fue su acercamiento a la historia de El Angelito?

—Como la de cualquiera.

—Pero a usted le llamó la atención.

—Así es, me interesó desde el comienzo. Seguí todas las alternativas con enorme curiosidad y espanto.

—¿Cómo era recibido su material en París?

—No mandaba material.

—¿Cómo es eso?

—Envié una nota tres días después de salir el primer número de El Angelito, *pero no fue publicada, me dijeron que no había interés en el*

tema. Así que no volví a enviar material hasta el estallido, pero estuve atenta a los acontecimientos.

—Y su seguimiento la llevó a Rosario, por ejemplo, durante los primeros sermones del pastor Moreno.

—No se trataba de un seguimiento. Yo me había conseguido un casi-novio muy guapo, fotógrafo rosarino, muchacho muy inteligente que creyó convencerme de que iba a sacar mucho provecho conociendo su ciudad, en realidad lo que quería era acostarse conmigo.

—Entiendo.

—No hacía falta ir tan lejos para eso, pero le seguí la corriente porque me parecía hermoso que me cortejase.

—¿Y cómo fue a parar a la carpa del pastor Moreno?

—Caminábamos como dos enamorados cuando al doblar una esquina nos dimos de narices con la carpa. Tuve una impresión fenomenal al ver a un hombre extraño, de edad indefinida, que no dejaba de hacernos señas con el brazo para que entráramos.

"Mi joven enamorado trató de seguir de largo, pero por alguna razón yo me sentí atraída. Cuando pasé al lado, el hombre no dijo nada, ni una palabra. Supuse, imaginé que era mudo. Pero aún recuerdo su sonrisa sin dientes, su barba crecida y sus ojos bovinos que me miraban fijos. Fue una impresión imborrable.

—Sé a quién se refiere, su nombre era Anselmo. Por si le interesa, podría decirse que era mudo y podría decirse lo contrario. Podía hablar, pero había prometido no hacerlo hacía quince años y no lo haría hasta su muerte, que ocurriría no mucho después de usted haberlo visto.

—¡Bello y trágico!

—Sí, una rara historia.

—No me sorprende lo que me cuenta aunque es sorprendente. Quiero decir, de alguna manera lo sabía, esos ojos inexpresivos y la sonrisa ausente, como si nada le importase del exterior, todo discurso interno.

—Otro testigo nos dijo que era una persona incapaz de comprender los actos, que no sabía por qué invitaba a los transeúntes a entrar en la carpa, más aún, no sabía que moviendo el brazo de esa manera estaba invitando a entrar.

—No me parece. Mejor me encaja la idea de la promesa y su mudez voluntaria; sus ojos no mostraban incapacidad mental sino indiferencia. Era mudo, seguro, el más mudo de los mudos.

—¿Qué pasó cuando usted entró en la carpa?

—Asistí a aquel extraño sermón, pero la fascinación se rompió, solo quedó la periodista profesional.

—¿Por qué?

—El sermón y el pastor eran una parodia grosera, no vi allí nada místico, salvo el mudo.

—Sin embargo, mucha gente siguió al pastor.

—Claro que sí, no me interprete mal, se rompió todo lazo místico en mí. Aquello era una representación, una mentira calculada, mientras que el mudo tenía verdad, una historia, un motivo, yo no sabía cuál, pero intuía que lo había. Así que tomé notas como buena periodista. ¿Usted ya debe tenerlas en su poder?

—Sí. ¿Cree hoy que esas notas fueron imparciales?

—¿Conoció al pastor?

—No.

—Por eso pregunta lo que pregunta.

—Es posible. ¿Está convencida de que era una representación sin un ápice de verdad?

—Había verdad en la gente, no en aquel payaso.

—Solo me falta preguntarle, ¿por qué cree que tanta gente vio algo en ese payaso?

—Dígame, cuál cree que es el sentimiento más fuerte en el ser humano… No es el amor, por cierto, el odio tampoco, pero hay uno más potente: el miedo. La historia de El Angelito *es la historia de la pérdida del miedo. La gente se liberó de soledades y compañías, para muchos terminaron angustias y enfermedades. Pero ese pastor apócrifo traspuso la raya, una cosa era no tener miedo a la muerte y otra buscarla.*

—Su afirmación de buscarla es por lo menos discutible.

—Joven, él proclamó que toda medicina es satánica, que los enfermos no debieran curarse, que era pecado.

—Efectivamente, un pacto entre Dios y su criatura.

—¿De qué pacto me habla? ¿Cuándo lo hice yo, cuándo usted?

—No, claro que no. Aquello era una manera elíptica de referirse a un antes de la vida. Creía, como Layo, en reencarnaciones.

—No me parece acertada su comparación entre un místico discutible pero auténtico y un farsante.

—No estoy comparando, solo apuntaba una coincidencia de discurso.

—No me parece que ese individuo tuviese ningún discurso.

La señora Jazmín Bouquet se levantó de su silla dando por concluida la entrevista.

(Fin de la declaración)

* * *

Nunca se ha podido saber si la muerte de Luciano Gordillo se debió, como dijeron algunos, a un accidente de los que ocurren en las alturas de los andamios, favorecido posiblemente por su adicción alcohólica; o si, como afirmaron otros, dejó caer su cuerpo impiadosamente al vacío. Lo que sí sabemos es que a siete días de recibida su carta y a dos de publicada, los medios de información avisaron de su deceso.

Cuando todavía para la mayoría de los medios la identidad del fallecido era una incógnita, a las tres de la tarde, un flash informativo de Canal 11 confirmó que la víctima era de apellido Gordillo. Horas después, el periodista Oscar Lalo Gallo, en la edición vespertina del noticiero del canal, se preguntó si la publicación de la carta de Gordillo en *El Angelito* habría sido la causa de su suicidio.

—No acusamos a nadie de nada, pero nos preguntamos si los responsables de *El Angelito* sabían lo que ocurriría cuando la encabezaron con el sugestivo título de "La soledad de un moribundo".

Gallo hablaba con voz grave y gesto circunspecto.

—Y nos preguntamos también si la publicación de esa carta influyó en el ánimo del joven.

—¿En la carta, Gordillo hizo un anuncio? —se preguntó Marta Fuentes, la otra conductora del noticiero—. Los suicidas suelen hacerlo como un pedido de auxilio. ¿Acaso fue su desesperado pedido de auxilio, que nuestros colegas no supieron o no quisieron contestar?

—El difícil margen que separa el éxito profesional de la ética —advirtió Gallo.

Ambos se miraron. Luego ella remató sonriente, como era su costumbre:

—Adelante, en un minuto volvemos, señor director.

Esta acusación inconsistente provocó una batalla campal entre distintas emisoras. Canal 6 salió a defender a *El Angelito*, exonerándolo de toda culpa y acusó al noticiero del 11 de amarillismo.

La carta encerraba un mundo de angustias, de lágrimas y temblores. En ella, un hombre transido por la soledad, un inmigrante sin parientes llegado de las zonas tórridas del noroeste, un obrero de la construcción sin mayor especialización que la

fuerza de sus brazos, hacedor de casas que jamás habitaría, había preguntado con iletrada simpleza un motivo para vivir.

No era como la mayoría de las cartas que hasta allí habían recibido, no tenía lugares comunes, no buscaba notoriedad, no había siquiera un pedido de socorro. Era simplemente —y esto la hacía patética— una pregunta a ser contestada. Pardo la tituló “La soledad del moribundo” sin sospechar el desenlace.

11

El 9 de marzo del 2010 Ramón Carpintero sale de París rumbo a Marsella sin comentar con nadie los motivos de su viaje. Solo sabemos que ya nunca más será visto en la capital francesa.

A las siete y cuarenta de la mañana le pasaron la comunicación al presidente. En realidad, él la había solicitado quince minutos antes.

—¿Señor presidente?

—Sí.

—Señor, sobre lo que me solicitó ayer, quiero informarle que hay consenso para dar curso favorable al pedido del nuncio.

—¿Favorable?

—Sí, señor. Nuestros sondeos confirman que la opinión pública apoya la libertad de prensa, pero desea una postura más firme del gobierno.

—Más firme en contra de la libertad de prensa —del otro lado se produjo un perplejo silencio—. Doctor, aparte de lo que piensa la gente, ¿qué cree usted?

—¿Yo, señor?

—Sí.

—Estoy en un todo de acuerdo. No sabemos hasta dónde puede llegar este proceso. Señor, esa carta ha causado una conmoción que me impresiona. Pero no es solo el semanario, si así fuese sería menos —buscó la palabra— dramático.

—¿Qué quiere decir?

—El programa de televisión. *La Voz del Más Allá* dura sesenta minutos, durante los cuales no hace más que hablar de la muerte. De lo bueno de la muerte. Es ridículo, pero su última emisión fue la de mayor audiencia y va en camino a ser el programa más visto de la televisión.

—¿Tan grave es?

—Me temo que es mucho peor.

Ahora fue el presidente el que hizo un sugestivo silencio.

—¿Qué quiere decir?

—¿Conoce usted a Félix Moreno?

—No.

—Es un individuo, un pastor que predica en una carpa. Ha proclamado que toda medicina es satánica, que hay que dar la bienvenida a la muerte.

—¡Un loco!

—Seguramente, pero lo dijo ante más de doscientas personas.

—Entiendo.

—No sé si entiende, con todo respeto, señor. No sé si alguno de nosotros entiende lo que está pasando. A las cuarenta y ocho horas hizo un nuevo sermón y fueron a verlo mil quinientas personas, y ayer lo escucharon más de tres mil.

—¡Increíble!

—Señor presidente, quiero decirle que si no hacemos callar al semanario y sacamos del aire al programa, corremos riesgos que ni siquiera podemos imaginar. Yo creo que hacer desaparecer a *El Angelito* tendrá un efecto disuasivo.

—Pero si lo hacemos, la prensa nos atacará por antidemocráticos.

—Creo que lo podemos arreglar. El semanario da mala prensa a la prensa, ellos mismos deberían estar interesados…

—Si me da la seguridad yo pongo la cara.

—Deme veinticuatro horas y le contesto.

—Con las noticias que me trajo… solamente tiene hasta el mediodía.

—Haré lo posible.

—¡Es que nos tienen de las pelotas!

—Eso me temo.

Esta conversación no fue grabada por el presidente, sino por su interlocutor. Después de colgar, el mandatario dio un último mordisco a la tostada, se miró en el espejo, se arregló la corbata y el peinado, tomó su abrigo y se encaminó hacia el automóvil que lo conduciría a la casa de gobierno. Sin embargo, lo interrumpió un segundo llamado.

—Doctor, ¿me escucha?

—Perfectamente. ¿Cómo se encuentra mi amigo?

—Bien, bien.

—¿Ya cerraron trato?

—No le hablo por eso.

—Hay que apurar la negociación, para nosotros es muy importante.

—Sin duda, pero yo le hablo porque quería pedirle que no se apresure a tomar una decisión en el caso de *El Angelito* y su programa. Considero que debemos, que debería, tomarse tiempo para reflexionar.

—¿Qué hay que reflexionar? Son unos bandidos, o usted piensa defenderlos.

—No, no es eso.

—¡Entonces no andemos con vueltas, doctor!

—La discusión no es qué son ellos, tengo claro que no son más que basura.

—¿Cuál es la discusión, entonces?

—Quién paga la cuenta.

—¿Qué cuenta?

—La de violar la ley.

—Pero ¿vio el programa de televisión?, ¿sabe a qué audiencia llegó?

—Lo sé. Yo impedí que las cifras se dieran a conocer.

El presidente hizo lo posible por no acusar el golpe, no quería deberle favores a su interlocutor.

—¿Y sabe lo del pastor?

—Félix Moreno.

—Ese. ¿Lo sabe?

—Sí.

—Entonces, ¿qué duda tiene?

—Ya le dije, me pregunto por qué vamos a pagar la cuenta nosotros, usted, mejor dicho.

El presidente arqueó las cejas.

—¿Por qué yo, mejor dicho?

—Porque es el Ejecutivo. Nosotros somos el partido gobernante, pero usted es el presidente. El que está en juego es *su* capital.

—Así que me dejan solo.

—¿Qué más remedio?… Aunque sí hay uno, deje que lo haga la justicia.

—¡Vaya a saber cuánto tardaría!

—Bastante más, pero con menos sangre.

—La mía, claro.

—Lamentablemente.

—A menos que consiga un acuerdo con el bloque de ellos.

—Dicen que solo se reunirán para tratar el tema si se presenta algún proyecto en la Cámara. Y le reservan ese privilegio a usted.

—¡Me cago en ellos!

—Piénselo…

Siguió un incómodo silencio y saludos nerviosos. No mucho después volverían a hablar cara a cara, aunque menos sinceramente.

El presidente recibió un nuevo llamado, ya en viaje hacia la casa de gobierno. No tenía que ver con el tema, pero colaboró todavía más a desmejorar su alicaído humor matinal y a fomentar indeseables dudas en su espíritu. Cinco minutos antes de las nueve de la mañana arribó a la Casa Rosada y, se encaminó directamente a sus oficinas. Lo esperaba el secretario del ministro de Interior con una nota, en sobre abierto, sin membrete. “El juez Guiñazú acaba de rechazar el pedido de cierre de *El Angelito*, dice que no hay motivos”. Abajo había un garabato que el mandatario reconoció como la firma de su ministro; luego de leerlo lo destruyó en la máquina.

Se sentó en el sillón, se aflojó la corbata y tomándose la cara con las manos se preguntó qué lo había impulsado a ser presidente.

Media hora después, también por teléfono, habló con su mujer. Ingenuamente le contó lo que él se había preguntado minutos antes, pero ella no estaba dispuesta a consolarlo.

—¿Y a mí a ser tu mujer? —le contestó.

—Eso es fácil, ser la primera dama.

Rieron. Si había alguien a quien nunca le importó el poder, era ella; si había alguien que lo apostó todo por el poder, era él.

* * *

“Vamos a hacer un pacto. Él nos propone un pacto, un pacto de sangre, un pacto de muerte con la Muerte.” Así comenzaba el artículo de *La República*, matutino serio, normalmente bien informado, a quien nadie podía acusar de sensacionalista. “¿Un pacto con la muerte?”, se preguntó incrédulo e indignado. La nota de Matías García Ibarra despertó a Buenos Aires. Allá en Rosario un loco fanático o un inescrupuloso traficante de devociones, pero en todo caso un indeseable, un oscuro y maloliente sujeto, reeditó un grito terrible. “Hacer un pacto con la muerte: cuánto recuerda esto

al loco e infame grito franquista, claro que esta vez no sustentado por la razón de la fuerza" —escribía— "sino por algo infinitamente más potente y, por tanto, más peligroso y terrible: la fe."

"¿Fe oscura o réproba? Fe ciega, fanática, diabólica, lo que se quiera, pero con la fuerza de la fe, esa que dicen mueve montañas. Este periodista ha defendido por treinta años los derechos esenciales del ser humano, cosa que en nuestra bendita tierra suele ocasionar no pocos contratiempos" —se quejó con tono republicano— "el que suscribe ha padecido dos cárceles en sendos gobiernos de facto y ha luchado, como tantos compatriotas por el imperio de la justicia, por el gobierno irrestricto de la *Constitución Nacional*. Se siente orgulloso de ello. ¿Cómo explicar que no reniego ahora de esa lucha si digo lo que digo?: hay que callar a la bestia."

El diario *La República* era —en el particular sentido argentino de la palabra— una expresión liberal. Respetuoso amante de la propiedad privada, enemigo de algunos gobiernos militares y de todos los gobiernos peronistas; *La República* era impopular, aunque respetada, representaba a la centro derecha. Estimada por su seriedad y profesionalismo, por décadas había lucido una envidiable imagen de incorruptible equilibrio. Esta imagen equilibrada es la que sobredimensionó su mensaje. Si *La República* pedía que callasen a la bestia, era porque la situación debía ser grave.

La firma de Matías García Ibarra provocaba aún más sobresaltos. Había defendido a peronistas proscriptos siendo su confeso enemigo, había reclamado justicia para la guerrilla terrorista ubicada en la antípoda de su pensamiento burgués, pero no pedía clemencia republicana para ese pastor desconocido, al que denominaba "bestia", y para el cual exigía silencio. "Callen a la bestia, no debe hablar, no debe ser escuchada. Enciérrenla en la cárcel antes de que sea tarde, antes de que el grito sea escuchado, seguido por almas confundidas."

Buenos Aires tembló y, cuando la capital tiembla, los estertores conmueven a todo el país. Una alarma despertó a quienes todavía dormían y ya nadie pudo dejar de mirar el espectáculo.

* * *

DECLARACIÓN DEL SEÑOR
ANTONIO CAÑÁS

—Su nombre y apellido, por favor.

—Antonio Cañás.

—¿Profesión?

—Ya nada, pero en la época que a usted le interesa, periodista.

—¿Recuerda, señor Cañás, el artículo de García Ibarra y la contestación de Alcides Silveyra?

—Usted sabe que sí.

—Naturalmente. Aquí solemos preguntar lo que ya sabemos.

—Así debe ser. Claro que recuerdo la nota, la contestación y la contracontestación (¿contracontestación existe verdad?), me refiero al despacho que mandó a Europa Jazmín Bouquet. Vayamos por partes. La nota salió un lunes, yo creo que a la gente le pareció mentira, García Ibarra era un analista sesudo, un intelectual que durante años sumó y restó racionalidades políticas, ¿me entiende?

—Perfectamente.

—Aquello lo sobrepasaba porque no era racional. "Un pacto de muerte con la Muerte" a García Ibarra le sonaba imposible, peor que el álgebra a un bailarín.

—¿Usted cree entonces que se opuso con esa inusual energía porque no lo podía entender?

—Yo creo que lo entendía y lo atemorizaba. Eso lo hizo reaccionar fuera de todo límite. Casi sin control. No, sin el casi, sin control, sin ningún control.

—¿Y lo de Alcides Silveyra?

—Fue la contracara: Silveyra no lo entendía. No entendió nada de nada, pero estaba obligado a ser profundo. ¿Me entiende? Creía que esperaban de él un análisis inteligente, así que se hundió en disquisiciones acerca de la libertad de cultos y el libre albedrío.

—¿Y qué es lo que no entendió?

—Que aquello no era un ningún culto. Ya sé, me va a preguntar ¿qué era entonces?

—Sí.

—Lo que dijo Jazmín Bouquet, la farsa de un farsante.

—¿No le resulta demasiado simple?

—Para nada, eso no le quitaba peligrosidad. Seguro que había que hacer algo. Yo no sabía qué, hasta que las cosas se precipitaron y suprimieron la discusión por ociosa.

—Es decir que García Ibarra expresó el pánico, Silveyra la zozobra ante lo ininteligible y Bouquet la negación.

—Usted sabrá.

—Infiero que estuvo de acuerdo con la corresponsal Bouquet.

—Totalmente.

—*Muchas gracias.*

(Fin de la declaración)

* * *

El presidente no almorzó ese día. Los nervios le cerraron el estómago y apenas si prestó atención durante la reunión del proyecto siderúrgico. Su mente estaba en otra cosa. A las trece y treinta y ocho recibió en su despacho a Ramiro Bustello, jefe del Servicio de Inteligencia del Estado, hombre corpulento y macizo con quien había sostenido la primera de sus llamadas matinales. El jefe de la inteligencia entró en el despacho sin poder ocultar una sonrisa furtiva, lucía un aire aplomado que no había tenido seis horas antes.

—Señor, lo hemos logrado. Está todo arreglado, hay acuerdo con los medios más importantes.

—¿Incluido Canal 6?

—No entiendo…

—¿Qué es lo que no entiende, Bustello? —preguntó, malhumorado el presidente.

—¿Usted me pregunta si tenemos un acuerdo con Canal 6?

—Eso mismo.

Al jefe de la inteligencia le pareció mentira la pregunta. ¿Acaso el 6 no debía estar excluido? ¿Por qué iban a estar de acuerdo con censurar su programa más visto? Además, sería darle información. Una estupidez. Pero ahí estaba el presidente en persona preguntándole si era un estúpido. No sabía qué responder. Entonces se le pasó por la cabeza que hubiera habido una fuga de información, mierda, que el canal ya se hubiera enterado. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y no pudo ocultarlo. Imaginó al periodista del noticiero, incluso al mismo director del canal, saliendo en emisión especial, fuera de todo programa, denunciando que el gobierno los estaba por censurar, un imperdonable acto antidemocrático.

—Bustello…

Sí, era posible una fuga e información.

En ese caso estaba perdido.

—Bustello, disculpe, es una pregunta estúpida. Estoy bajo mucha presión mi amigo, mis pies no están en tierra firme. Con el resto, me decía, está todo bien.

Bustello respiró hondo.

—Con los más importantes, señor.

—Bien, lo llamo en cuanto lo necesite, ahora el problema son los políticos.

—Presidente, de política usted es el que sabe, solo quería recordarle que no tenemos mucho tiempo.

—Lo sé, Bustello, lo sé.

El presidente evocó con la mirada navegando a través de la ventana, al líder de su partido que le había recomendado que no hiciera nada. Por lo menos en ese momento. Trajo a su memoria la anécdota de otro mandatario que quiso gobernar sin partido y terminó renunciado por enfermedad, cosa que había sido una generosidad, una indolora salida para evitar el juicio político.

A las dieciocho el nuncio apostólico hizo su desinteresada colaboración con su úlcera solicitándole, en nombre de Dios y de su santidad romana, que tomase alguna medida, algo que impidiese el avance de la inmoralidad, la corrupción y el mismo Satanás.

Esto lo decidió a suspender la conferencia de prensa que iba a dar a las veinte, mandó a su ministro de Interior a representarlo en la reunión de la Cámara de Anunciantes, e intentó en vano no recibir la queja de dos dirigentes de partidos aliados y un pedido de informes surgido de la Cámara alta. A partir de allí tuvo que soportar la ola de rumores desatada sobre la clausura de *El Angelito* y ser tratado de "inoperante marioneta", en medio de la guerra de medios desatada por la muerte de Luciano Gordillo. Como si esto fuera poco, las radios no dejaban de hablar del artículo de García Ibarra, que había terminado por encender los ánimos.

Pasadas las veintitrés se retiró de la casa de gobierno. Creyó que todo había terminado por ese día, para asegurarse hizo un último llamado antes de desconectar su teléfono.

—Laura, no quiero que nadie me moleste hoy, ¿entendió?

—Sí señor, así será.

—Si nos invaden, o si estalla la guerra mundial tampoco, o la acusaré de traición a la patria.

—Sí señor.

—O mejor aún, le haré ver tres veces seguidas la película que me recomendó los otros días.

—Sí señor —sonrió la mujer del otro lado de la línea.

12

El 11 de marzo del 2010, Ramón Carpintero arriba a Estambul, seguramente se haya encontrado con su amigo Arches Anasal. El último día de ese mes traspone la frontera turca vía terrestre y ya no volveremos a tener noticias de él, hasta el 17 de agosto del mismo año.

Carlos Trillo recibió la noticia pasadas las doce de la noche, fue una breve comunicación telefónica. Apagó la luz del velador y, a oscuras, fue al balcón rociado por la luz de la luna. Abajo, el zoológico dormía de la manera que duermen los animales, siempre atentos al ruido delator del asesino, prestos a huir o a enfrentar, según quién duerma, según quién ataque. Levantó la mirada, lejos, intuía el agua del río ancho, más arriba el techo de estrellas imperturbables, ajenas a las turbulencias de su vida.

Permaneció inmóvil por un largo tiempo. La falta de movimiento, la absoluta falta de movimiento, suele tener un efecto tan tranquilizador que predispone la mente para que cualquier ritmo externo, el titilar de un letrero publicitario por ejemplo, se convierta en un elemento hipnótico. La mente flota sin rumbo, dando vueltas en un remolino inexplicable. Vueltas sobre un punto, infinitas veces. Miramos hacia afuera con una sensación de vértigo en el estómago, dando la espalda al punto quieto.

Trillo pensó en aquel personaje del cuento de Quiroga mordido por la víbora venenosa. El pobre hombre sube a su embarcación y se lanza río abajo sabiendo que tiene el tiempo contado; cree que navega por las aguas hacia el sur, cuando en realidad está preso de un remolino. Interminables vueltas sobre un mismo centro.

Lo que no sabemos está siempre en el centro, pensó.

Movió una pierna, un brazo, los ojos, hizo sonar los nudillos de sus manos. “Lo que no sabemos está siempre en el centro”, es un Layo auténtico, se burló de sí mismo. No le gustó, entró al living, cerró la puertaventana y levantó el tubo del teléfono.

* * *

Dos horas y cuarenta minutos antes de esa llamada, un télex en Canal 6 recibía el cable de una agencia extranjera que informaba de cuatro muertes en un departamento del barrio de Palermo. Horacio Lamas, periodista de policiales del noticiero, fue a cubrir la nota. Lo estaba esperando el subcomisario Bermúdez, habitual informante del canal.

—¿Qué tal, subcomisario?

—Oiga Lamas, lo estaba esperando, no vamos a dejar entrar a la prensa.

—¿Por qué?, ¿qué pasa?

—Cállese la boca y escuche —ordenó el subcomisario visiblemente nervioso —hay cuatro muertos, suponemos que fueron suicidios.

—Ustedes creen…

—Lamas, ¡cállese quiere! Escuche bien. Nosotros no hemos podido entrar, se hicieron cargo agentes de inteligencia.

El periodista esperó confuso.

—Nos dijeron que tiene algo que ver con un loco fanático de Rosario.

—…

—No Lamas, hay algo que no cierra —se confesó el policía —si fuese así nos haríamos cargo nosotros. ¿Por qué ellos?

—Claro —dijo Lamas, asustado sin saber la razón.

—Pero todavía menos entiendo por qué estamos si se hacen cargo ellos. Dicen que es un secreto, pero todos sabemos que hay cuatro cuerpos. Además ¿cómo se enteraron ustedes?

—Es como si quisieran que…

—Lamas, dígaselo al director —ordenó Bermúdez—. Sin intermediarios, me entiende.

El periodista recostó su espalda contra la pared, buscaba algo firme, todo parecía moverse.

—Pero, Bermúdez ¿está loco? Además, no tengo el teléfono.

—Aquí lo tiene, yo no puedo, dígaselo usted. Me tengo que ir, además, no nos tienen que ver juntos.

—Oiga, Bermúdez —lo llamó Lamas con el papelito en la mano.

—¡No sea pelotudo, quiere! Esto no es un juego: se trama algo y él tiene que saberlo, es urgente. Recuerde que yo se lo avisé.

Se fue sin más comentarios. En la mano transpirada de Horacio

Lamas quedó, humedeciéndose, el teléfono de Alejandro Bravo.

El director no entendió, pero sospechó.

—Gracias, Lamas, estuvo muy bien en decírmelo, deje pasar una hora y vuelva a comunicarse con Bermúdez.

—Sí, señor.

—No, mejor, ¿hay algún bar que esté abierto cerca del edificio?

—Justo enfrente.

—Asegúrese que Bermúdez lo vea entrar y espere allí hasta que él se comunique.

—Sí, señor.

Una vez que hubo cortado, el confundido Lamas se encaminó al bar sabiendo únicamente que no entendía nada. El director, mientras tanto, se sirvió una bebida gaseosa y realizó otra llamada.

—Con el ministro, por favor.

—¿De parte de quién?

—Alejandro Bravo.

—Aguarde un momento.

Minutos después una voz áspera pero amable apareció del otro lado de la línea.

—¿Qué tal, Bravo?

—Señor ministro…

—Sé por qué me llama, estaba a punto de comunicarme con usted.

—¿Tan grave es?

—Me temo que sí.

—Pero tenía la promesa del presidente…

—Bravo, Alejandro, cálmese —hubo una breve pausa como de quien busca la palabra indicada—. El presidente le dijo que no iba a violar la libertad de prensa, pero en un departamento de Palermo hay cuatro cuerpos, ¿qué supone usted que tiene que hacer el gobierno?

—Nada, no espero que haga nada en especial. Es un caso policial.

—¿Entonces dejamos que todos se enteren que se suicidaron siguiendo los sermones de ese loco?

—Supongo. Nosotros no tenemos nada que ver, me parece que nos confunde.

—No. No los confundo, pero la gente lo hará. ¡Y sus colegas!, queda a merced de las fieras, Alejandro.

Otro silencio largo y cargado.

—¿Entonces? —preguntó el director visiblemente tocado por la lógica del ministro.

—Eso lo decide usted, amigo. Yo lo iba a llamar para informarle, no creo que ahora podamos impedir la clausura del semanario y alguna decisión similar sobre el programa. Claro que podría adelantarse y salvar la ropa. ¿Entiende, Bravo?

—Entiendo perfectamente ministro. Lo voy a pensar.

—No tiene mucho tiempo.

—Señor…

—No lo presiono Bravo, solo le digo la realidad. Usted sabe de su negocio, yo del mío. El secretario de Información lo estaba esperando, estaba esperando que pasara algo así, y no me diga que está en mi esfera.

—¿Y el presidente?

—Él hace lo que puede, además, el secretario no le responde a él sino al partido. Así están las cosas, siga mi consejo.

—Lo voy a pensar, ministro.

—Sí, piénselo.

Los dos hombres se despidieron, secamente, habían medido sus fuerzas. Fue entonces que Bravo llamó a Trillo para comunicarle que todo había terminado.

—Alejandro, puedo sacar el periódico con otro nombre.

—Usted puede, yo no.

—¿Pero el ministro no puede parar al secretario Laferrere?

—No quiere Trillo, hasta hoy pensé que estaba de nuestro lado, ¡pero el muy hijo de puta no me llamó! Si Bermúdez no me avisa esto termina con mi canal. Haga lo que quiera Carlos, yo mañana levanto el programa.

Un respiro, las mentes pensaban.

—Lo lamento —dijo Bravo, y colgó sin mediar saludo.

Trillo se mordió los labios, dejó el tubo del teléfono y salió al balcón. Dejó que su alma girase alocadamente alrededor y de espaldas a un centro misterioso. Al final, exasperado por el recuerdo crítico de su ex profesor y socio, llamó a Prats; lo atendió un contestador, además el otro teléfono de su antiguo protegido estaba desconectado. Lo habían dejado solo.

* * *

A las ocho de la mañana Canal 6 hacía público el siguiente comunicado:

“Esta Dirección General ha consultado a distintas personalidades —políticas, religiosas, docentes y científicas— sobre los últimos hechos de conocimiento público. Evaluadas todas las opiniones, ha llegado a la conclusión que, en las actuales circunstancias, el perfil del programa *La Voz del Más Allá* que emite nuestro canal —y del cual no hemos sido responsables— no colabora a la superación de ciertos conflictos socio-culturales que han hecho eclosión últimamente en la sociedad argentina. Por ello, esta Dirección General ha decidido levantar de su programación dicho programa.”

Firmaba Fernando Bravo, director general, y Amanda Pérez Ríos, directora artística.

* * *

DECLARACIÓN DEL SEÑOR
MANUEL MOLINAS

—Su nombre, por favor.

—Manuel Molinas.

—Señor Molinas, durante los sucesos que nos ocupan usted estaba vinculado a una publicación extranjera, ¿verdad?

—Efectivamente, el New York Times.

—Más concretamente era corresponsal.

—Sí. Mandaba despachos semanalmente sobre lo que ocurría en el país.

—¿Cuál fue su impresión en el momento en que se descubre, en un departamento de Buenos Aires, los cuatro cadáveres? Se especulaba con suicidios cometidos siguiendo las ideas del pastor Félix Moreno.

—Yo supuse que era solo un rumor.

—¿Solo un rumor?

—Sí. Yo había regresado de New York el día anterior, había estado un mes afuera y no tenía noticias sobre ese pastor. Así que me pareció que era un rumor de mal gusto. Recuerdo que le dije a mi mujer algo así como: “Mirá que estupidez”. Sara, desencajada, me contestó que no era ninguna estupidez. “¿No creerás lo que dicen?”, le pregunté extrañado. “Es mucho más de lo que dicen Manuel, mucho más. A mí me da un miedo terrible.” Esa fue mi primera sorpresa. Como usted probablemente sepa, ella dedicó toda su vida a investigaciones antropológicas, tenía la mente y el entrenamiento necesarios para no caer en confusiones. Por el contrario, era poseedora de una lógica precisa, rigurosamente científica.

—Lo sabemos.

—Salí rumbo al centro. Dígame, ¿qué camino me aconseja recorrer saliendo de mi casa, que en aquella época estaba ubicada en Núñez a dos cuadras de la avenida Libertador?

—Supongo que por el bajo.

—¿Siempre derecho?

—Sí.

—Nunca supe por qué a la altura del Monumento de los Españoles giré hacia la derecha y me interné en Plaza Italia. Yo iba pensando en los cuatro cuerpos, en un pastor que, mientras yo estaba en los Estados Unidos, había proclamado la bondad de la muerte. Estaba preguntándome por qué mi esposa se había asustado tanto cuando, delante de mí, un oficial de policía me exigió que doblara porque la calle estaba cerrada. Sin darme cuenta saqué mi credencial y dije fuerte: New York Times. *El policía golpeó con fuerza el capot de mi auto, mientras otros venían en su ayuda. Por alguna misteriosa razón llegué a aquella dirección de la calle Guatemala que había escuchado en la radio. Entonces me asusté yo también.*

—¿Por qué, Molinas?

—Aquello era un ejército de policías, había más de cien. Había un despliegue descomunal. Me fui para la oficina sintiendo que algo me oprimía. Revaloré la idea, quiero decir, volví la mirada hacia el pastor, a lo poco que yo sabía de él, ya no con ligereza, como lo había hecho antes, sino con el alma oprimida. En mi oficina me enteré lo de una muerte buena y dulce y deseable. Me transpiraban las manos, me desajusté el nudo de la corbata. Bajé a caminar. Algo oscuro oprimía mi corazón; me acuerdo como si fuera hoy, mi mente trajo los cuentos de Lovecraft, una novela de Gore Vidal y los poemas de Giuseppe Palmieri.

"Estaba en la avenida Santa Fe a la altura de Riobamba y caminé hacia el bajo. Tenía oscuras imágenes en el alma. Todavía hoy, tantos años después, esas imágenes permanecen imborrables. Pensé en mi madre, en su muerte sórdida, indigna, más por lo que la ciencia hizo por impedirla que por el cáncer que la causaba. Estaba en semejantes cavilaciones cuando di de nariz con otro policía que, también él, me impedía el paso. A cinco metros yacía el cuerpo de una mujer, había sangre en el pavimento. Una voz a mi lado dijo: 'Yo la vi, se tiró a las ruedas, se tiró abajo del ómnibus'. Giré la cabeza, vi el rostro de un hombre que me miraba boquiabierto. 'Gritó mi pobre Anabel o algo así y se tiró'.

"Ahí me di cuenta. En el piso, por todas partes, estaban aquellos volantes con el título 'La amada muerte'. La gente los tomaba y los leía sin saber cómo reaccionar. Yo también tomé uno, tampoco supe.

"A cinco metros de mí estaba el quinto cuerpo. Ahora yo no podía

dudar. Era verdad.”

(Fin de la primera parte de la declaración)

* * *

La mujer se llamaba Rosario Aguilera. Era aquella madre sin sosiego que perdió a su hija en un accidente del que siempre se sintió culpable. Se había aislado del mundo hasta el día en que vio por la pantalla de su televisor el primer programa de *La Voz del Más Allá*. Entonces sus ojos se asomaron a los ojos de la madre alcohólica de Dieguito, y gritaron juntas el dolor, desesperadas y sin consuelo.

Durante los próximos meses Rosario no se perdería ninguna de las emisiones del programa. Una tarde una mano anónima deslizó debajo de su puerta un papel. Rosario trabajaba, la espalda curva sobre la máquina de coser. Giró la cabeza y vio la hoja anaranjada. Leyó:

> Hija o hijo ven ya mismo. Te esperamos en las reuniones de los lunes, jueves y sábados en nuestro Templo de la Esperanza. Te esperamos para que sepas que la Muerte es Reencuentro y Dios Amor.

Seguía una dirección cercana a su casa. En ese templo, un tinglado abandonado, Rosario tuvo conocimiento de la idea pergeñada por el pastor rosarino, de la que aún los medios periodísticos no se habían hecho eco.

Su marido tardó en notar la índole del cambio. Primero creyó que por fin su esposa mejoraba de aquel eterno encierro del alma. La vio más activa y hasta la sonrisa volvió a dibujarse en su rostro. Incluso, cierta noche aceptó su reclamo amoroso. No fue nada bueno, tuvo la oscura sensación que era una despedida. Hombre simple y laborioso, imaginó la presencia de un rival agazapado durante sus ausencias. Pero no. Rosario tenía el alma encantada y ahora imaginaba el reencuentro con su pequeña Anabel. Cada vez que recordaba sus bracitos, los ojos oscuros y los labios rosados, esa fragilidad que ella siempre supo calmar, se emocionaba. En presencia del marido, Rosario censuraba sus lágrimas felices y, cuando no era posible, se retiraba con alguna excusa.

Esa alma doliente, transida y culpable, fue feliz mientras avanzaba hacia las ruedas. Su marido logró entender solo cuando en

un cajón del aparador encontró aquel volante naranja, que habla de una fe impenetrable y ajena.

* * *

DECLARACIÓN DEL DOCTOR ARMANDO GODOY

—¿Su nombre es Armando Godoy, verdad?

—Sí.

—¿Su profesión, abogado?

—Sí.

—Ha escrito usted un libro que trata sobre los acontecimientos que nos interesan. Según sus convicciones, ¿cuáles fueron las razones de los suicidios de mediados de julio?

—No entiendo.

—Le pregunto sobre las razones, las causas de esas muertes.

—¿…?

—¿Qué es lo que no entiende, doctor?

—Que me pregunte sobre las razones. Todos lo saben: hubo una moda —podríamos decir— de lo necrológico, a partir de la edición del semanario El Angelito. *Creó un estado de ánimo particular que aprovechó ese pastor loco.*

—¿Félix Moreno?

—Ese, efectivamente.

—Dice "lo aprovechó", piensa en ¿qué tipo de provecho?

—No descarto un provecho personal, material quiero decir; pero hago hincapié en el aprovechamiento ideológico. Aunque no sé si pueda decirse así, el tal Félix Moreno no tenía ideología, era un loco de remate.

—¿Por qué lo dice?

—¿Cómo por qué lo digo? Qué otra cosa puede ser un hombre que llama a sus semejantes a matarse.

—Disculpe que lo interrumpa. Me interesa determinar si era a matarse o a dejarse morir. ¿Encontró datos concluyentes de que Félix Moreno llamó a la gente a matarse?

—Mire, señor, claro que los encontré, pero de cualquier manera no me interesó y tampoco me interesa ahora. Por lo que a mí respecta era un loco de atar, que fructificó en un momento de locura.

—Bien, bien. Tranquilícese. ¿Quiere decir que más que moda necrológica fue un "momento de locura"?

—No sé adónde quiere llegar.

—Le estoy preguntando si…

—Yo no sé, ni le voy a responder.

—Debo preguntarle entonces si la realización de su libro fue por encargo de otras personas.

—Sí, lo fue. Por encargo de la Universidad de Buenos Aires.

—Entiendo. ¿Apareció en octubre?

—Sí.

—A dos meses escasos de los acontecimientos. ¿Estima que ese lapso tan breve le impidió el acopio de pruebas suficientes, o un análisis más exhaustivo, doctor Godoy?

—No creí que hubiese mucho que analizar, todo era muy claro. Ahora con permiso.

(El doctor Godoy dio por concluida la entrevista)

* * *

El suceso que observó el corresponsal del *New York Times*, Manuel Molinas, en los lindes del centro capitalino no fue anoticiado en sus verdaderas características por ningún medio de comunicación. Hay veces que el periodista más avezado pierde toda capacidad de análisis, incluso el poder de una observación serena. Esto le ocurrió a Molinas, como él mismo no ha dudado en declararlo.

* * *

SEGUNDA PARTE DE LA DECLARACIÓN DEL SEÑOR MANUEL MOLINAS

—No sé cuánto tiempo estuve parado allí mirando. El policía me empujó hasta que me puso a mí y a otras diez personas contra la pared. Recordé lo que me había dicho mi mujer, a ella le daba un miedo terrible. Llegaron dos patrulleros, y minutos después aparecieron por la Avenida Callao otros dos autos sin identificación, doblaron por Santa Fe de contramano y a gran velocidad. Bajaron cuatro hombres de cada uno, dos de los cuales fueron a hablar con el policía al mando. Los otros comenzaron a recoger los volantes del piso, mientras exigían lo propio de los sorprendidos policías.

—¿Eso le llamó la atención?

—No en un primer momento. Recuerdo que sucedían al mismo

tiempo dos cosas extravagantes. Por un lado, se suscitó un confuso forcejeo entre el oficial de policía al mando, auxiliado por quien parecía ser su ayudante, y los dos hombres que habían ido a hablar con él. Los desconocidos sacaron sus armas y amenazaron al oficial al tiempo que le ponían por la fuerza en la oreja un teléfono y le exigían mantener una comunicación.

"Por otro lado, el resto de esos hombres, más algunos policías, arrebataban los volantes que hubieran quedado en poder de ocasionales transeúntes. Lo hacían a los golpes, incluso a culatazos de sus armas automáticas.

"Dicen, yo no recuerdo haberlo visto, que de uno de los dos autos no identificados salió un nuevo hombre, también de civil, pero no trajeado, sino en bluyín, zapatillas y campera. Comenzó a tirar al aire volantes de propaganda de una casa de artículos para el hogar, muy conocida de la zona, y de una sastrería tradicional que estaba por lo menos a treinta cuadras del lugar. Se llenó la calle de papeles.

"Llegó al lugar, también de contramano, una ambulancia. Los enfermeros y el médico bajaron rápidamente para ir al encuentro del cadáver. En ese momento sonó un disparo y cayó al piso el cuerpo del oficial de policía. Hubo una gran confusión, algo increíble que hasta allí yo nunca había visto. Los agentes de civil levantaban los brazos, gritaban que había sido un accidente. Por los menos tres policías ya habían sacado sus armas reglamentarias al ver a su jefe sangrando. Uno, incluso, llegó a amenazar por la espalda a un agente de civil, pero fue convencido de desistir por el que debía ser el subjefe del bando uniformado."

—¿Usted afirma que hubo un herido y que este era un policía?

—No tengo la más mínima duda, estoy seguro de haber visto lo que estoy contando. Quizá tuviera dudas si solo fuese mi memoria, pero no es así. En ese momento la gente se dispersó, yo me fui con un par de muchachos hacia Libertador comentando lo ocurrido. A dos cuadras, y no más de tres minutos de los hechos, mi mano palpó distraídamente el grabador en el bolsillo de mi saco y renació mi instinto de periodista.

—¿Quiere decir que hay una grabación de otros testimonios que confirman el suyo?

—Efectivamente, la tiene a su disposición.

—¿Qué más recuerda?

—Llegué a la oficina temblando y me puse a escribir el despacho que mandaría tres horas después a Nueva York.

—¿Le consta que llegó?

—Absolutamente.

—*Gracias.*

(Fin de la declaración)

* * *

Aquellas palabras, seguramente influidas por la emoción, que el corresponsal mandó desde Buenos Aires, nunca fueron encontradas. Debo inclinarme a creer que fueron recibidas, que el corresponsal obtuvo el correspondiente okey, pero el famoso periódico neoyorquino no las publicó. Un incendio producido cuatro años más tarde, se llevó esas palabras junto con más de cien mil cables y notas de aquella época.

Además, lamentablemente, la grabación tampoco llegó a nuestro poder, aunque sí al de los investigadores oficiales. Efectivamente, Manuel Molinas entregó a su entrevistador la cinta a la que yo, Ramón Carpintero, no tuve acceso. Sospecho que estaba en poder del profesor Paseck el día del accidente.

13

El 17 de agosto del 2010, Ramón Carpintero concede una entrevista a la periodista Melanie Thompson de la televisión británica. Allí señala la veracidad de su historia y cuenta la manera en que desapareció Paseck, pero rehúsa contestar acerca de si la muerte del profesor pudo o no ser accidental.

Por la noche tiene una larga conversación con su hija, después de la cual no volverá a aparecer públicamente. Los motivos y la índole de esta desaparición permanecen ocultos.

A la mañana siguiente solo dos matutinos informaron sobre los cuatro cadáveres de la calle Guatemala y lo hicieron con el modo potencial de nuestro idioma. Una "especie", eufemismo que en el argot periodístico quiere significar rumor, y un "habría" que reemplazaba al modo afirmativo, dejando dudas sobre si tal hecho hubiera sucedido.

Pero más significativo fue que no había referencias sobre lo más evidente y ciertamente comprobable, el desusado despliegue policial y la cantidad de civiles armados yendo y viniendo por la calle Guatemala, con móviles propios e independencia y poder sobre la labor policial. Ninguno de los canales de televisión, ninguna emisora radial, ningún sediento periodista, ni joven comunicador con futuro informó lo acontecido. Sobre el quinto cuerpo se indicó escuetamente que fue un accidente de tránsito. Nada se habló de los volantes de "la amada muerte". Sin embargo, estos hechos ocurrieron fuera de toda duda, incluida la herida del comisario Jerónimo Andrade, llevado de urgencia al hospital Churruca, por un disparo de bala con orificio de entrada y salida en el muslo izquierdo.

* * *

DECLARACIÓN DEL COMISARIO
JERÓNIMO ANDRADE

—¿Su nombre es Jerónimo Andrade?

—Sí.

—Fue usted comisario por lo menos de dos seccionales, ¿no es así?

—Sí señor.

—¿Desde 1974 hasta 1976 estuvo a cargo de la seccional 17?

—Hasta febrero del 77.

—Pero desde mediados de julio estuvo de licencia. ¿Cuál fue la razón?

—Mi salud.

—Más precisamente, ¿qué le aquejaba?

—Una deficiencia renal.

—¿Nada más?

—Nada más, señor.

—¿Recuerda usted el accidente en la Avenida Santa Fe, a la altura de Riobamba, el 15 de julio de ese año?

—No, ha pasado mucho tiempo.

—Sin duda. Pero el que yo le digo, difícilmente podría olvidarlo, comisario.

—No recuerdo nada.

—¿Supongo que a su memoria tampoco viene un enfrentamiento entre personal de su comisaría y agentes del Servicio de Inteligencia del Estado?

—No.

—¿Fue herido alguna vez?

—Varias veces.

—¿Ese día?

—No.

—¿Tuvo una herida en la pierna izquierda?

—Sí, un año antes.

—¿Fue llevado al Hospital Churruca?

—No.

—Señor comisario, ¿sabe lo que es esto?

—No.

—Son fotocopias de las actas de entrada al hospital. Usted fue internado el 15 de julio con una herida de bala en el muslo izquierdo.

—No recuerdo.

—Debería hacerlo, perdió mucha sangre.

—Fui herido dos veces en mi pierna izquierda, pero no recuerdo esa oportunidad.

—Comisario Andrade, como usted sabe, este interrogatorio corresponde a una investigación oficial sobre los sucesos ocurridos en esa época. No es una investigación judicial, no está bajo juramento, pero prestaría un gran servicio al Estado y a la ciencia histórica si nos refiriese con verdad lo que a usted le consta.

—Entiendo, pero creo no poder ayudarle.

—Es evidente que usted miente.

—No puedo ayudarle.

—Bien, una pregunta más, comisario. ¿Cuál fue la razón de su jubilación tan temprana?, tenemos entendido que luego de su herida o de su afección renal, no volvió a la actividad.

—La afección renal es crónica y no estuve apto para el servicio.

—Gracias.

(Fin de la declaración)

* * *

La mañana del 16 de julio era fresca. En la residencia presidencial, un suave viento golpeaba los árboles añosos, dormidos hasta el anunciado resurgimiento de la primavera. El presidente desayunaba leyendo los matutinos, eran las siete y cuarto.

—Señor, tiene una comunicación.

—¡A esta hora!

—¡Dura la vida del presidente!

La última réplica pertenecía a su secretario. Hacía tantísimos años que lo conocía, desde la infancia en el pequeño pueblo donde ambos habían nacido, sin teléfonos inalámbricos ni protocolos, donde el hijo de un laborioso estanciero jugaba a diario con el vástago de un empleado ferroviario. Después se separaron, taller para uno, secundario y universidad para el otro. Hasta que volvieron a encontrarse en los tiempos en que mueren los últimos vestigios de la tardía adolescencia a manos de una juventud llena de ambiciones. Fue en un mitin, ambos se sorprendieron militando en el mismo partido. El secretario todavía recordaba el abrazo emocionado y la promesa raramente cumplida del hoy presidente de un trabajo político común. Ya se había olvidado de esa oferta, al fin de cuentas los compromisos nacidos de la emoción pueden olvidarse, o posponerse indefinidamente. Pero no, una tarde

calurosa se apareció el joven doctor en leyes y promisorio caudillo en la puerta de su casa. Le preguntó si no había bajo ese techo un mate para calmar su sed. Primero fue la intendencia, después la diputación provincial, la banca de diputado, la senaduría y por fin la presidencia. Un largo camino suspendido por golpes de Estado, en los que ambos padecieron breves períodos de cárcel. La amistad se había mantenido porque uno fue leal, reelaborando una relación distinta de aquella de los primeros años, y porque el otro fue memorioso, agradecido y prudente.

—Es el ministro —le extendió el aparato.

—¿Sí?

—Señor, lo molesto porque pasó algo que usted debe saber.

La voz sonaba alarmada, solo un enorme esfuerzo de la razón le impedía estar fuera de sí. El presidente escuchó.

—Hubo otras tres muertes en la Capital y me están por confirmar un hecho parecido en Rosario.

—Mierda.

—Solo quería que lo sepa.

—Sí, gracias.

—Yo lo llamo si hay otra novedad. Ahora voy a mis oficinas para centralizar toda la información.

Colgaron, de ambos lados con sugestiva nerviosidad. El presidente prefirió buscar confirmaciones con su secretario.

—Ramiro.

—¿Sí?

—¿Te suena el nombre Félix Moreno?

—El pastor.

La contestación fue inesperada. Al presidente le sonó a catástrofe y el estupor se dibujó en su rostro.

—¿Lo conocés?

—Sí.

—¿Y qué opinás?

—Un fanático.

—¡Un loco!

—Yo diría un fanático. Alguien que lleva las cosas hasta el límite.

—Y bueno, ¡un loco!

—No, un loco —el secretario trató de ordenar las ideas mientras hablaba— es alguien que no ve, o que ve lo que no hay. Él ve, pero no deja de mirar.

El presidente escuchaba atentamente a su amigo.

—¿Que no deja de mirar?

—Sí, alguien que mira aun cuando todos giramos la cabeza, alguien que no sabe que es imposible vivir mirando la muerte.

El presidente sintió un miedo inexplicable.

—¿Y cómo lo conocés?

—Allá es bastante popular.

—¿Dónde?

—En el pueblo.

—…

—Me dijeron mis hermanos que hay como un representante, hacen reuniones y misas en la Plaza Sarmiento.

—¿Misas?

—¿No te dijo Rosa?

Rosa era una de las tres hermanas del presidente. Tuvo necesidad de averiguar si ella tenía algo que ver, pero no se atrevió. Cerró los ojos, las manos apretaron su frente. Recordó a la niña frágil y tierna. Se estremeció. Sonaron las campanadas de las siete y media.

—¡Por Dios!

El presidente se levantó algo tembloroso y fue hacia el espejo a arreglar su corbata. Su mujer bajaba las escaleras, se entregaron un breve beso matinal.

—Clara.

—¿Sí?

—Llamala a Rosa, averiguá cómo está.

—Lo haré, no te preocupes.

Ya salía cuando se dio vuelta y preguntó.

—Clara.

—¿Sí, querido?

—Estás bien, ¿no?

* * *

A las doce del mediodía el ministro le informa al presidente de nuevas muertes, presumiblemente suicidios. Tres ocurridas en los suburbios de Buenos Aires, cinco en la ciudad de Rosario y dos en una localidad de las sierras de Córdoba.

A las trece el presidente recibe la información secreta de cuatro recientes muertes en Entre Ríos y dos más en la Capital.

A las catorce hay una llamada del nuncio apostólico que le pide una audiencia urgente.

A las quince una radio con estudios en la ciudad de Colonia, Uruguay, filtra la información de "supuestas muertes dudosas en Buenos Aires".

A las dieciséis, el ministro de Interior, le informa que el jefe de policía acababa de renunciar.

A las diecisiete, cita al gabinete para esa misma noche.

A las dieciocho, llama a su despacho al ministro de Interior, al jefe del Servicio de Inteligencia y al diputado Sánchez Valencia, y suspende la reunión de gabinete.

A las diecinueve, recibe al nuncio.

A las veinte se produce en la residencia presidencial la reunión con el ministro político, el jefe de la inteligencia y el influyente diputado. No hubo constancia de lo dicho por los cuatro hombres, ninguno de ellos jamás lo ha divulgado.

* * *

Es posible que se hayan producido muertes de las que no se tuvo noticias, es también probable que algunas no tuvieran que ver con esta historia y hayan sido incluidas por error. Aun así, corriendo ciertos riesgos, no parece equivocado decir que en ese segundo día negro se produjeron en el país dieciocho suicidios anónimos en cinco provincias diferentes.

A las diecisiete la radio uruguaya amplía la información. Define que fueron cuatro las muertes producidas en el departamento de la calle Guatemala y que, por alguna razón, se hicieron cargo del procedimiento agentes de inteligencia. Una hora y treinta minutos después agrega que en ese domicilio se encontraron papeles subversivos y que dos emisoras porteñas informaban, sin citar fuentes, de una secta desconocida que tendría relación con los hechos.

A las veinte y cuarenta el vocero presidencial, acosado por los periodistas, dice que todo es una mentira "fruto de una mente delirante". Pero a las veintiuna, la ola de rumores es tan grande, que gestiona una reunión con los responsables de los medios más importantes. Esta se concreta apenas pasadas las veintitrés en un salón de la casa de gobierno. Allí les dice que las empresas periodísticas deben "tomar la información de manera prudente y con responsabilidad".

—Responsabilidad tenemos, lo que no tenemos es información.

—No hay nada que decir.

—Señor —dijo Matías García Ibarra, aquel respetado periodista que había pedido a gritos que callasen a la bestia—, ¿usted nos hizo venir para decirnos que no pasa nada?

—Los hice venir, para pedirles prudencia y responsabilidad.

—¡Díganos la verdad! —interrumpió a los gritos, enfurecido, el gerente del noticiero de Canal 11.

El vocero presidencial no pudo ampliar la información. Alejandro Bravo no participó de la reunión, ni tampoco lo hizo responsable alguno de Canal 6.

* * *

En la mañana del día 17 la telaraña se urde de manera que ya no habrá retroceso. Manos anónimas informan a agencias y medios sobre nuevas muertes, hablan del pastor Félix Moreno y de su llamado a respetar los designios divinos no prolongando artificialmente la vida. Más aun, deseándola, como acto de amor y liberación.

Toma estado público la clausura que, cuarenta y ocho horas antes, se había producido sobre *El Angelito* y algunos medios, atrevidamente, se apresuran a decir que sus responsables se hallaban prófugos, lo que era una falsedad. Se producen dos tipos de reacciones. Por un lado, los partidos políticos, las iglesias reconocidas, el nuncio apostólico y algunas personalidades del quehacer cultural, cruzan fuego de gran calibre con el gobierno. Por otro la gente común que, anonadada, siente que algo pasa; una intuición indefinible, un terremoto subterráneo. Cantidad de almas abandonan sus trabajos y corren presurosas a sus casas, abrazan a sus hijos, cierran las puertas y encienden los televisores. Otras salen de sus hogares rumbo a los templos, oran, lloran, piden. Las hay que reconocen dentro un viejo terror, que buscan el nuevo verbo y a la persona con nombre y sin rostro que lo revela. Van de un lado para otro, son cientos, son miles y están heridos.

Ese día 17 el país delira un sueño imposible.

* * *

DECLARACIÓN DE LA DOCTORA ANALÍA BROWN

—Su nombre, por favor.

—Analía Brown.

—Entre algunas otras cosas es usted historiadora y antropóloga.

—Así es.

—Señorita Brown, sabemos que ha estudiado en profundidad aquellos días trágicos de julio y los conoce en sus más íntimos detalles. ¿Qué idea nos puede aportar para entenderlos?

—Para entenderlos, casi nada.

—¿Está segura? Esta investigación se nutre de muchas cosas, aun de pequeños detalles.

—Entonces quizá le sirvan unas cuantas preguntas.

—¿Preguntas?

—Sí, unas cuantas preguntas que acaso alguien pueda responder.

—Sí. Creo que eso también nos sirve. Las preguntas pueden ser buenos ladrillos para construir nuestro edificio. Adelante.

—Le voy a decir por qué no puedo explicar lo sucedido. A principios del siglo XX, Lenin, el caudillo de la Revolución Rusa, decía que una sociedad es tan compleja que podemos leer en ella tantos datos como para comprobar cualquier teoría. Cualquier teoría, ¿raro, verdad? Raro dicho en boca de un marxista.

—Ciertamente.

—Bien, tenía razón. Yo estudié lo que pasó y lo que pudo haber pasado; descubrí cosas que no fueron y otras que se negaban que sí ocurrieron. Con toda esta cantidad de datos pude elaborar una, dos, tres explicaciones verosímiles.

—Entiendo.

—Así que terminamos sin saber, como al comienzo, solo que algo más confundidos.

—Eso también nos sirve.

—¿Qué cosa?

—La confusión.

—Entonces le diré algo. Se ha dicho que el llamado imperioso del pastor Félix Moreno, más el clima creado por meses de "moda necrológica", como la llamó Godoy, hizo que más y más personas enloquecieran.

—Sí. Esa fue la primera versión oficial de la Universidad.

—Pavadas.

—¿Por qué?

—Dejemos el tema del enloquecimiento, no soy yo quien deba

esclarecerlo.

—¿No es locura el suicidio?

—Entonces en lo individual sería locura ir a la guerra, el sano debería desertar; pero no es así. Podría ser en todo caso reprochable, podríamos oponernos éticamente, pero no es locura.

"Según Godoy y sus cómodos seguidores, la gente se "contagió". Fue algo así como un efecto dominó que se produjo cuando Moreno llamó a la gente a matarse. A matarse. Entre paréntesis: hasta ese momento, Moreno no había hablado de matarse, sino de no prolongar la vida con medicina, lo que para él significaba artificialmente. ¿Me sigue?"

—Sí, adelante.

—Es mentira; aunque hubiera llamado a matarse, igual es mentira.

—¿Mentira?

—En efecto. Aunque hay una parte de verdad. Porque eso podría aplicarse a las muertes que ocurrieron a partir del día 17, pero de ninguna manera a las anteriores.

—¿…?

—¿No se da cuenta? Nadie se había enterado del mensaje de matarse porque aún no lo había dicho.

—¿Usted dice que los cinco cuerpos del día 15 y los dieciocho del día siguiente…?

—Todavía no lo había dicho, así que sencillamente no es cierto: es una mentira. Lo es por lo menos hasta la noche del día 16, en que el pastor habría dicho "unámonos a Él, unámonos a Él ya. Arranquémonos la vida".

—¿Habría dicho?

—Porque no lo dijo.

—¿Está segura de eso?

—He encontrado casi una docena de testigos y algunas pruebas secundarias que corroboran que el pastor fue muerto el día 14.

—¿El 14…?

—Asesinado.

—¿Asesinado?

—Y de una manera poco mística: una ráfaga de ametralladora.

—¿Una ráfaga de ametralladora?

—Cuarenta y dos impactos de proyectiles de calibre 5.56, los mismo que usaba la FN Minimi. Sigamos. El día 16 existe verdaderamente ese "llamado", pero estoy convencida que fue una falsificación de su voz. Recuerde que fue un mensaje radiofónico, que no lo hizo en su carpa. Detengámonos en esto. La carpa era el único lugar donde hasta ese momento había hablado. Ahora, que estaba por hacer un cambio

esencial en su mensaje, de llamar a no prolongar la vida con medicinas a matarse, por qué ahora, precisamente, lo haría por radio. Es completamente ilógico. La radio era un medio que le impedía la puesta en escena que necesitaba. Por qué por radio y no en la carpa donde tanto éxito había tenido.

—Interesante.

—Pero eso no es todo. Los canales de televisión y las radios dieron noticias generales y difusas de Moreno. Su voz, la de ese llamado a la muerte colectiva, nunca fue reproducida hasta mucho después. Dos años después, para ser exactos, el 25 de junio de 1978. Se adujo que el gobierno lo impidió para frenar los suicidios, un intento ciertamente legítimo. Pero con el mismo motivo hubiera impuesto una censura total. Así como se clausuró El Angelito *y se levantó* La Voz del Más Allá. *Pero no fue así. Los medios no se privaron de hablar de las muertes luego de que se conocieran por la radio uruguaya. Más aun, hicieron hincapié en la forma gozosa en la que personas que no se conocían, de distintos lugares y clases sociales se habían quitado la vida.*

"Ahora bien, debemos preguntarnos ¿quién o quiénes mataron a Moreno?

—Suponiendo que no se suicidó.

—Nadie se suicida con una ráfaga de ametralladora.

—Es verdad, no me haga caso, es que no sabíamos…

—¿Quiénes lo mataron? Pudo ser el gobierno, la Iglesia, algún servicio por cuenta propia, los militares, un grupo civil autónomo, otras sectas.

—Todas las hipótesis son verosímiles, pero no todas pueden ser verdaderas.

—Así es. Por otro lado, debemos suponer que quienes lo mataron fueron los mismos que urdieron el mensaje falso por radio, el que llamaba a la gente a matarse.

—Es lo lógico.

—Ahora escúcheme, la clave está en entender los primeros suicidios. Si en Buenos Aires, por ejemplo, no sabían del llamado, ¿cómo entendemos las muertes producidas en la calle Guatemala, la que se produjo en Santa Fe y Riobamba y las del día siguiente? Puede suponerse, como algunos han pensado, en un contacto que aún no hemos descubierto, como una red subversiva del pastor.

—También podría decirse que fueron muertes originadas por causas que nada tenían que ver con el pastor. Esa fue la primera versión oficial.

—Muertes sin conexión… acaso alguna sí, pero no todas. Yo no sabía bien lo que estaba investigando cuando me enteré de la hipótesis

del doctor Friedrich Schultz, hipótesis más que probable y ciertamente aterradora.

—El doctor está citado.

—Él les explicará. Como verá usted, no tengo conclusiones propias.

—Gracias.

(Fin de la declaración)

Nota: La FN Minimi (abreviación de Mini-mitrailleuse, “mini ametralladora” en francés) es una ametralladora ligera de origen belga, desarrollada por la Fabrique Nationale (FN) de Herstal. Durante los años 70 fue adquirida por fuerzas armadas de varios países.

14

El 25 de agosto del 2010 Iris, la hija de Ramón Carpintero, sale del país y ya no ha de volver; se supone que fue al encuentro de su padre. Solo tenemos constancia de una breve y cálida comunicación previa con Daniel Rodríguez Mujica y de un pedido telefónico final, mientras un mudo y compartido llanto llegaba a sus gargantas.

—Daniel, recuerde que ya no es necesario guardarlo.

—Sí, lo sé.

—Destrúyalo.

—Lo haré.

—Hasta la vista, Daniel.

—Hasta siempre, hija.

—¡Cuídese!

—…

—¡Por favor!

Algunas veces, pocas veces, las personas adquieren una visión cristalina de sus actos. Son momentos de lucidez en que los engranajes funcionan sin roces ni movimientos inconvenientes, en que la razón no niega sensaciones ni deseos. Raros relámpagos de armonía en que se ubican por arriba de ellas mismas y logran contemplarse sin necesidad de torcer los hechos a propia conveniencia. Libres del juicio ajeno, aparentan solo lo que son. Divinos instantes en que bien balancean el éxito y la derrota. Momentos terribles en los que son esclavas de su propio juicio. En los que la verdad lacera, porque para ser verdad debe ser cruel, si no es otra cosa.

El profesor Layo sostenía la foto con la punta de los dedos blancos. Sus ojos acuosos e inmóviles habían dejado de mirar, su mente peregrinaba en un intrincado laberinto interno. Estaba quieto, sereno. Sumaba y restaba conceptos, juicios urdidos hacía

tiempo; algunos ya tenían años almacenados en los anaqueles de su ágil cerebro. Revisaba prolijamente buscando el error, como el contador al cual el balance no le dio cero. Las cosas no habían salido de la manera soñada.

Dejó la foto sobre la mesa, levantó su cuerpo delgado. Tenía un sabor amargo, intensamente metálico en la boca, los pulmones le ardían a causa del tabaco y sus manos estaban ligeramente humedecidas. Mojó sus labios, apretó fuertemente los párpados buscando un punto de apoyo dentro de él y levantó el tubo del teléfono.

* * *

Trillo estaba completamente desnudo, rodeado de la más absoluta oscuridad. La fina imaginación de Brahms salía a veces dulce, a veces violenta, por los robustos parlantes. Caminó por el pasillo mientras una luz perfecta entraba victoriosa por las ventanas. Lo hacía de abajo hacia arriba, provenía de los faroles de alumbrado de la calle, era tenue y azulada.

Permaneció en silencio. Apenas unos pocos ruidos demostraban que afuera la gente aún vivía. Veintisiete pisos abajo, sin embargo, nadie caminaba. Era la hora en que los cuerpos descansan y las almas navegan entre sueños ignominiosos e inconfesados. Abrió la puerta de la heladera y se encendió la única luz en esa casa.

Hacía frío, tenía frío. No pensó en abrigarse, se preguntó para qué había abierto la heladera. Ya no recordaba.

Fue hasta la mitad del living, se tiró sobre el piso alfombrado con los brazos cerca del cuerpo, las palmas de las manos hacia arriba y los ojos cerrados sabiendo que, de abrirlos, no vería otra cosa que el cielo raso blanco, surcado por las rayas de luz y oscuridad que provocaba la cortina y el ventilador de techo negro, inmóvil desde hacía meses.

Allá lejos, hacía tantísimos años, cuando era solo un manojo de preguntas, de miedos entrelazados que formaban la malla inexpugnable que lo separaba de los otros; cuando aún no sabía, ni siquiera sospechaba, que los demás tenían sus mismos miedos y casi todas sus preguntas. Hacía tanto tiempo, en la aridez de su adolescencia, estaban esos ojos enormes, inmóviles, doloridos, de los cuales había tratado de huir.

¿Dolor? La pregunta fue fugaz como un relámpago. Por primera vez se atrevió a recordarlos sin escapar, manteniendo la mirada.

Intuyó algo estaba por venir a él, algo iba a develar, o le iba a

ser develado.

¿Dolor? Una sombra de sospecha, una pregunta jamás formulada. Afirmación indudable para la que nunca buscó fundamentos, un axioma; verdad que ahora parecía moverse como las arañas de luz al comienzo de los terremotos: primero levemente, después la súbita caída.

Los ojos acuosos de su padre clamaban pidiendo ayuda. Un terminemos con esto no pronunciado. Nunca había dudado de ese mudo pedido, jamás había discutido esto en su interior. Creyó que era mejor no escarbar, maniatar esa sensación angustiante de ahogo, los pinchazos agudos y despiadados en la boca de su estómago.

¿Y si no fuera dolor? Un trueno impresionante en sus pulmones quietos, henchidos de aire.

¿Si no fuera?

Le faltó el aire, abrió la boca, pero no fue capaz de exhalar y tragar aire de nuevo, repitiendo por enésima vez el ritual animal de la vida. Su cuerpo desnudo se ahogaba incapaz de funcionar. En ese momento de terror y angustia, tuvo la valentía suprema de no desviar su mirada de los ojos de su padre moribundo y comprendió. Supo, más allá de toda duda, que no fue dolor lo que expresaron aquellos ojos inmóviles, sino horror. Un terrible pavor prístino, ancestral. Entonces era posible no curarse nunca, vivir y morir con miedo, sin solución y sin esperanza.

Por fin exhaló y atrapó una enorme bocanada de aire. Volvió a exhalar, solo para devorar nuevamente el aire en frenéticas convulsiones. El corazón le latía desesperado, la vida parecía haberle vuelto al cuerpo. El espanto también.

* * *

Rómulo Artigas bajó del taxi apurado. Desde hacía unos días lo obsesionaba la idea de encontrarse con algún colega de otro medio que le hiciera preguntas, preguntas que él no quería y no sabría contestar. Conocía de sobra como armarían la escena: apuntado por micrófonos y lentes, aturdido por preguntas simultáneas, empujado, agredido.

El Canal 11 lo haría con gusto. Y el 6 también, pensó asustado; una perversa, traicionera forma de lavar la ropa sucia. ¿Y si Trillo negoció una retirada honorable?, se preguntó. Seguramente lo hizo, debió hacerlo. Intentó convencerse mientras abría la puerta cancel en busca del ascensor. Sentía una sensación extraña, algo lo

comprimía, lo apretaba. Una aplanadora estaba por pasarle por encima y no encontraba la huida; ni siquiera la dirección hacia dónde escapar.

Subió hasta su departamento. Durante el trayecto reconoció la necesidad de que ella estuviese, que hubiera vuelto. Hacer el amor, rozar, acariciar y ser besado. Gastarse en el amor; ser deseado, utilizado, exprimido. Después, quizá, soltar el grito.

Aullar. Llorar. Vaya uno a saber.

Abrió la puerta y esperó: no estaba. No estaba y era del todo inútil esperarla. Jamás vendría, se lo había advertido, le había dicho que se iría. Tomó de un sorbo casi todo el whisky que había dejado servido al mediodía; caliente, bajó más áspero que nunca hasta su estómago. Irremediablemente solo. No porque no pudiera reemplazarla, sino porque ya nunca tendría las fuerzas necesarias para darse a conocer a ser humano alguno. Sabía, presentía, que las puertas de su alma estaban a punto de clausurarse. Estaba aturdido por una explosión que nunca sucedió, cansado de un esfuerzo insuperable, dolorido por cicatrices que no sangraban.

—Sin futuro… —dijo a nadie.

Sonó el teléfono.

—Sin futuro como los muertos… —repitió sin atender la llamada.

Se sirvió otro vaso, volvió a tomarlo de un solo trago. Los vapores del alcohol comenzaron a actuar. Se preguntó por qué el primer efecto, si uno está parado, es modificar la distancia al piso. Rio amargamente.

El teléfono dejó de sonar.

* * *

El profesor era el que había llamado a Artigas. No tenía nada para decirle, solo guardaba la esperanza que su socio tuviese una respuesta. Algo que él, tan meticuloso y sesudo, tan docto y espiritual, no hubiera visto. Pero su exalumno no contestó, Artigas, ensimismado y borracho, ni siquiera había escuchado la llamada.

Abrió el cajón.

Pensó que siempre había estado distraído de la realidad superficial, pero realidad al fin. Realidad de hechos que provocan otros hechos, que afectan a otra gente, que producen actos y provocan consecuencias. Todo tiene consecuencias. El profesor miró por la ventana, sobre el patio olvidado, una luna lúgubre bañaba las

flores blancas del último jazmín, era el anuncio temprano de una primavera por venir.

Se sentó. El metal pesó en su mano.

Discó nuevamente. Pero esta vez a otro número, el de Carlos Trillo. Silencio. Aunque por razones distintas que el profesor no sabría nunca. Sucedieron mudos minutos de silencio, luego de los cuales tomó conciencia de la gravedad de sus actos y sus omisiones.

Y de la magnitud de su próximo paso.

* * *

Abandonan sus trabajos y corren presurosas a sus casas, abrazan a sus hijos, cierran las puertas y encienden los televisores. Otras salen de sus hogares rumbo a los templos, oran, lloran, piden. Las hay que reconocen dentro un viejo terror, que buscan el nuevo verbo y a la persona con nombre y sin rostro que lo revela. Van de un lado para otro, son cientos, son miles y están heridos.

Ese día 17 el país delira un sueño increíble. La leyenda olvidada cuenta que más de tres mil quinientas almas decidieron no vivir más. Una ola horrible de suicidios, amor a la muerte o desapego a la vida.

Ya no eran un puñado de gente anónima. Sumaban miles, muchos con nombre recordado y rostro reconocible. Era Juan el ordenanza, Laura la telefonista, y el médico, el plomero, el hijo de la vecina. Nombres reales, manos apretadas hacía poco. Ojos mirados por los ojos de la gente. Miles, en cada aldea, en todas las urbes, en cada barrio, cada cuadra, en tantas casas donde ahora las lágrimas se empeñaban en entender. Inútilmente.

Como las hormigas sin rumbo, como los seres humanos huyendo, como las almas buscando, la gente corría por las calles. Hablaban poco y a los gritos. Se tropezaban entre sí, nada más porque no querían mirar. Para no ver aquellos cuerpos quietos, prueba concluyente, inequívoca, del drama.

Tantas almas entraron en las iglesias, a cualquier iglesia, no para escuchar sermones, ni por el hábito ciego de una tradición, sino para preguntar en silencio, y rogar. Rogar con las manos entrelazadas y las rodillas en tierra, humildemente. Rogar, pedir, llorar, con la ilusión de escuchar, de abrir el corazón.

Las madres no pudieron esperar, ni las esposas ni las amantes. Los esposos, y los padres y los hijos supieron que eran días de mujeres, nadie como ellas para los tiempos de la vida y de la

muerte.

¿Qué estaba pasando?

Las plazas de la ciudad de los Buenos Aires fueron elegidas especialmente; centenares de cuerpos esparcidos, fríos y quietos. En los bosques de Palermo la policía encontró, a la mañana siguiente, doscientos treinta y seis cadáveres, cuarenta y cinco de los cuales pendían ahorcados de los mudos árboles.

Hay una palabra para definir el sentimiento colectivo: horror. Novedoso, ancestral horror; incomprensible y sin embargo conocido. Como en las fiestas de fin de año las familias se reunieron, pero sin festejos. Acostumbrados a ver la vida a través de las pantallas de los televisores, los argentinos, con los ojos fijos y el corazón en la boca, esperaron el fin de la tormenta. Afuera de sus casas arreciaba un viento invernal, lleno de fragancias malolientes y del espectáculo terrible de las ratas apoderándose de cuerpos indefensos. Era preferible estar adentro de los hogares.

Los bomberos, la policía y las fuerzas del ejército patrullaban las calles, actuaban como en tiempos de la peste, la terrible fiebre amarilla, de hacía un siglo.

A las veintiuna y cuarenta y dos del día 17 las emisoras de radio y los canales de televisión entraron en cadena. Durante las setenta y dos horas posteriores solo se dio información oficial del gobierno. Toda oposición al cercenamiento de la libertad de prensa desapareció. El presidente dispuso de poderes absolutos aun sin una declaración a tal fin del Parlamento, ¿quién podría en su sano juicio dudar de que era necesario frenar la locura?

Callar a la bestia.

La información fue clara y aritmética, tantos aquí, tantos allá. En las primeras quince horas no se dieron explicaciones, solo durante la mañana del 18 aparecieron en las pantallas tres rostros conocidos que intentaron algo más que un lamento: el cardenal Maltagliatti, el siquiatra Morel y un legendario periodista de épocas difíciles, Alcides Marino. Se buscó parar el terror generalizado y la ola de suicidios que todavía no había terminado. No fue suficiente. Acorralado, asustado y sujeto a presiones militares, el gobierno decidió dar un cariz místico a su accionar.

Mientras los cuerpos ignorados de quienes eligieron la soledad para su muerte comenzaban a descomponerse, final triste e inevitable de la materia; mientras el sol bajaba, inevitable también, durante la hora crepuscular, el país asistió a un ruego multitudinario y unánime. La gran misa fue breve, con las últimas luces, a las puertas de la Catedral. Decenas de miles oraron,

pidieron que la fiebre bajara, que el delirio cediera en la mente enferma.

El cardenal Maltagliatti aseguró con gesto paternal que, de alguna manera, aunque dolorosa, amanecería.

* * *

El profesor tomó otra vez la foto con el rostro desconocido de aquella mujer. No conocía su nombre ni su historia; estaba tirada en la acera luego de haberse lanzado bajo las ruedas asesinas.

Preparó el metal.

Nada sabía Layo del dolor incurable de Rosario, de su niña perdida, ni de la paz recuperada.

El sonido fue breve y la muerte instantánea. El metal cayó al piso, Layo había muerto.

No mucho antes, una hora después del primer ataque, el corazón dolorido de Trillo sufre una nueva crisis de la que no salió. Sus ojos, fijos, tenían aquella misma expresión transida de su padre.

Artigas, absolutamente ebrio, tiene un primer brote sicótico. Sería llevado una semana después a un instituto mental del cual saldría solo para una larga y final estadía en el hospital público, con apenas algunos esporádicos momentos de cruel lucidez.

* * *

DECLARACIÓN DEL SEÑOR
AURELIANO CORONEL

—¿Su nombre es Aureliano Coronel?

—Sí.

—Ha estudiado los hechos que nos ocupan, los recuerda, además, como periodista. ¿Cómo ocurrieron?

—Quién sabe.

—Según la doctora Analía Brown…

—Amable e imaginativa mujer, por cierto.

—¿Imaginativa?

—Imaginativa y brillante. No lo estoy diciendo en el sentido que usted sospecha. Ella ha descubierto una serie de hechos a través de una investigación ardua y paciente; yo obtuve datos por los caminos que solemos frecuentar los periodistas. En fin, terminé armando una teoría

convincente de como parecen haber sucedido las cosas.

—Dígala usted.

—Sabemos con total seguridad que el pastor Félix Moreno jamás llamó a la gente a suicidarse. Por otro lado, he entrevistado meses después a dos testigos —gente muy asustada— que me ha contado sobre las detonaciones en la casa del pastor. Ambos dicen que vieron cuando cuatro hombres entraron en la casa, la tarde del día 14. Segundos después escucharon una ráfaga de ametralladora. Difieren únicamente en la hora en que esto se produjo, uno dice que fue a las quince y el otro asegura que ocurrió no antes de las dieciséis y treinta.

"Por lo tanto el llamado del día 16 está claro no pudo haber sido del pastor. Como bien dice la doctora Brown, nunca sermoneó fuera de su carpa. Ese llamado apócrifo fue emitido, en directo, por Radio Continente de Rosario a las veinte. Si bien no es ninguna prueba definitiva, cabe recordar que el pastor solo hacía sus actos a la hora del crepúsculo, que para esa época del año es dos horas antes.

"De esa emisión se hacen eco dos radios de Buenos Aires, una de Tucumán y una de La Plata, ya en las últimas horas del día. Extrañamente, no es recogido por las agencias de noticias. Esto es interesante. Las agencias sabían que podía haber una relación entre el pastor y las muertes descubiertas en el departamento de la calle Guatemala, de manera que no se atrevieron a lanzar la noticia y quisieron saber cuál sería la política del gobierno. Resonaban aún en nuestras cabezas las intranquilizadoras palabras de García Ibarra."

—Callar a la bestia.

—Solo después del mediodía del día 17 dan la información para los medios del exterior.

—¿Está seguro que no fue una censura desde el poder?

—Absolutamente.

—¿A qué hora emiten sus primeros cables?

—FP lo hace a las dieciséis, hora de Buenos Aires. Mientras tanto las radios que habían divulgado el mensaje el día anterior lo repiten esa mañana. Pero no más de una vez cada una.

—¿Cómo es que los demás medios se anotician del episodio?

—La mayoría sabían del llamado, pero creían que era una dramatización al estilo de Orson Wells. Solo algunos conocían la verdad y prefirieron no divulgarla.

"Recuerdo que cuando me hablaron de Londres, a raíz de los primeros cables de las agencias internacionales, pensé que era una suerte que los canales de televisión, con su inmenso poder, hubieran permanecido por propia voluntad al margen de la información.

“Es decir que el mensaje fue dado a conocer cinco veces el día 16, a partir de las veinte, y otras tantas la mañana del 17, todas ellas por radios de segunda importancia. Es probable que algunos lo escuchasen reproducido por emisoras de países limítrofes en las áreas de frontera, no más. Incluso Radio Colonia que se oía perfectamente en Buenos Aires no se hizo eco de los acontecimientos hasta el día 17, bien entrada la tarde.

“O sea que tuvo, o debió tener un alcance limitado.”

—Pero no fue así.

—No lo fue. Debemos preguntarnos dos cosas: la primera es quién falsificó el llamado y presumiblemente asesinó a Félix Moreno; la segunda es cómo entendemos las muertes producidas con anterioridad a la divulgación de esas terribles palabras, aunque posteriores al asesinato. Creo que nadie puede probar quiénes asesinaron a Moreno y pusieron en su boca palabras que nunca dijo. Pero sí podemos decir que, quienes hayan sido, pensaron que la difusión no tendría la repercusión que tuvo. Buscaron desacreditarlo, destruirlo, difundiendo la sensación de que era un falso profeta, un loco fanático.”

—La pregunta es obvia: ¿quiénes podrían estar interesados?

—Hay más de un candidato. El gobierno, presionado terriblemente por las circunstancias, que solo tenía desprecio por el “loco rosarino”. Pudo ser la Iglesia; no tanto por lo que significaba Moreno como por la “moda necrológica”, ese culto mortuorio que se había apoderado del país. De paso, debía ser un duro golpe para las sectas y eso no estaba nada mal. También pudo haber sido un servicio sin autorización oficial, tenían una gran autonomía en su actividad. Además, esas órdenes no se firman, y mucho menos se archivan, ¿verdad?

—Verdad.

—También podemos sumar a grupos mesiánicos que se habían desarrollado durante la última dictadura. Se encontraban agazapados y silenciosos, a ellos también Moreno les causaba náuseas.

—¿Usted qué piensa?

—Que fue un servicio, no he descubierto cuál. No sé tampoco qué parte del gobierno mandó, o estuvo al tanto de los hechos, pero los resortes más altos del poder estuvieron confabulados.

—¿Por qué lo dice?

—Porque no hubo investigación posterior, o mejor, en la investigación posterior no hubo intención de descubrir los asesinos. Si fue un servicio, como supongo, tenemos que encontrar a los autores ideológicos, y allí están todos los integrantes de la lista.

—El pastor molestaba.

—Todo el proceso molestaba. Creyeron que podían tenerlo bajo control, pero no fue así. Les explotó en la cara, para millones de personas el mensaje apócrifo no era apócrifo. Y cobró vida. Lo haya dicho quien lo haya dicho, correrá entonces de boca en boca, de espíritu en espíritu con una rapidez y una fuerza increíbles.

"La segunda pregunta es también importante: ¿cómo entender las primeras muertes? Entre los seguidores de Félix Moreno hubo quienes propagaron sus ideas. Los testimonios que he recogido es que él no formó una secta, una organización; sino que por el contrario cada cual podía ir a su lugar de pertenencia y divulgar la Verdad. Él los guiaba y ejercía cierto liderazgo, pero no los supervisaba ni ejercía control alguno. Además, debemos recordar que su actividad era reciente, apenas unos meses, entre dos y cuatro probablemente. En todo caso nunca más de cinco."

—Podemos decir que hasta allí había tenido una repercusión increíble, sin medios económicos, sin salir de su carpa.

—Increíble, sin duda.

—Solo con sus sermones.

—A la hora del crepúsculo, en una carpa. Esos seguidores formaron sus propios grupos. Hacían que creciese su influencia en Buenos Aires y otras ciudades. En todos los lugares donde se producen las muertes del día 15 y 16 había seguidores del pastor. Pero esto no dice mucho, solamente la existencia de esa relación, ¿acaso él había hablado de suicidios?

"De manera que apliqué la misma hipótesis que en la primera pregunta."

—¿La intervención de un servicio?

—Cualquiera podía abrir un local o una carpa, Moreno no ejercía control y no le interesaba reservarse ninguna jefatura. De esta manera completamos un plan. De hecho, es natural suponer que la inteligencia estaba infiltrada, para eso están. ¿Acaso el proceso que arranca con El Angelito, *sigue con los remates, con* La Voz del Más Allá *y culmina con Moreno no ponía en peligro a la sociedad*?

—Sin dudas.

—Antes del día 14, no mucho antes, mientras el gobierno sufría insoportables presiones de todos lados, incluso de quienes habían estado dispuestos a defender las libertades costara lo que costara. Mientras el presidente discutía con su propio partido quién pagaría el precio político de una prohibición, sin preocuparse por el peligro, ignorante del precipicio al cual ayudaba a conducirnos. En definitiva, mientras el gobierno quedaba paralizado, atado a una telaraña de intereses mezquinos, alguien pensó el plan y otros lo ejecutaron. Algún político,

un servicio, acaso un clérigo, un intelectual.

—Un Layo de signo contrario.

—Sí, alguien capaz de exigir que callasen a la bestia, que la callasen de cualquier manera, como fuera.

—¿Usted cree que…?

—Solo como hipótesis, una suposición nada más.

—No es una mala hipótesis.

—Algo más. Cuatro de las cinco radios que divulgaron el mensaje pertenecían a capitales emparentados de una u otra manera con los interesados. Un ex militar, un grupo laico y un caudillo político provinciano aliado al gobierno y otrora embajador de la dictadura.

—Algo de eso tenemos.

—Pero no tiene importancia, no es el punto a discutir.

—¿Y cuál es?

—Que haya sido un servicio instigado por un intelectual fundamentalista, amparado por políticos, justificado por algún sector eclesiástico es solo como pasaron las cosas. Lo fundamental es contestar por qué el mensaje fue seguido por más de tres mil quinientas personas que se quitaron la vida, se la arrancaron en actos monstruosos en todo el país. Y esto no tiene que ver con los servicios. No fue lo que buscó el plan, más bien lo que no tuvo en cuenta. Un error de cálculo.

—Un error de cálculo.

—Un terrible error de cálculo como el que antes había cometido Layo.

—Veo.

—Era lógico, ninguno había hecho una radiografía correcta de la realidad. A propósito, quizá la doctora Brown se lo haya dicho, ¿conocen ustedes la teoría del doctor Friedrich Schultz?

—Vamos a hablar con él.

—Sí, háganlo.

(Fin de la declaración)

15

Cinco años después de las jornadas febriles, en enero del 2015, Mujica y Carpintero se vuelven a ver, esta vez en la ciudad de Nueva York.

Caminaron por las calles semicubiertas de nieve y aspiraron el aire frío y libre. Ese día Ramón Carpintero cumple sesenta años y sufre el mal incurable del desarraigo. Cuando llegan a la casa levantan las copas con un fino y delicado champán, copas delgadas y sutiles. Detrás de las ventanas la gran ciudad duerme su domingo invernal, completamente ajena a ellos.

Durante un breve instante, Ramón toma la cara de su amigo, le da un beso en la mejilla y le pregunta como en un ruego:

—Decime, Daniel, que ha servido para algo.

Por fin amaneció. Pero eso fue varios días después.

Fueron tantas las muertes, las últimas de las cuales se produjeron el día 19, que solo los ricos, en esas circunstancias, pudieron reservarse los servicios fúnebres tradicionales y un lugar en los cementerios. Se organizaron entierros comunes. Pero aun de esa manera no se dio abasto y la gente tuvo que cremar por sí misma los cuerpos que encontraba por las calles, echándoles nafta.

Fueron días de entierros, de materia pudriéndose, de fuego purificador.

Días de estómagos apretados por el asco, de corazones apretados por el miedo, de mentes incapaces de entender la sinrazón.

En los barrios pobres e incultos se bautizaron los hechos como *La Peste*. Pronto todos entendieron que así se debía llamar a aquellos acontecimientos. *La Peste*, una calamidad, un cataclismo, algo exterior que soportar como las inundaciones, las enfermedades o las extenuantes sequías.

La Peste, quizá, acaso, un castigo divino, el aviso de un próximo juicio, un infierno. En los años posteriores estas dos maneras de

entender los hechos han convivido, ajenas, divorciadas, mutuamente ignoradas. Científicos, racionales políticos y creyentes moderados, por un lado; estudiosos disidentes y silenciosos, sectas apocalípticas y ritos afroamericanos por otro, han explicado de alguno de estos dos modos los acontecimientos.

Pero la mayoría de los argentinos prefirió el camino más sencillo: olvidar. Enorme amnesia colectiva. *La Peste* se convirtió en un dato perdido en algún anaquel, en una neurona. Un recuerdo echado de la conciencia que solo a veces saldría entre sueños, en las horas profundas y solitarias, cuando nos sumergimos en los mares abismales de la inconciencia, para inquietar, angustiar, horrorizar.

Aumentaron el consumo de tranquilizantes y de alcoholes. Los adictos, hasta ayer mirados con desprecio, tuvieron por largo tiempo el beneficio de la piedad. Quizá *La Peste* no haya sido la única culpable, sin duda no lo ha sido, pero el miedo primero se hizo aún más inconfesable.

* * *

La sociedad se repuso, todos olvidaron. Cómodos, complacientes, estúpidos. Los gobiernos cambiaron, cardenales y nuncios se sucedieron y el pacto de silencio permaneció inviolado. Fue así hasta que se encargó al profesor Paseck molestar a los muertos, remover la historia.

¿Por qué lo hicieron?

¿Acaso no estaba todo claro, Godoy no lo había explicado? ¿La Universidad y las instituciones académicas no habían cerrado definitivamente el caso?

Las iglesias dejaron para mañana establecer diferencias con la versión oficial. Como dijo el cardenal Maltagliatti en su lecho de muerte: “El espíritu también tiene un tiempo para el descanso. Ya mañana, cuando la carne mejore y el semblante de nuestra cara vuelva a sus colores, habrá tiempo para poner las cosas en su lugar. Mientras tanto dejemos que el tiempo transcurra”.

Sabemos que un presidente, treinta y dos años después, llama al historiador. ¿Temerario?, ¿profanador de secretos?, ¿olvidado del olvido? No. Sucedió que un asesor, un burócrata, sumó y restó antecedentes ciegamente y eligió el nombre equivocado.

Un error de cálculo.

Porque Mario Paseck no era el hombre indicado. Bajo su físico envejecido y cansado se escondía una mente astuta, y aun debajo de

ella, una ética inquebrantable. Alguien que buscaría lo oculto, lo escondido, lo verdadero. Ese viejo aceptó el trabajo no para rodearse de burócratas y obtener un premio. Ese viejo hurgó y encontró. Más aún, engañó al poder postergando resultados y negando información. Largos meses de trabajo que lo desgastaron por fuera y rejuvenecieron por dentro.

Al final él también cometió un error de cálculo: confió en el presidente. Creyó que entendería que en la historia de las sociedades una molesta verdad es mejor que una tranquilizadora mentira. Cuando se percató de su error trató de poner a salvo lo que pudiera: murió, pero los datos se filtraron, llegando a mí. No tengo, ciertamente, su mente astuta, ni su cultura, ni su ciencia, pero, como él, tampoco soy de fiar.

Paseck habló con Schultz unas semanas antes de finalizar su trabajo. El doctor Friedrich Schultz elaboró una teoría a la que hemos tenido acceso, trataré de desplegar su inquietante opinión.

* * *

Visto desde adentro es un mundo ajeno, visto desde arriba una organización de infinitos compartimentos estancos. Una sociedad es como un enjambre de abejas, la diferencia con estas es que jamás comunica lo que pasa, lo que realmente pasa. Por las noches la gente ve boquiabierta la ventana electrónica, allí las sumas y restas son perfectas, las ecuaciones se cumplen, jamás se habla de aquello. De día, el trabajo distrae la atención y la lleva hacia otras cosas. Son importantes, sin ellas nada sería lo mismo. Pero de noche, cuando descansa el cuerpo, las imágenes fluyen y el dilema se presenta nuevamente. Mezclado con nuestra vida, con el pasado infantil, con sueños imposibles, subyace el primer miedo, al final, al fin.

Los hombres laboran la muerte durante toda la vida. Sean ricos o pobres, inteligentes o tontos poco importa, que lo hagan bien o mal no depende de esos atributos. Tan valorada la riqueza y la inteligencia, de nada sirven cuando las luces se apagan y los párpados se cierran. Se abre entonces un mundo donde las sumas y restas son otras, un mundo de luces y tinieblas, divino y diabólico.

Las abejas, los hombres, exorcizan la muerte dándole sentido, la imaginan como puerta a otra vida. Construyeron lugares para el acto místico, eligieron al que oficiaría el ritual. Un sacerdote, un sabio, un pastor, un mago traduciendo designios. Además, el miedo escapa al juntarse con el mismo miedo vecino.

Pero la modernidad ha perdido la fe en el ritual y las abejas ni siquiera van a visitar a sus muertos en los camposantos. Averiguaron que no están allí, pero olvidaron que era solo un pretexto.

Incapaces de comunicar sus miedos en un ritual controlado, de final previsible, acumulan angustia existencial. Tarea si no divina, por lo menos sobrehumana.

Hay sucedáneos, el arte, por ejemplo. Pero tiene la desventaja de no ser controlable, muchas veces las abejas terminan quemadas en su fuego devorador. El arte suele ser irracional.

El ritual podrá ser falso, pero no es asesino.

También en los momentos de grandes cambios, cuando la Patria o la Historia llaman, los individuos adquieren un sentido para su muerte. Pero pasa, son apenas unos años y la Historia vuelve a ser historia, la Patria patria y la muerte está ahí siempre, muda, quieta. Esperando.

Hay en las sociedades, dijo Schultz, una estructura emocional. En la Argentina, perdida de todo misticismo, esa estructura se resquebrajó. La malla invisible que relaciona a los individuos tuvo un brusco e imprevisible colapso y el rompimiento arrojó a algunos al vacío. El proceso no hubiera causado más que unas cuantas muertes si no hubieran querido abortarlo.

No fue buena cosa bajar la fiebre de cualquier manera, sin entender por qué sucedían las cosas. El desequilibrio se potenció y miles de almas angustiadas, alejadas hacía años de consuelo, llenas de dolor, soledad y miedo cayeron de la malla, como si se rompiese el medio mundo del pescador.

Tras la caída y la muerte, el enjambre dio la espalda a lo sucedido. Cómoda y estúpida solución impulsada por quienes podían ver la realidad y aceptada por todos los que no querían enterarse. Volvieron a ser compartimentos estancos, la malla no cerró, el medio mundo sigue abierto y el peligro de nuevas caídas latente.

Terrible conclusión que Paseck aceptó e hizo suya y que el poder juzgó intolerablemente peligrosa. Archivó su informe como secreto de Estado e hizo desaparecer toda evidencia.

Pero cometió un error de cálculo.

Yo.

EPÍLOGO

En su declaración, el doctor Friedrich Schultz comprueba sus dichos con investigaciones propias que culminan con los nombres de las personas involucradas en el plan que terminó con el asesinato del pastor Félix Moreno.

Una lista corta e interesante de autores materiales e intelectuales.

Esos nombres y los datos que comprueban su participación los reservo como reaseguro de mi propia vida. En el caso hipotético de que muriese en forma dudosa dos personas cuentan con la instrucción de darlos a conocer.

Si así no ocurriese, que los culpables carguen con sus conciencias.

Foto: Alejandro Meter

Daniel Sorín (Buenos Aires, Argentina, 1951) tiene una larga trayectoria literaria. En 1998 ganó el Premio Emecé de Novela con *Error de cálculo*; ha editado publicaciones de arte y literatura en la red: *Alt164, Letrópolis, Abanico* y, actualmente, *La púrpura de Tiro*.

OBRAS

Novelas:

Error de cálculo —ganadora del Premio Emecé de Novela en 1998— (Emecé, 1998)

Error de cálculo (Edición digital, Al Fondo a la Derecha Ediciones, 2018)

El dandy argentino (Grupo Editorial Norma, 2000)
Palabras escandalosas (Sudamericana, 2003)
Palacios (Sudamericana, 2004)
Velas para Gilda (Editorial La Bohemia, 2007)
El hombre que engañó a Perón (Sudamericana, 2008)
El cerco (Del Nuevo Extremo, 2012)
El cerco (Edición digital, Al Fondo a la Derecha Ediciones, 2018)
La última carta (Edhasa, 2013)
Tres segundos es una eternidad (Vestales, 2016)

Ensayos:

John William Cooke. La mano izquierda de Perón (Planeta, 2014)

Textos en antologías:

"Tris, el mono" (*Brújula norte*, cuento infantil, Macma Ediciones, 2015)
"Cuando el criminal es el Estado: asesinos en la Patagonia del siglo XIX" (*Fronteras del crimen. Globalización y Literatura*, Medellín Negro-Planeta Colombia, 2015)
"El regreso de Zhèng Hé" (*Viajeros*, 2018, Salim)
"El Ohio" (*Desencajados*, La Bohemia, 2018)